



EL AMARGO SABOR
DE LOS **RECUERDOS**

María González Pineda





EL AMARGO SABOR
DE LOS RECUERDOS

María González Pineda

El amargo sabor de los recuerdos

María González Pineda

Primera edición: febrero 2018

©Derechos de edición reservados
Ediciones Arcanas
www.edicionesarcanas.es
edicionesarcanas@gmail.com

©María González Pineda

Edición: Ediciones Arcanas
Maquetación: Saray Santiago Fernández
Corrección: Cosmin Flavius Stircescu
Diseño de portada: Mónica Gallart
Maquetación y supervisión del diseño de la cubierta: Elías Santos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

*Dedico esta novela a
Manuel Delprieto, novelista y coach literario,
por su ayuda.*

*También a vosotros,
Nieves Pascua Sardón
Ana Isabel Guirao Bernal
Areli Rivera
Héctor De Ayala Quintana
Alfredo Valenzuela.
Aymee Corominas
Rossy G. Larragoit
Juan Delgado Cardenas
Esther Est
María Mabel Lasserre De Bellis*

Miembros del Patio Alumn@s Reto M. Delprieto desde 26 de agosto.

Prólogo

«La amistad es como las estrellas —solía decirme mi madre cuando era un niño—. Habrá noches en las que no puedas verlas, pero no olvides que siempre están ahí, alumbrándote el camino.»

He de reconocer que pasaron muchos años hasta que fui consciente del significado de aquellas palabras; años en los que los amigos desaparecieron de vez en cuando como las estrellas; años en los que algunos no volvieron o incluso en los que otros nuevos surgieron. Esto fue lo que me ocurrió con María González Pineda.

María apareció en mi vida como por arte de magia, un mes de febrero. Recuerdo, y lo hago con la nostalgia que proporciona el paso del tiempo, que me contactó por una de las tantas redes sociales que tenemos hoy en día. Su mensaje fue claro, conciso y concreto:

«Hola, soy María. ¿Quieres venir a mi café?»

La fotografía de su perfil llamó mi atención. Sus ojos transmitían algo especial, algo que solo he conseguido identificar con la paz.

Acepté.

Acepté convencido de que aquella mujer no era uno de los asesinos en serie que, poco después, comenzaron a bombardear sus redes sociales mostrando las portadas de sus novelas policíacas.

Y viajé.

Viajé desde Fuengirola, la pequeña ciudad de la Costa del Sol en la que resido, hasta Coín, un pueblecito que se sitúa en el Valle del Guadalhorce.

Y nos conocimos.

Bueno, en realidad, el inicio de nuestra amistad fue algo tortuoso, algo que, podría aparecer cualquier día en alguna de nuestras novelas. Permítanme que les haga un pequeño resumen de lo que nos ocurrió...

Los pájaros no se habían animado a salir de sus nidos aquella tarde porque el Lorenzo estaba pegando con fuerza. Después de llegar a Coín y de dar mil vueltas para aparcar, busqué la ubicación del local donde se iba a desarrollar la presentación de la que era mi última novela por aquellos entonces: *Azúcar y Canela*.

Recuerdo, y lo hago con una sonrisa en los labios, que la palabra «error»

era la única que aparecía en el móvil cada vez que introducía los datos que me había proporcionado María. No les miento si digo que pasé hasta veinte veces por delante del mismo árbol o que crucé en más de treinta ocasiones una plaza hasta que, aburrido, conté los adoquines que le faltaban: trescientos veintisiete.

Desesperado porque nadie en el pueblo era capaz de guiarme hasta el local donde se iba a celebrar el evento, telefoneé a María. Lo hice con insistencia, pero lo único que recibí en respuesta fue una alocución mecánica anunciándome que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura.

Inspiré hondo para tranquilizarme, solté la maleta en mitad de la plaza y le escribí unos mensajes de WhatsApp. Pasaron uno, dos, tres..., diez minutos y el pajarito azul que alguien encerró dentro de la aplicación del móvil no pio. ¿Acaso se había quedado afónico por culpa del aire acondicionado del coche? Tratando de dar solución al problema, tecleé un SMS: «¡Socorrooo! No localizo el local Λ Λ »

Tampoco hubo respuesta, así que volví a marcar.

Impaciente, cuando María descolgó por fin el teléfono, le pregunté:

— ¡¿Dónde estás metida?!

Risueña, me contestó ella:

— José Antonio, estoy en una placita muy pequeña que hay dentro de la urbanización que tienes a tu espalda. Gírate. Soy la que mueve la mano. ¿Me ves?

Miré al cielo, inspiré profundamente para que el oxígeno llenara mis pulmones y fluyera por mis venas y miré el reloj. Faltaban diez minutos para la hora convenida.

Acalorado, tirando de la maleta cargada de libros, comencé a correr. Lo hice casi a la velocidad con la que Usain Bolt conquistó tres medallas de oro en los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro 2016. María me recibió con un gran abrazo y una hermosa sonrisa, la misma que le regala a todos los que se acercan a ella, cogió mi maleta y, sin darme tiempo a decir nada más, me sentó frente a la mesa donde yo tenía que presentar mi novela.

La tarde fue intensa, divertida, jugosa y apoteósica. Entre café y café, compartimos inquietudes y algún que otro chascarrillo. Y, sin darnos apenas cuenta, instauramos las bases férreas de nuestra amistad.

La vida en este mágico mundo de la literatura es como un sendero a lo largo del que podemos encontrarnos de todo. Lo importante, y eso es algo que ambos hemos aprendido con el paso del tiempo, es que no hay progreso

sin esfuerzo. Desde aquella tarde, María tira de mí y yo tiro de ella. Ambos nos cuestionamos, nos provocamos con nuestras extensas conversaciones telefónicas y nos exprimimos la cabeza para que nuestros libros adquieran la calidad suficiente para ustedes.

Sí, sí, han leído bien; para ustedes. Los autores solo escribimos la mitad de los libros. De la otra mitad se ocupan ustedes, queridísimos lectores. Así que, si han leído esta pequeña historia que conservo como uno de los recuerdos más hermosos de mi vida, ¡muchas gracias!

Gracias también por adquirir la novela de María González Pineda. Sin duda, está cargada de amistad, decepción, locura, misterio, intriga, humor y mucho amor, el ingrediente indispensable para que el sabor de los amargos recuerdos sea mucho más placentero.

María, ahora me dirijo a ti para darte también las gracias. Gracias por ser la estrella que alumbras mi camino en este mundo de las letras. Gracias por tu despiste porque, aquel pequeño detalle que omitiste hace unos años, permitió que mi mente conservara un maravilloso recuerdo de cómo se inició nuestra amistad. Y, por supuesto, gracias por tu cariño, tu comprensión y tu gran familiaridad. De todo corazón, deseo que no pierdas nunca la ilusión ni esa fantástica sonrisa con la que cada día iluminas la vida de los que tenemos el placer de compartir tiempo contigo.

José Antonio Moreno

I

Como cada sábado, la discoteca estaba a rebosar, no cabía un alma más. Las luces formaban figuras luminosas de colores palpitantes. La gente bailaba, al ritmo de la estrepitosa música, hasta que sus cuerpos quedaban impregnados en sudor. Aquella primera semana de julio el calor en Madrid estaba siendo sofocante y se notaba en el ambiente.

En el centro de la pista, una joven de largo cabello castaño claro se movía de manera enérgica. Un pantalón vaquero y una blusa ancha cubrían su cuerpo delgado y algo aniñado. Parecía poseída por la canción; como si estuviese bailando sin nadie alrededor. Mientras se dejaba llevar por el dulce néctar de la música que la embriagaba con sus notas, sus dos amigas, Patricia y Mili, la esperaban algo alejadas de la pista junto a dos chicos que habían conocido la semana anterior.

De repente, y sin motivo aparente, se formó una pelea. Dos hombres comenzaron a golpearse, montando una tángana. La joven bailarina se vio envuelta en el barullo. Quiso salir de allí, pero los amigos de ambos bandos se metieron en la pelea y comenzaron a pegarse unos con otros. El corazón de la muchacha se aceleró y el miedo la embargó. Las lágrimas se derramaban de sus ojos gris claro mientras intentaba salir ilesa del forcejeo que nada tenía que ver con ella.

El estruendo de los vasos al caer al suelo y hacerse añicos recorrió la sala. Muchos de ellos impactaron en sus piernas que, de no ser por el pantalón, estarían llenas de heridas. Aturdida, esquivaba a duras penas los cuerpos de las personas que caían a su lado. Estaba agobiada y asustada y su rostro reflejaba la angustia que sentía.

Notó que alguien la cogía de la cintura y se giró con brusquedad.

—¡Pedro! —exclamó aliviada al ver a uno de sus acompañantes—. Gracias a Dios.

—Vamos, Erika. Te sacaré de aquí —la apremió el chico, que había acudido en su ayuda.

No habían dado ni dos pasos cuando un puñetazo acertó de lleno a Pedro, que cayó redondo al suelo. Erika se agachó como pudo y le ayudó a levantarse, sosteniendo parte de su peso. Aunque algo aturdido, la cogió de nuevo de la cintura y escaparon de la trifulca entre empujones y gritos.

Cada vez había más gente implicada en la pelea y algunos salían

despedidos, cayendo sobre mesas y sillas. Cuando lograron llegar hasta Marcos y las chicas, ambos estaban sofocados.

—Intentemos salir de aquí antes de que llegue la policía. No quiero verme metida en este fregado —les dijo Erika angustiada.

Los demás asintieron y se dirigieron a la salida. Muchos habían pensado igual, por lo que la puerta era un auténtico tapón de gente que se afanaba por salir de la discoteca. La sirena de la policía se empezó a oír, aunque lejana, y se lanzaron miradas nerviosas. Todos se apresuraron y, a empujones, consiguieron salir a tiempo.

Cuando la policía llegó a la puerta de la discoteca, ellos ya estaban doblando la esquina de una calle cercana. Desde allí, ya a salvo, vieron como una multitud corría en estampida en todas direcciones. Aprovecharon para detenerse y tomar un poco de aire.

—Se te empieza a notar el moratón en el ojo, Pedro. Hay que ponerte hielo —le dijo Erika mientras examinaba el lugar afectado—. Gracias por tu ayuda, por cierto.

—No, gracias a ti. Sin tu ayuda no hubiese salido vivo de allí. Me habrían machacado a golpes.

Erika le dedicó una sonrisa.

—No tendrías que haber ido a por ella. Con la pelea tan grande que se ha montado, podrían haberte matado —intervino Mili sin delicadeza. Sus grandes ojos negros, a juego con el color de su pelo, miraban a Erika con desaprobación.

—No la iba a dejar en medio del follón —le replicó Pedro.

Marcos le dio un apretón en el hombro, preocupado.

—Al final ha sido ella la que te ha ayudado a ti —señaló con una ligera sonrisa.

Pedro asintió.

—Lo importante es que todos estamos bien —medió Patricia—. Dejemos ya la pelea y los reproches y vayámonos.

Se encaminaron al lugar donde habían dejado el coche aparcado. Durante un rato nadie dijo nada hasta que Erika habló con un deje de turbación en la voz:

—¿Por qué se formarían estas peleas sin sentido? —Parecía que la pregunta se la hacía más a sí misma que al resto.

—Seguro que todo ha sido por una pequeñez; un empujón, por ejemplo. La mayoría de las veces no se sabe cuál ha sido el motivo... —comentó Marcos

ensimismado.

—Sí... Y hoy me ha tocado a mí pagar las consecuencias.

Se subieron al coche, cada uno sumido en sus pensamientos.

—¿Qué os parece si preparamos unas bebidas y vemos una peli? Aún es pronto para dormir —propuso Mili para animar el ambiente al llegar al piso que compartía con Erika y Patricia en el barrio de San Blas-Canillejas, un distrito del este de Madrid.

—Por mí de acuerdo —aceptó Pedro encogiéndose de hombros—. Es pronto para irnos a casa, aunque se me han quitado las ganas de fiesta, la verdad.

—¿Y tú que dices, Marcos? —le preguntó Mili, a lo que él asintió—. Pues, ¡decidido!

En cuanto llegaron y aparcaron el coche, se bajó algo más animada. Todavía podían salvar la noche.

Los demás siguieron a Mili al interior del piso. Patricia tomó a Pedro de la mano con amabilidad.

—Vamos, te pondré hielo en ese ojo.

El chico, obediente, se dejó llevar hasta la cocina. Patricia envolvió unos cubitos en un paño y se lo tendió. Al ponérselo en el ojo dio un respingo, pero lo sujetó con fuerza y, con una mueca en el rostro, lo aguantó. De vuelta al salón, comentó:

—La semana que viene podemos ir a una discoteca latina que conozco. Está bastante bien. A Erika le gusta bailar.

—Muy considerado —apreció Erika.

Mili la miró con mala cara.

—Si no bailas, te mueres —soltó con su antipatía habitual—. Se giró hacia los demás y, sin más, ordenó—: Erika, tú preparas las bebidas; Patricia, tú haces las palomitas; mientras, yo pondré la película.

Las dos jóvenes asintieron y se fueron a la cocina.

Marcos se ofreció a ayudar a Erika. Entre los dos prepararon una bandeja con suficientes vasos para todos y regresaron al salón. Poco después llegó Patricia con un gran bol lleno de palomitas. Lo dejó en la mesita y se sentó al lado de Pedro, que aún llevaba el hielo puesto. Se recogió su larga melena pelirroja en un moño improvisado y se giró hacia el accidentado.

—¿Qué tal lo llevas? —le preguntó con dulzura—. A ver, deja que te lo vea.

Le quitó el hielo y observó el moratón con ojos expertos.

—Te ha bajado un montón la inflamación —aprobó.

Mili, que estaba colocando el disco de la película en el reproductor, tendió la mano para coger el paño con el hielo.

—Dame que lo lleve a la cocina, a ver si se te va a caer por el salón.

Patricia le lanzó una mirada divertida ante su tono lacónico.

Mili puso los ojos en blanco, se atusó el cabello corto y ondulado, que debido al calor tenía pegado a la nuca, y fue a dejar el hielo. Al regresar le dio al *play* y se sentó en medio de Marcos y Erika.

Vieron la película entre risas, bebiendo y comiendo palomitas. Cuando terminó, siguieron charlando durante un buen rato. La velada resultó ser muy amena, pero, como todo lo bueno, la noche llegaba a su fin.

—Bueno, chicas, ya es hora de irnos —dijo Pedro bostezando.

—Sí... Nos vemos el sábado que viene en el lugar de siempre —añadió Marcos mientras se ponía en pie.

Patricia suspiró antes de imitarle.

—Esperemos que esa discoteca que dice Pedro sea más tranquila.

El chico asintió por toda respuesta.

—Buenas noches —se despidió Erika.

Mientras Mili y Patricia se despedían de los chicos, ella comenzó a recoger los restos de la pequeña fiesta improvisada. Después, se fueron a dormir.

Erika se puso el pijama entre bostezos y se metió en la cama. Aunque la noche había empezado con un mal sabor de boca, al final lo habían pasado muy bien. Estaba muy cansada, así que cerró los ojos y dejó que las sábanas acariciaran su cuerpo con dulzura mientras el sueño la envolvía.



Llegó el lunes y la normalidad se instaló entre las chicas. De vuelta al trabajo, el ritmo de vida de las tres amigas era frenético y solo se veían por la noche.

Para Erika, la semana pasaba demasiado lenta.

Su trabajo en una gran empresa de marketing de Madrid la aburría. Aquella mañana especialmente. Lo único que la motivaba y la hacía feliz era bailar. Pasaba la semana pensando en el sábado por la noche y en los nuevos lugares que conocería, en la música que oiría... Sus amigas se dedicaban a ligar con los guaperas de turno para evadirse del trabajo y los problemas, pero ella no. Ella solo quería bailar. No podría vivir sin hacerlo. La sensación que la embargaba cuando la música recorría su cuerpo era una delicia. Se

dejaba llevar, poseída por la adrenalina y las notas.

Resopló frustrada al pensar que tan solo era jueves y aún faltaban dos días —que se le harían eternos— para ir a la discoteca latina que Pedro les había propuesto. Ella estaba deseándolo, le encantaba bailar salsa y bachata. Una compañera del trabajo le había enseñado hacía un tiempo y, aunque no era una profesional, lo hacía bastante bien; al menos, eso era lo que su compañera le decía.

En ese momento, llegó un compañero y le dejó un montón de papeles sobre la mesa para que los revisara, sacándola así de sus pensamientos. Tras darle las gracias con algo de sarcasmo, se obligó a centrar su atención. Le ocupó casi todo el día dejarlos listos, por lo que al llegar a casa estaba tan cansada que se dio una ducha rápida y se fue directa a la cama.

El viernes se le hizo tan eterno y aburrido como el jueves. Al llegar a casa, fue a su habitación. Por suerte, no tenía que compartirla gracias a que Patricia y Mili se ofrecieron a hacerlo cuando la alquilaron, ya que solo disponían de dos dormitorios. Dejó el maletín y el bolso sobre la cama, cogió un pijama cómodo y, antes de darse una ducha, fue al lavadero de la terraza para dejar la ropa sucia. Aprovechó que las chicas no habían llegado aún para darse un largo baño relajante.

—¡Hola! —saludó Patricia al llegar.

Erika estaba secándose el pelo.

—Estoy aquí.

—¿Mili aún no ha llegado? —le preguntó desde la puerta del baño.

Erika negó y apagó el secador. Miró a Patricia, cuyo rostro mostraba el mismo cansancio que el suyo.

—Un día duro, ¿eh?

Patricia asintió. Sus ojos azules estaban apagados.

—Voy a ducharme.

—Vale. ¿Pido unas pizzas para cenar?

—Sí, por favor. Hoy paso de salir —dijo mientras se metía en el baño.

Mili llegó unos minutos después, tan cansada como las demás.

—¡Vaya asco de día! —se quejó mientras se dejaba caer en el sofá—. ¡Qué ganas tengo de que llegue mañana...! ¿Qué hacéis?

—Patricia se está duchando y yo voy a pedir unas pizzas —le informó Erika cogiendo el móvil.

—¡Genial! Pide una hawaiana.

Erika asintió y Mili se fue a su cuarto. Una hora más tarde, las tres amigas,

embutidas en sus pijamas, se encontraban a gusto en el sofá viendo la tele y comiendo. Charlaron un buen rato hasta que el cansancio las venció y se fueron a sus camas.



Erika se encontraba ensimismada viendo la televisión cuando el sonido de la tetera silbó con fuerza, anunciando que el agua estaba hirviendo. La voz adormilada de Mili le llegó desde su habitación.

—¡Erikaaaa! Aparta del fuego tu dichosa tetera, que son las diez de la mañana ¡y quiero dormir!

Erika sonrió y fue a la cocina. Cogió su taza preferida —con un osito sonriente— metió una bolsita de té y vertió el agua caliente. Le puso dos terroncitos de azúcar y se sentó junto a la pequeña mesa de la cocina.

El aroma a fruta evocó a su mente el recuerdo de su madre. Era una mujer maravillosa y la echaba de menos. Solo la veía en Navidad, cuando iba de visita a su pueblo a pasar las fiestas. No soportaba la convivencia con su padre, con el que no tenía buena relación. Él era un alemán que había cautivado a su madre hacía ya muchos años, pero que, con el tiempo y su forma de ser, la había acabado dominando. Con sus dos hermanos tampoco se llevaba bien, ya que habían heredado el carácter rudo de su padre. Por eso había decidido irse de casa y trabajar en la capital, para huir del agobio y del mal ambiente que había allí. Fue toda una liberación para ella.

No quería ponerse triste, así que intentó alejar de su mente aquellos recuerdos. Sacó la bolsita de la taza y, muy despacio, tomó el primer sorbo. Lo saboreó con los ojos cerrados, como solía hacer.

Ninguna de sus amigas se despertaría antes de las dos de la tarde y a ella no le apetecía hacer nada. El aburrimiento empezó a hacer mella en su alma, así que, tras tomarse el té, volvió a la cama. No tardó mucho en quedarse dormida de nuevo.

El sonido del despertador la sacó de los brazos de Morfeo. Se estiró como un gato y miró el reloj dando un largo bostezo. Ya era la una de la tarde. Resopló y se levantó sin muchas ganas, se puso un pantalón vaquero y una camiseta verde sencilla y salió del dormitorio. Observó que sus compañeras aún dormían así que fue a la cocina a preparar algo de comer. Casi siempre lo hacía ella, pero no le importaba.

Decidió preparar arroz con verdura.

Unos tres cuartos de hora después se levantaron las chicas. Las vio aparecer por la puerta de la cocina aún en pijama. Mili traía mala cara y supo que se avecinaba una regañina. Reprimió una sonrisa irónica.

—Que sea la última vez que pones esa dichosa tetera —le recriminó apuntándola con el dedo índice—. Ese silbido infernal suena horrible un sábado por la mañana.

Erika negó con la cabeza con los ojos en blanco y Mili se tiró sobre el sofá con cara de sueño.

Patricia soltó una carcajada.

—Buenos días, Erika —la saludó amable—. ¿Qué has hecho hoy para comer? Huele muy bien.

—He hecho arroz con verdura —contestó sonriente—. Pronto estará listo y podremos comer.

Mientras la comida se terminada de hacer, Patricia y Erika hablaron sobre la horrible semana que habían tenido. Mili, algo más simpática, se acercó a ellas y se sentó al lado de Patricia. Sus quejas quedaron olvidadas y Erika sirvió tres platos en la mesa de la cocina con un poco de pan. Comieron charlando tranquilamente. Al terminar, Mili se encargó de fregar los platos y Patricia preparó café para las tres. Se sentaron en el sofá a reposar la comida, viendo una película de sobremesa.

Sobre las siete de la tarde, Patricia se levantó de repente.

—Chicas, hay que arreglarse ya. Que luego se nos hace tarde.

—Vaaale —aceptó Mili a regañadientes, sin ganas de levantarse—. ¿Cena y disco?

Patricia asintió y Erika, que estaba deseando ir a bailar, se levantó de un salto y se fue a su habitación a prepararse. Las demás la imitaron.

Mientras elegía la ropa que se pondría, Erika se puso los cascos y buscó en el reproductor *Valió la pena*, una canción de Marc Anthony que le encantaba. Tan pronto la música comenzó a sonar, su cuerpo se vio endulzado con la melodía. Sus caderas empezaron a moverse al ritmo de la canción mientras ella la tarareaba:

*Mirándote a los ojos se responden mis porqués
Me inspiro en tus palabras y mi casa está en tu piel
Que tierno amor, mi devoción, viniste a ser mi religión
Mi dulce sentimiento de nada me arrepiento
Que vivan los momentos en tu boca y en tu cuerpo...*

Su mente divagó con la noche de baile que le esperaba y la felicidad la

embargó. La canción terminó y a continuación empezó *Ahora quién*.

Siguió bailando mientras se ponía su pantalón negro ajustado y una camisa suelta que parecía flotar con sus vueltas. Horas más tarde, sus amigas tuvieron que llamarle la atención. Apagó el reproductor con un mohín y dejó con cuidado los cascos sobre el tocador. Salió al encuentro de sus compañeras, que la esperaban algo molestas por la tardanza.

—¡Vaya! ¡Estáis muy guapas! —las alabó sonriente.

Mili, que llevaba un vestido estampado en negro y amarillo con una fina chaqueta negra, la miraba con crispación y los brazos en jarra. Patricia iba más informal, ya que se había decidido por un pantalón vaquero ajustado y una sexy camisa a cuadros. Su expresión era más amable; aun así, tenía las cejas arqueadas de tal forma que casi se juntaban.

—¡Has tardado un siglo, señorita! —le reprendió, aunque su tono no transmitía enfado.

Erika sonrió y le puso morritos. Al final, hasta Mili acabó riendo ante su gesto.

Salieron del edificio y pidieron un taxi que las llevó a la misma hamburguesería de moda a la que iban cada sábado. Fueron ellas solas, ya que preferían cenar sin chicos. Habían quedado con Pedro y Marcos después.

A la hora acordada, las recogieron con el coche y las llevaron a la esperada discoteca.

Erika estaba nerviosa y emocionada.

Al cruzar la puerta del garito, un intenso ambiente latino les dio la bienvenida. No había mucha gente aún, así que se dirigieron a un rincón apartado con sillones rojos bastante llamativos. Todos, salvo Erika, que se fue directa a una de las dos pistas que había y se puso a bailar al ritmo de *Pégate*, de Ricky Martin. Como decía la canción, ella quería fiesta, mucha fiesta. Bailó una canción más antes de regresar junto a sus amigos y pedirse un cubalibre, bebida de origen cubano que venía al pego en aquella discoteca.

Mientras se lo tomaba, observó a sus amigas. Cada sábado cambiaban de chicos; sin embargo, con esos ya llevaban tres, algo anormal en ellas. Para ella era distinto. Los hombres ocupaban una parte muy baja en su lista de prioridades. De hecho, estaba segura de que su miedo hacia el género masculino se debía a la horrible experiencia que vivió con la pérdida de su virginidad. Cada vez que recordaba a aquel chico, la recorría un escalofrío. Todo pasó cuando estaba estudiando. Ella no quería, pero él la forzó en un coche de mala muerte. Apenas la había penetrado cuando soltó un grito tan

desgarrador que el chaval se puso nervioso, arrancó el coche y, antes de salir por patas, la dejó en la residencia donde ella vivía. Desde aquel momento, apenas había tenido sexo y muy pocas veces había resultado satisfactorio. De vez en cuando les mentía a sus amigas contándole encuentros falsos solo para que dejaran de presionarla para que se liara con alguno.

No quería seguir pensando en su desdichada vida sentimental, así que dio un largo trago a su bebida y regresó a la pista. Cerró los ojos y se dejó llevar por la música. Unas canciones después, Romeo Santos inundó la pista con su hermosa bachata *Hilito*. Le gustaba tanto que se emocionó y comenzó a moverse al compás. Inmersa en su mundo, no se fijó en que un hombre de grandes ojos negros y piel morena la observaba desde la barra con suma curiosidad. No se perdía detalle de su baile y, con lentitud, se acercó a ella.

Cuando llegó a su lado, le tendió la mano con una sonrisa dulce, pidiéndole bailar. Erika se quedó quieta un momento, sin mover un solo músculo. El adonis que tenía delante vestía completamente de negro y la camiseta le marcaba los pectorales, ajustándose a él como una segunda piel. Sin ser consciente, aceptó su mano y notó cómo le pasaba la otra por la cintura. Como un engranaje, se acoplaron el uno al otro y comenzaron a danzar.

Él supo llevarla a la perfección. Dominaba su cuerpo como si llevaran toda la vida bailando juntos. Todo parecía perfecto y el baile se convirtió en el mayor placer. Ninguno era consciente de que la gente que había en la pista se iba apartando poco a poco para dejarles espacio. Les miraban embobados, curiosos, como si se tratase de dos bailarines profesionales.

El Dj enlazó otra canción para que la pareja siguiera con su espectáculo, deleitando al público.

Las amigas de Erika se acercaron a la pista, atraídas por la majestuosidad de la danza y la belleza del joven latino.

Cuando la canción terminó, la gente aplaudió emocionada y él, en un gesto galante, tomó la mano de Erika y la besó. Ella se sintió como la dama de una película en blanco y negro. Sus mejillas se tiñeron de carmín y la vergüenza la invadió.

Ante la mirada estupefacta del chico y sus amigas, Erika salió corriendo de la discoteca. Un taxi se quedaba libre en ese preciso momento y, sin pensarlo si quiera, subió. Cerró la puerta de un portazo y le dijo apresurada la dirección de su piso al conductor que, con expresión curiosa, emprendió la marcha.

II

Patrick se quedó desconcertado ante el comportamiento de la muchacha con la que acababa de bailar. Su amigo le miraba desde la barra igual de atónito.

Dudó un segundo antes de salir tras ella. No podía dejar que se fuera así.

Le costó llegar a la puerta debido a la aglomeración de personas. Cuando consiguió hacerse camino y salir a la calle, no había ni rastro de la chica.

«¿Por qué se habrá ido así?», pensó afligido, mientras regresaba al interior.

Buscó con la mirada al grupo con el que la había visto antes de su magnífico baile. Tardó bastante en dar con ellos debido a la falta de luz, pero al final los localizó en unos sillones apartados. Había dos chicas y dos chicos y estaban dándose el lote. Aun así, fue hasta ellos. Carraspeó un poco para llamar la atención, pero la música sonaba muy alta.

—¡Perdonad! —gritó.

Ocho pares de ojos se clavaron en él.

—¡Eh! ¡Tú eres el que ha bailado con Erika! ¡Menuda pasada de baile! —exclamó la chica de pelo corto y ojos negros.

—Así es. Me llamo Patrick Ortega.

—Yo soy Mili. Y estos son Patricia, Pedro y Marcos.

Los aludidos levantaron la mano en señal de saludo y él inclinó la cabeza como respuesta.

—Quería preguntarles por... ¿Erika?

Mili asintió.

—Necesito hablar con ella. ¿Saben si vendrá la próxima semana a bailar?

Mili negó con la cabeza con gesto altanero.

—Con lo tímida que es, seguro que no quiere repetir —le explicó haciendo aspavientos con la mano.

—Necesito urgentemente hablar con ella.

Patricia le miraba extrañada. Por su expresión, Patrick dedujo que dudaba de él y sus palabras no hicieron más que ratificar lo que pensaba:

—No sé qué te ha podido hacer Erika para que la busques con tanta insistencia.

—Eso —agregó Mili, que no le quitaba el ojo de encima—. ¿A qué se debe esta urgencia? ¿Por qué tanto interés en alguien como ella?

En la última frase, la chica parpadeó más de la cuenta y se humedeció los labios. Patrick reprimió una sonrisa y decidió explicarles su motivo para que

le dieran su contacto.

—Verán, regento una academia de salsa y bachata. Pronto tendrá lugar un concurso muy importante de baile al que llevo mucho tiempo apuntado y mi pareja se ha caído y se ha roto una pierna. Ninguna de mis alumnas está a la altura de la competición. Sin embargo, su amiga... En fin, ella es perfecta. Me gustaría pedirle que baile conmigo.

Mili dejó el coqueteo y su rostro se contrajo en una mueca de antipatía.

—Erika no es ninguna bailarina profesional y no va a bailar contigo, de eso estoy segura. Y menos en un concurso de esos, con público —soltó.

—Aunque no sea una bailarina profesional, de la forma que hemos bailado hoy sería suficiente para quedar en los primeros puestos —insistió Patrick.

—Veo que tienes mucha fe en ella, pero siento decirte que no creo que ella acepte... Es muy vergonzosa —intervino Patricia con amabilidad.

Patrick se mesó el cabello con desesperación. Necesitaba a esa chica... ¡La necesitaba!

—Al menos ayúdenme a intentarlo —le tendió su tarjeta a Patricia, que le caía mejor que la otra—. El próximo sábado daré una fiesta y están invitadas. Ustedes también —se dirigió a los dos muchachos, que escuchaban en silencio—. Pueden traerla sin que se entere de que soy yo el que la ha organizado, para que no se niegue a ir. Son sus amigas y confiará en ustedes. La traen y yo intentaré hablar con ella.

Patricia le lanzó a Mili una mirada de compasión. Mili resopló con los ojos en blanco.

—Vale. Vamos a intentarlo, pero no te hagas ilusiones —accedió, no muy convencida.

Patrick le dedicó una sonrisa radiante.

—Muchas gracias. Espero convencerla para que baile conmigo.

Se despidió de las amigas de Erika algo más tranquilo y regresó a la barra, a buscar a su amigo Jaime, que le miraba desconcertado.

—¿De qué iba eso, Patrick? —le preguntó nada más llegar.

—Nada. Son las amigas de la chica con la que bailé.

—Os he visto bailar. Hacéis muy buena pareja —le dijo sonriendo, tras dar un sorbo a su copa—. Hacía tiempo que no disfrutaba de un buen baile.

Patrick soltó una carcajada y pidió al camarero un cubalibre.

—Me he encontrado muy a gusto bailando con ella.

—Deberías llevarla al concurso como tu pareja.

—Lo haría... si la encuentro.

Su amigo Jaime le miró con las cejas arqueadas.

—¿No la conoces?

Patrick negó con la cabeza.

—Pues lo hace de fábula. ¿Es profesional?

Patrick volvió a negar y dio un trago a su cubalibre.

—Pues has tenido suerte de encontrarla. No hay muchas que bailen así sin ser profesionales.

Jaime entendía del tema ya que había montado la academia con él, gracias a lo que se habían hecho amigos. Aquella era una de las noches que quedaban para divertirse.

—Eso he pensado yo. Pero, parece que me va a costar encontrarla.

—Merece la pena.

—Lo sé. Voy a hacer todo lo posible para encontrarla.

—Pues te deseo suerte.

Levantó su copa sonriendo y brindaron. Patrick apuró su copa y la dejó sobre la barra.

—Gracias por todo, Jaime. Me marcho ya.

—¿No quieres beber otra copa?

—No, estoy cansado y quiero irme a dormir.

—Nos vemos pues.

Se despidieron con un abrazo.

Patrick salió de la discoteca y la noche le dio la bienvenida. Comenzó a caminar con la mente en aquella chica. No quería ir a su casa en metro ni en autobús, y aunque no le gustaba pasear a esas horas, necesitaba hacerlo para despejarse. No podía dejar de pensar en ella y en la perfección de su baile. Pensó en que debía de ser cosa del destino; sin esperarlo, había encontrado a la bailarina perfecta para el concurso.

Una hora más tarde, llegó a su apartamento. Al abrir la puerta, el sonido del televisor llegó a sus oídos, por lo que supuso que su hermana, Belinda, y Adriana Castro, su pareja de baile, aún no se habían acostado. Compartía piso con ellas.

—Buenas noches, chicas —las saludó—. ¿Qué hacen aún despiertas?

—¡De películas! Nos hemos enganchado de una en otra y, ¡fíjate, qué hora es! —exclamó su hermana sonriente.

—Tienen suerte que mañana sea domingo y no haya que madrugar.

Belinda puso un mohín y Adriana rio. Los tres trabajaban juntos en la academia de baile latino. Belinda era la monitora de salsa.

—¿Cómo ha ido la noche? —preguntó Adriana mientras se recogía su larga melena negra en una cola de caballo.

Patrick se quitó la chaqueta, la dejó en un perchero que había junto a la puerta del salón y se sentó en el sillón, al lado de su hermana.

—No van a creerse lo que me ha pasado. He bailado con una joven que, si la encuentro y accede, puede ser nuestra salvación —contó emocionado.

—¿Qué te hace pensar eso? —inquirió Belinda intrigada.

—¡Ha sido un baile perfecto! La chica se adaptó a mi cuerpo como un guante y, como por arte de magia, bailamos en perfecta armonía. No me ha costado nada llevarla a mi ritmo. La gente se ha quedado con la boca abierta... ¡Hasta aplaudieron nuestro baile! Nunca me había sucedido algo semejante sin haber ensayado primero.

—¿Quién es la chica? —intervino Adriana.

Patrick resopló ofuscado y negó con la cabeza.

—No sé nada de ella... Se fue corriendo y me dejó sin saber qué hacer, ni qué decir. Fui tras ella, pero desapareció. La busqué en la calle y no la encontré, era como si se la hubiese tragado la tierra.

—Y, si no sabes nada de ella, ¿cómo la vas a encontrar?

—Cuando se fue busqué a sus amigas. Me dijeron su nombre, pero lo he olvidado...

—Pues es una pena... No tenemos tiempo de preparar a nadie para que esté a la altura del concurso. —Sus ojos negros parecían abatidos.

Adriana ahuecó el cojín donde descansaba su pierna escayolada. Patrick la ayudó, lamentando en su fuero interno que hubiese pisado aquél líquido tan resbaladizo en el portal con tan mala fortuna.

—En fin... Me voy a la cama —suspiró Patrick.

—Descansa, hermano. Ya lo solucionaremos.

Él le dedicó una mirada triste y se fue a su habitación. Belinda se quedó mirando a su hermano con un nudo en el estómago.

—Tenía tanta ilusión de ganar el concurso... Quería pagar los créditos que pedimos cuando montamos la academia —se lamentó en un susurro.

—Lo sé. Tengo miedo, Belinda —le confesó Adriana en el mismo tono de voz.

—¿Por qué?

Adriana se miró las manos.

—Un día llegará una mujer más joven y tu hermano se irá de mi lado. Me dejará sola...

—No pienses eso. Él te quiere mucho. Sois pareja artística y para él eso es muy importante.

—Ya... Solo somos pareja de baile. Nunca me ha dado otra esperanza.

Belinda se encogió de hombros. Hacía varios años que conocían a Adriana. El destino los había hecho coincidir en una academia de baile en Madrid y, desde entonces, su hermano y ella se habían llevado siempre muy bien.

—Bueno... —Se encogió de hombros—. ¿Quién sabe? A lo mejor algún día.

Adriana negó con la cabeza.

—He perdido la esperanza de que me vea como algo más.

—No pienses eso. Él solo tiene ojos para ti, Adriana. Solo es cuestión de tiempo que se dé cuenta y te pida que estén juntos. Son el uno para el otro.

—No sé... No quiero pensar más en eso. Ayúdame a llegar a mi cama, me voy a dormir.

Belinda apagó la televisión y ayudó a Adriana a llegar a la habitación que compartían. La dejó metida en la cama y se fue al servicio.

Adriana se metió en la cama y cerró los ojos. Fingió estar dormida porque no quería seguir hablando de Patrick. Ella estaba muy enamorada, pero jamás se lo había confesado. Él nunca le había dado pie más allá de su amistad y ella no quería estropearlo, pero se moría de ganas de entregarse a él en cuerpo y alma. Su sangre se calentaba después de cada baile. Cuántas veces no se había imaginado dejarse llevar y apagar el calor allí mismo, en el suelo de la academia. Se imaginaba sobre él, devorándolo a besos. Amándole de forma sobrenatural. Haciéndole sentir el néctar del placer que sabía podía proporcionarle al fuerte de Patrick Ortega.

Su cuerpo empezaba a reaccionar a sus pensamientos y se obligó a dejar de pensar en él. Su alma atormentada, su cuerpo acalorado... Reprimió un grito bajo la sábana al oír a Belinda regresar del baño.



Belinda llevaba mucho rato dando vueltas en la cama. Adriana hacía ya rato que dormía tranquilamente, pero a ella el sueño se le resistía esa noche. No dejaba de darle vueltas al encuentro de su hermano con aquella desconocida. Debía haber visto algo muy especial en ella, ya que no bailaba con cualquiera. Apenas había tenido relaciones con nadie.

Le vino a la mente una imagen de su hermano de pequeño, con su pelo de punta y sus grandes y curiosos ojos negros. No pudo reprimir una sonrisa tierna. Ahora se había convertido en todo un caballero que levantaba pasiones.

Desde siempre le había apasionado la música y el baile. Recordaba cómo, al salir del colegio, iba corriendo a ver a los músicos callejeros y no regresaba a casa hasta que se hacía de noche. Adoraba bailar y aprendió desde muy pequeño. Ella misma lo apuntaba a los concursos de barrios vecinos y ganaba algunos, aunque de poca importancia.

Cuando la mala política de su país se desmadró y las guerrillas y las drogas tomaron su barrio, su padre les obligó a los dos a emigrar a España. Patrick acababa de cumplir los dieciocho cuando llegaron a Madrid. Encontraron una comunidad sudamericana que les ayudó a comenzar en su nueva vida. En cuanto estuvieron asentados, Patrick se apuntó en la academia donde conoció a Adriana. Allí, él siguió perfeccionando su técnica. Ella siempre había sabido que Adriana estaba enamorada de su hermano, como también sabía que él no lo estaba de ella, aunque no se lo diría porque no quería herir sus sentimientos.

Con esos pensamientos se fue adormilando, con los recuerdos de otra vida lejana. Su ciudad de origen, sus padres, a los que hacía años que no veía, su primer amor... Todos sus sueños e ilusiones quedaron atrás. Tan solo le quedaba su hermano y su única misión en la vida era protegerlo.

La añoranza se instaló en su corazón y la acompañó mientras se rendía a los brazos del sueño.

III

Erika iba en el taxi, ausente. Su mente no dejaba de volver a la discoteca y de recordar el baile con el desconocido. ¿Cómo había podido bailar con él de esa forma? No era propio de ella.

—Disculpe, señorita. Ya hemos llegado.

—Eh... Sí. Gracias.

Le pagó la carrera y observó cómo el taxi se alejaba, perdiéndose por la calle. Subió a su piso y se fue a su dormitorio. Sabía que sus amigas volverían tarde, así que se puso el pijama y se metió en la cama.

El rostro del bailarín no dejaba su mente. Su cuerpo perfecto de puro músculo, sus movimientos estudiados... Se había dejado llevar y habían bailado de una forma tan perfecta, tan sensual... Le gustaría volver a bailar con él y sentir de nuevo la magia que había experimentado esa noche.

Se quedó dormida imaginándose de nuevo en la pista con él, aunque no durmió demasiado, ya que unos gritos estridentes la despertaron.

—¡Eh, bailarinaaa! ¡Despierta!

Sintió que la sacudían con fuerza y abrió los ojos de golpe.

—Pero, ¿¿qué...?! ¡Serás idiota, Mili! —exclamó Érika enfadada y somnolienta mientras miraba el reloj—. ¡Pero si son las siete de la mañana!

Mili soltó una carcajada y Erika pudo ver en su rostro signos evidentes de la borrachera que aún llevaba. Se cubrió de nuevo con la manta y ocultó la cabeza para que la dejara en paz.

—¡Vamos! Tenemos el desayuno hecho... Bueno, lo ha hecho Patricia —rio con fuerza—. ¡Levántate y come con nosotras! Tenemos que hablar del chico de anoche. Teníais a toda la discoteca pendiente de vosotros. Os aplaudieron y todo, ¡menudo éxito, bailarina!

La última frase la dijo en tono burlón y Érika se levantó de un salto apuntándola con el dedo.

—¡No soy ninguna bailarina! —le espetó—. ¡Y no pienso ir a esa discoteca nunca más! ¡No quiero encontrármelo otra vez!

—¡Lo sabía! ¡Sabía que no querías ir más! Si es que eres muy predecible, tía.

Erika se quedó pensativa un momento. ¿Lo era? Sacudió la cabeza. Ni siquiera ella entendía lo que le había pasado.

—No sé por qué bailé con él... Fue algo que ni pensé. Solo me dejé llevar

por la música y...

—¡Joder, que tampoco has matado a nadie! ¡Solo es un dichoso baile! —
Mili agitó las manos en el aire.

—¡Vamos a desayunar ya! —bramó Patricia desde la cocina.

Erika cedió y se levantó. Llegó a la cocina detrás de Mili, que nada más sentarse a la mesa, soltó con malicia:

—Ya os lo dije, Erika no quiere volver a ir a esa discoteca. No quiere encontrarse al *buenorro* con el que bailó anoche.

—¿No quieres? —preguntó Patricia con amabilidad.

Erika negó con la cabeza.

—Bueno, pues vamos a otro sitio donde no podamos encontrar al *cachas buenorro*.

Las tres se echaron a reír. Erika cogió una tostada y le untó mantequilla.

—Marcos nos dijo anoche que le han invitado el sábado a una fiesta privada. Si os apetece, podemos ir con él. Así también cambiamos un poco, que se está convirtiendo en costumbre lo de ir a la discoteca todos los sábados —comentó Patricia dándole un mordisco a su tostada.

—Por mí perfecto —dijo Mili encogiéndose de hombros—. Así no te quedas en casa y de paso evitas al latino ese.

Erika la miró con una ceja arqueada.

—¿Y tú cómo sabes que era latino? Si no hablasteis con él.

Mili lanzó una mirada nerviosa a Patricia, que intervino con una sonrisa.

—Ninguna habló con él, pero tenía pinta de ser latino o algo así.

—La verdad es que no me fijé —rio Erika avergonzada.

—Entonces... ¿le digo que sí a Marcos?

Patricia y Mili le habían puesto el cebo y, aunque con algunas dudas, Erika al final picó y aceptó ir a la fiesta sin saber lo que la esperaba en ella.

Siguieron degustando la comida.

—Por curiosidad, ¿sabéis si pondrán música latina en la fiesta?

Mili puso los ojos en blanco y resopló.

—Lo tuyo con la música esa es preocupante, tía. En todas las fiestas la ponen, y si no lo hacen, pues le pedimos que lo hagan y listo.

—Tienes razón —sonrió.

Patricia recogió los restos del desayuno y dio unas palmadas.

—¡Ale, ahora a dormir!

Mili miró a Erika con los ojos como rendijas y el dedo en alto.

—Y tú, no se te ocurra hacer ruido. Y nada de cocinar, cuando tengamos

hambre, pedimos unas pizzas —le dijo en tono agrio—. Si no puedes dormir, te das un paseo por la plaza o te vas al Retiro, pero nada de ruidos.

Erika reprimió una sonrisa y asintió.

—¡Veeenga, Mili! Si Erika nunca hace ruido en domingo —intervino Patricia guiñándole un ojo a Erika, que le dedicó una sonrisa.

—¡Más le vale! —amenazó Mili mientras se iba a su cuarto.

Patricia se fue tras Mili. Erika se quedó en la cocina y se sirvió otro café, que bebió a sorbos, pensativa. A veces Mili era insoportable, no entendía por qué era así con la gente. De no ser por Patricia, que siempre mediaba, probablemente Mili no tendría amigas.

Dejó la taza vacía sobre la mesa y se fue a su cuarto. Se tumbó en la cama y se puso los cascos para escuchar música sin molestar a sus amigas. La bachata que llegaba a sus oídos fue relajándola hasta que se quedó dormida.



Estaban en su restaurante favorito, como cada noche de sábado. Habían pasado la semana como todas las de su vida últimamente, trabajando mucho y descansando poco. Pero la noche de sábado las revitalizaba.

—¿Qué te vas a pedir, Patricia? —preguntó Erika mirando la carta.

—Creo que bocata de pollo con ensalada —contestó encogiéndose de hombros—. Me gusta, ¿para qué cambiar?

Erika sonrió y siguió sopesando opciones.

—Yo me uno. Quiero lo mismo —dijo Mili.

—Venga, pues yo también.

Las tres rieron ante su falta de improvisación y cenaron entre charlas y risas. Cuando terminaron, fueron a esperar a Marcos y Pedro, que no tardaron en llegar. Se saludaron al subirse al coche y se encaminaron al lugar de la fiesta. Aparcaron en los alrededores y caminaron hasta la entrada.

A Erika se le cayó el alma al suelo al ver el lugar.

—¿Aquí es la fiesta? ¡Sí parece un gimnasio! —exclamó decepcionada.

—Seguro que dentro habrá buena música y aperitivos —comentó Marcos encogiéndose de hombros.

—Ya que estamos aquí, no vamos a hacer el feo y no entrar. ¡Vamos! Siempre podemos irnos luego —añadió Patricia animándoles.

Al acercarse, una preciosa bachata empezó a sonar y el rostro de Erika se iluminó. Más animada, se adelantó y abrió la puerta. Una joven con la pierna

escayolada les sonrió.

—¡Bienvenidos a nuestra fiesta! —los recibió la chica con entusiasmo—. ¿De parte de quién venís?

—Nos ha invitado Patrick Ortega —respondió Marcos.

—Patrick no tardará en llegar. Pasad, por favor —les invitó con amabilidad.

Marcos asintió e indicó al resto que entraran. Una chica muy guapa se acercó a ellos.

—¡Hola! Mi nombre es Belinda. ¿Os apetece beber algo? Venid conmigo a la barra.

La siguieron encantados ante su amabilidad. Erika observó con ojo crítico el entorno y se dio cuenta de que era una academia de baile. Al verlos bailar, dio por hecho que la mayoría de invitados eran alumnos, así que no entendía muy bien qué pintaban sus amigos y ella en aquel lugar. Aun así, le gustaba el ambiente y la música que sonaba.

Estuvo a punto de irse a bailar cuando le vio acercarse. Su cuerpo se estremeció. Un joven musculoso vestido con un pantalón negro y una camisa morada caminaba en su dirección con una media sonrisa tímida.

El primer pensamiento de Erika fue salir corriendo, pero entendió que era una encerrona y se giró hacia sus amigas con cara indignada.

—¡Me habéis hecho una encerrona! ¡Y yo he caído como una estúpida! —las acusó mientras la rabia la inundaba.

Una rabia sin sentido, lo sabía, pero se sentía engañada y burlada por sus propias amigas.

—¿¡Cómo habéis podido engañarme así!? ¡No teníais derecho a hacer esto!

Los ojos del muchacho estaban clavados en ella con una súplica velada.

—No te enfades, por favor...

Erika le lanzó una mirada asesina que le hizo callarse de golpe.

—Erika, por favor. Él es Patrick Ortega. Nos pidió ayuda cuando saliste corriendo de la discoteca. Solo quiere hablar contigo. Escucha lo que tiene que decirte y luego puedes irte y no volver más. Nadie te está pidiendo que hagas algo contra tu voluntad —intentó calmarla Patricia.

Los ojos de Erika estaban anegados en lágrimas de impotencia. Negó enérgicamente con la cabeza.

—¡Esto no os lo voy a perdonar nunca! ¡Estoy harta! ¡Sobre todo de ti, Mili! ¡Os pensáis que soy un juguete que podéis usar a vuestro antojo y esto

se ha acabado!

Mili iba a replicarle, pero Erika no se esperó. Salió corriendo hacia la puerta; sin embargo, no llegó a salir, ya que la chica de la entrada se interpuso en su camino y no la dejó pasar.

—Espera, por favor. No sé cómo te llamas, pero antes de irte, escúchame —le pidió con un ligero temblor en la voz.

—No me interesa lo que tengas que decirme y menos si es sobre él —le espetó, señalando con el dedo hacia atrás.

La chica respiró hondo y volvió a intentarlo.

—Me llamo Adriana. Soy amiga de Patrick, además de su pareja de baile. Me ha contado lo bien que bailasteis juntos el sábado, lo bien que os compenetrasteis... —Tragó saliva—. Y por eso te necesita. Yo te necesito. Con esta pierna no puedo bailar.

—Yo no sé bailar. No soy una profesional. Simplemente me dejé llevar, no sé ni cómo lo hice.

—Eso es suficiente. Quedan tres semanas para el concurso, con unas clases para que perfecciones los pasos de baile será suficiente.

—¿Concurso? ¡Ni hablar! No puedo hacerlo. Lo siento mucho, pero sería incapaz de bailar delante de unos jueces sabiendo que están juzgándome.

Adriana la cogió de las manos temblorosas y la estrechó con amabilidad.

—El destino hizo que Patrick te encontrara. Esto no puede ser una casualidad. Él necesitaba a alguien como tú para bailar en ese concurso.

—No creo en el destino. Simplemente fue una casualidad.

Adriana negó. En ese momento, Belinda, que estaba cerca y había oído la conversación, se acercó a ellas. Erika desvió su mirada hacia sus amigas, que estaban pendientes de ella y sintió un nudo en el estómago. Patrick no le quitaba los ojos, tristes y preocupados, de encima.

—Por favor, inténtalo. Si lo haces, salvaremos nuestro futuro. Podemos perder esta escuela y con el concurso se arreglaría todo... —le pidió con un hilo de voz.

—Dais por hecho que vamos a ganar y eso no lo sabemos.

—Tenemos que ser positivos. Hay demasiado en juego. Mi hermano sacará lo mejor de ti, de eso estoy segura. Confío en él y, si está tan convencido de que eres la indicada, lo eres sin duda.

Erika resopló intentando liberarse del peso que Belinda y Adriana estaban metiendo en ella. Su interior era una vorágine de sentimientos y miedos de la que no conseguía sacar nada en claro.

—Yo...

Su voz murió en la garganta al ver a Patrick frente a ella.

—Perdóname por haber hecho que tus amigas te trajeran engañada. Ellas me dijeron que no volverías a la discoteca y yo necesitaba... Te necesito. No tuve en cuenta que podrías negarte. Quería bailar contigo, me ilusioné pensando en que serías la pareja de baile perfecta para mí, pero me doy cuenta de que no puedo obligarte si no quieres. Lo siento... —Suspiró apesadumbrado—. Si no gano ese concurso, perderemos esta escuela y es toda mi vida. Es lo único que tengo y por eso estoy tan desesperado.

Erika se quedó sin saber qué decir. Sus ojos se encontraron con los de Patrick y vio la verdad en ellos.

—Al menos quédate en nuestra fiesta —dijo Adriana, derrotada—. Aunque no quieras participar con Patrick en el concurso, baila esta noche con él para que los alumnos os vean. Por favor... Estaríamos muy agradecidos.

Patrick le tendió la mano y ella no pudo negarse. Asintió y extendió su mano. Cuando se rozaron, un escalofrío la recorrió.

Belinda puso *La Carretera*, de Prince Royce, y Erika sonrió. Le encantaba esa canción.

Fueron hacia la pista y comenzaron a bailar, dejando a todos con la boca abierta. Patricia y Mili sonreían viéndola.

Adriana observaba el baile con una expresión que para nada tenía que ver con la amabilidad mostrada unos minutos antes.

—Tiene muchas carencias —le comentó con frialdad a Belinda, que miraba embobada a su hermano.

—Patrick sabrá pulirla. Déjame disfrutar de su baile. ¡Lo hacen genial juntos! Mi hermano tenía razón.

Cuando terminó la canción, la melodiosa voz de Prince Royce fue sustituida por los sonoros aplausos de los invitados. La emoción llenaba la sala y las palabras «bravo» y «bien bailado» resonaban por doquier. Los alumnos se fueron acercando a felicitarlos y Erika se sintió abrumada, sin saber qué hacer con tantas muestras de cariño.

—Ha sido un bello espectáculo, Patrick —les dijo un alumno—. Os compenetráis en cada movimiento con una armonía sensual y llena de elegancia.

—Muchas gracias —consiguió articular Erika mientras Patrick la miraba con dulzura y orgullo.

—Hemos visto una nueva faceta en ti, Patrick. ¡Ha sido impresionante! —

añadió otro alumno.

Erika estaba que no cabía en sí de alegría. Vio a sus amigas acercarse con los rostros iluminados por grandes sonrisas. Hasta Mili parecía emocionada. Patricia la tomó de las manos.

—Érika, ha sido precioso. Lo habéis hecho estupendo. Es un encanto verte bailar —la felicitó mientras le daba un abrazo.

Erika asintió agradecida sin saber qué decir. Se moría de vergüenza.

Adriana cojeó con dificultad hasta ellos y los miró sonriente, primero a ella y luego a Patrick.

—Ha sido una maravilla veros bailar. Gracias por concedernos el placer de bailar con él.

—Podrías convertirte en una bailarina profesional sin mucho esfuerzo. Lo haces genial —le dijo Belinda conmovida.

Erika negó con la cabeza tan roja como un tomate maduro.

—No sirvo para hacerlo frente a tanta gente pendiente de mí... Me muero de vergüenza.

—Eso es solo la primera vez. A medida que pase el tiempo y sientas los aplausos, se va convirtiendo en un néctar delicioso que te hace querer más. Muchas personas no pueden vivir sin escucharlo —le contó sonriendo—. Tienes un don, amiga mía. No necesitas que nadie te enseñe, solo que pule tus movimientos. Llevas el baile en la sangre.

Erika no sabía qué hacer. Estaba abrumada por todo y tantos ojos puestos en ella no ayudaban en nada a que pensase con claridad. Para colmo, Patrick la tomó de las manos.

—Dime al menos que lo pensarás. Necesito tu ayuda... Podemos ensayar solo los días que puedas, sin presiones.

Le pedía ayuda, pero ella no podía dársela. No sabía bailar tan bien como ellos querían hacerle creer. No ganaría el concurso bailando con ella. Sin embargo, se guardó todo dentro.

—No insistiría si no supiera que tenéis posibilidades de ganar —dijo Belinda—. Llevo mucho tiempo en esto y sé que puedes. Tienes lo que hay que tener para lograrlo.

Erika iba a contestar, pero Mili, tan impulsiva como siempre, saltó con el tono de voz insolente que solía usar para ser el centro de atención:

—Si yo supiera bailar como tú, anda que me lo iba a pensar. No dudaría ni un segundo. Serías famosa y firmarías autógrafos, te entrevistarían en la prensa, saldrías en las revistas del corazón... —enumeró.

Lo único que recibió fue una mirada fulminante colectiva que la hizo encogerse de hombros con suficiencia.

—¿Qué he dicho para que me miréis así? ¿Acaso bailando bachata y ganando concursos no se hace uno famoso?

Nadie le replicó, pero en sus rostros se apreciaba el poco aprecio hacia la chica.

Belinda puso los ojos en blanco.

—En fin... Vayamos a tomar un refresco y unos aperitivos y ya discutiremos el tema más tarde.

Fueron a la barra y charlaron de otros temas para relajar el ambiente. Tras un buen rato, Erika decidió que ya era hora de marcharse.

—Por favor, piénsalo. Necesito ir a ese concurso. Si supiera que no estás a la altura, no te lo pediría —le pidió Patrick con amabilidad.

—Te prometo que lo pensaré ¿vale? —cedió al fin.

Patrick le dedicó una sonrisa preciosa y ella se la devolvió.

—Si me pongo de rodillas, ¿crees que podría convencerte? —bromeó, arrancando una carcajada a Erika.

—¡No creo! Pero sería gracioso verte.

—¡No dudes que lo haría!

Ella negó con la cabeza.

Se despidieron unos de otros y Erika salió de la escuela seguida por sus amigos.

—Bueno, imagino que vosotros queréis seguir la fiesta —les dijo ya en el coche.

—Sí, ¿no? Podemos ir a algún bar a tomar unas copas —propuso Marcos.

—Yo quiero irme a casa, ¿podéis llevarme?

—Sí, por supuesto.

—Menudo aburrimiento eres, Erika. ¡La noche es joven! ¡Hay que divertirse! No vamos a hacer como tú, que te acuestas como las gallinas —soltó Mili con algo de malicia.

—Mili, ¡basta ya! Erika puede hacer lo que quiera. Si le apetece irse a dormir, ¿quién eres tú para reírte por eso? —la reprendió Patricia.

Mili agachó la cabeza, avergonzada. Se recostó en el asiento y se mantuvo en silencio el resto del trayecto.

Cuando llegaron, Erika se despidió de todos y se subió al piso. Se sentó en el sofá y encendió la televisión, aunque no le prestó atención. Su mente vagaba en lo sucedido. Pensaba que aquel hombre tenía un don para

convencerla a bailar con él.

«Dios, qué complicado va a ser todo. ¿Qué debo hacer? Si acepto, tendré que ensayar con él para ese concurso...», pensó mientras iba a la cocina y se hacía un té aromático.

Lo tomó a sorbos pequeños, muy despacio. Siempre lo tomaba así cuando estaba sola. Era una especie de ritual para ponerse en contacto consigo misma, con sus emociones.

Cuando terminó, se quitó el maquillaje, se dio una ducha y se acostó. Tardó un buen rato en conciliar el sueño.

IV

Patrick había pasado casi todo el día de domingo pensando en Érika y en su forma de bailar con él. Esperaba de corazón que aceptase ser su pareja. Durante la cena, seguía absorto hasta que su hermana le llamó la atención.

—Patrick, hermano, estamos cenando. Pareces ido.

—Esto... lo siento, Belinda.

—Piensas en Érika, ¿no? —Su hermano asintió—. ¿Crees que vendrá a ensayar?

Patrick se encogió de hombros mientras jugaba con la comida de su plato distraídamente.

—Mi deseo es que lo haga. La realidad... es otra —suspiró.

—Yo creo que no vendrá —comentó Adriana con un deje de alivio.

Belinda dio un golpe en la mesa y los miró a los dos con el ceño fruncido.

—Por nuestro bien, más os vale cambiar de actitud y ponerle una velita a la Virgen de Guadalupe.

Patrick asintió ante la regañina de su hermana.

—Tienes razón.

—¡Claro que la tengo! —exclamó con suficiencia y una sonrisa—. Debemos pensar en positivo y tener esperanza. Démosle un voto de confianza a la chica.

Terminaron la cena en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. Patrick fue el primero en levantarse.

—Me voy a dormir, chicas. Que descansen.

—No pienses más, hermano. Duerme tranquilo.

Patrick asintió y le apretó con afecto el hombro a su hermana. Le hizo un gesto de cabeza a Adriana a modo de saludo y se fue a la cama. Belinda recogió los restos de la cena.

—Mamita, ¿quiere un *tesito*?

—Sí, *mija*. De seguro nos ayuda a dormir.

—No debemos pensar lo peor, Adriana —comentó mientras hacía el té—. Aún nos quedan dos meses para dejar la escuela. Quién sabe...

Adriana negó con la cabeza.

—El problema es que no vienen alumnos nuevos. Necesitamos un premio así para que nos conozca más gente y quieran venir a nuestra academia. Nos daría más prestigio.

Belinda asintió.

—Estábamos tan ilusionados cuando la montamos...

—Pues sí. Cuando llegué a Madrid estaba tan ilusionada... No sabes lo que me costó, el esfuerzo que tuve que hacer. No quiero volver a mi país, Belinda, no quiero. —Adriana se iba emocionando con cada palabra y las lágrimas se iban amontonando en sus ojos—. Buscaré trabajo en lo que sea...

Belinda, en un intento de calmarla, le dio un apretón cariñoso en las manos.

—Me niego a que fracasemos, mamita. No pienso rendirme hasta que no tenga un pie fuera de la academia. No nos vamos a dejar llevar por los pensamientos negativos y vamos a tener fe.

—Voy a rezarle a la virgen para que esa niña venga. Le voy a encender una vela ahora mismo.

—Venga, vamos a la cama. Te ayudo.

Juntas encendieron la vela a la estatua de la Virgen de Guadalupe que tenían en un rinconcito del salón. Rezaron con fervor antes de irse a la cama con la esperanza de que la virgen oyera sus plegarias.



La fe y la esperanza se fue desvaneciendo en los tres bailarines conforme el día iba pasando. Cuando llegó la hora de cerrar la academia, el desaliento era lo único que ocupaba sus mentes. Con la derrota pintada en sus rostros, fueron apagando las luces y se dirigieron a la salida.

Patrick estaba hundido y triste hasta que vio aparecer por la puerta el rostro de Érika. Su corazón dio un vuelco y sintió un alivio inmenso. Belinda y Adriana suspiraron agradecidas.

—¡Buenas tardes, Érika! —la saludó con una gran sonrisa mientras iba a su encuentro.

Ella se la devolvió con timidez.

—Ya pensábamos que no ibas a venir —añadió Belinda.

—No iba a hacerlo —confesó la chica—. Tenía miedo... He dudado tanto...

—No, por favor. No tenga miedo, no tenga dudas. —Patrick la cogió de las manos con ternura—. Venga, bailemos una canción.

—Sí... Porque si no empiezo, creo que me voy a ir corriendo —contestó con una risita nerviosa.

Adriana encendió de nuevo las luces y Belinda fue hasta el equipo de música.

—Hermana, pon *El amor que perdimos*.

Belinda asintió y, en pocos segundos, la música inundó el local. Patrick tomó a Érika en posición y comenzaron a bailar.

Él la llevaba con delicadeza y ella se amoldó a la perfección. La armonía de sus pasos y sus cabriolas dejaron embobadas a Adriana y a Belinda, que no perdían detalle del baile.

—¿Cómo está? —le preguntó Patrick al terminar la canción—. ¿Seguimos o hacemos un descanso? Podemos dejarlo para mañana si le parece mal seguir —se apresuró a añadir para no agobiarla.

Érika sonrió y negó con la cabeza.

—Bailemos otra.

—¿Seguro? No quiero cansarla mucho el primer día.

—Estoy bien, de verdad. Una más.

Patrick sonrió emocionado y le hizo un gesto a Belinda para que pusiera otra.

—Lo hace muy bien. Yo creo que mi hermano conseguirá prepararla a tiempo para el concurso. Va a sacar lo bueno que lleva dentro —le comentó a Adriana, poniéndose a su lado.

—Yo temo que va a sacar algo más de ella —respondió en tono mordaz, sin apartar la vista de la pareja, que bailaba ajena al resto del mundo.

—¡Otra vez tus celos, Adriana! Déjalo ya. Además, no es del tipo de chica que le gusta a mi hermano. Ella es demasiado escuálida y a él le gustan rellenitas, como tú.

Adriana resopló.

—Pero hacen tan buena pareja...

—Sí, y muy buena. Pero solo son pareja de baile, mamita, nada más.

—Cómo suda la pobre —dijo Adriana cuando la canción terminó.

—Sí, pero no solo es el esfuerzo. Seguro que también es por los nervios. Ya deberían parar porque no debe cansarla el primer día.

Como si Patrick hubiese leído sus pensamientos, tomó de la mano a Érika y fue hacia ellas. Belinda preparó una toalla, que le tendió a la joven cuando llegó a su lado.

—Muchas gracias.

—No es nada. Lo ha hecho muy bien, niña.

Érika sonrió agradecida y se secó el sudor de la cara.

—La llevo a casa —se ofreció Patrick.

Ella negó.

—No te molestes, me voy en autobús. La parada no está lejos de la academia.

—De acuerdo, pero no es molestia. ¿Vendrá mañana?

—Sí. Vendré antes. Es necesario ensayar mucho porque solo quedan tres semanas para el concurso y, ya que he aceptado, no quiero hacer el ridículo.

—No se preocupe por eso, Érika. Le aseguro que no hace el ridículo. Baila muy bien, —Patrick tomó las manos de la joven entre las suyas y le dedicó una sonrisa tan tierna que le sacó los colores—. Solo disfrute del baile, sin presión. Si no ganamos, no pasa nada.

Érika le miró con las cejas arqueadas, sin creer la última frase.

—Bueno, sí pasa —confesó avergonzado—. Pero es mejor tomárselo con calma. Además, tengo fe en usted.

—Exacto. Tú disfruta de los ensayos con Patrick y de la experiencia que supone. Olvida el concurso de momento y céntrate en la práctica —dijo Adriana, haciendo acopio de todas sus fuerzas para tragarse los celos.

Le dedicó una sonrisa falsa que no pasó desapercibida para Belinda y Patrick, que la conocían bien.

—Muchas gracias a los tres. No merezco tanta confianza. Os prometo que lo voy a intentar.

—Creemos en ti porque lo haces muy bien.

Belinda tenía una sonrisa de felicidad dibujada en el rostro. Estaba encantada con la chica.

—Bueno, pues hasta mañana, que se me hace tarde para coger el autobús. Se despidieron con dos besos y Érika salió apresurada hacia la parada.



Habían pasado unas semanas desde que Érika aceptase ir a ensayar todos los días. Llegaba temprano y se iba tarde. Cada vez lo hacía mejor.

—Bueno, chicos, hasta mañana —se despidió antes de salir de la academia.

—¡Hasta mañana! —dijeron Patrick y Belinda al unísono con sendas sonrisas. Adriana simplemente movió la mano sin mucho entusiasmo.

Cuando estaban los tres solos, Patrick miró a su hermana y a Belinda con el gesto contraído.

—Estoy algo preocupado —confesó.

—¿Por qué, hermano? Si la chica va muy bien.

Patrick negó con la cabeza.

—No es por eso. Me preocupa su ropa... ¿Cómo la vestimos? ¿Qué color vamos a elegir para ella? Yo debería ir conjuntado con su vestido. —En su voz podía apreciarse la angustia que sentía.

—No te preocupes, Patrick —intervino Adriana con una sonrisa forzada—. Yo le doy el vestido que me compré para el concurso. A mí no me va a servir y ella lo lucirá bien. Así no tendrá que comprarse uno —se encogió de hombros.

No le hacía ninguna gracia que Érika llevase su vestido. Cada día la soportaba menos, pero tenía que fingir por sus amigos, aportar soluciones y ayudarles.

Ajeno a los sentimientos de Adriana, Patrick sonrió aliviado y le dedicó una gran sonrisa.

—Gracias, Adriana. ¡Eres estupenda!

—No tienes que darlas, Patrick —contestó ella, quitándole importancia. Pero se sintió bien al hacerlo feliz—. Intento ayudar en todo lo que puedo.

—Eres muy servicial y tienes un gran corazón. Te agradezco todo lo que haces por nuestra escuela.

Adriana sonrió.

—Venga, chicos. Es hora de irnos a casa ya... —les apremió Belinda.

Tras recoger todo y dejarlo en orden, se fueron a casa. Belinda preparó la cena mientras los demás se ponían cómodos. Adriana llegó con las muletas a la cocina y Patrick, en un gesto amable, le puso un taburete con un cojín para que pudiese apoyar la pierna escayolada.

Reposaron la comida viendo un rato la televisión, aunque estaban muy cansados por lo que se fueron a la cama para reponer fuerzas y empezar las clases con más ánimo y ritmo.

Aunque cada uno tenía sus propios sueños, compartían uno en común: mantener la escuela abierta.

V

Los días pasaban y el concurso se iba acercando. Érika se lo había tomado muy en serio y no faltaba a los ensayos, pero apenas veía a sus amigas. El tiempo se le pasó volando, y estaba tan entretenida que hasta se olvidó de su viaje de vacaciones.

Solo faltaba una semana para el concurso. Iba de camino a la academia cuando le sonó el móvil. Lo sacó del bolso y vio en la pantalla que era Patricia.

—¡Hola, Patricia! ¿Cómo estás? —le preguntó muy alegre de hablar con ella.

—Hola, Érika. ¿Dónde andas?

—De camino a la academia.

—Pues cuando llegues espérame en la puerta. O te espero yo mejor. — Soltó una risita—. Tengo la tarde libre y me apetece tomarme un cafelito contigo cuando salgas.

—¡Me parece genial! Me vendrá bien tomar algo, que siempre termino rendida.

—Pues listo. Nos vemos en un rato, cielo.

—Chao, Patricia.

Érika guardó su móvil sonriente mientras esperaba el autobús. Aunque tenía coche, solo lo usaba cuando era absolutamente necesario o tenía que ir a algún lugar retirado de su barrio. Para moverse por la ciudad prefería viajar en transporte público.

Solo tuvo que esperar cinco minutos. Tras pagar su billete, ocupó un asiento junto a la ventanilla. Observó las caras de la gente, tristes y cansadas después de todo el día trabajando. Había alguna mamá con sus hijos. También vio alguna que otra mujer con su bolso sujeto en el regazo.

Sintió pena por ellas, pero también por su propia vida.

«¿Por qué me siento tan vacía? Soy joven y la música me llena el alma de felicidad...», pensó.

Bajó la mirada y cerró los ojos durante el resto del trayecto.

Patricia la estaba esperando ante la puerta de la academia.

—¡Patricia!

Se dieron un abrazo y dos besos.

—¡Hola, mi amor! Hace mucho tiempo que no echamos un ratito. Tanto

ensayar, tanto ensayar... ¡Patrick te tiene secuestrada! —la reprendió entre risas.

—¡No exageres! Algo nos vemos.

Patricia hizo un mohín.

—Muy poco. Ya no cenamos y por la mañana, todas a trabajar. Echo de menos las charlas de chicas en la cocina —se lamentó con un suspiro.

—Bueno, hoy tendremos un ratito así. Entremos, que ya es la hora y se hace tarde.

Patricia asintió.

—Sí. Además, he venido a verte bailar y a disfrutar de ese bailarín *macizorro*. ¡Es todo un macho latino!

Érika soltó una carcajada e hizo un aspaviento.

—Pues no me había dado cuenta de eso —confesó.

Patricia la miró con los ojos como platos.

—¡Anda ya! ¡No me digas que no te has dado cuenta! Pero ¿a dónde miras tú? —exclamó.

—Reconozco que es guapo..., pero no es mi tipo —contestó Érika sonrojada.

—¿Cómo no va a ser tu tipo? ¡Si llevas la música en la sangre, igual que él!

—Eso no tiene nada que ver, Patricia. Que a los dos nos guste la música no significa que sea mi tipo. De hecho, te aseguro que ni es mi tipo ni soy su tipo, así que deja de pensar tonterías.

Patricia negó con la cabeza y una mueca en el rostro que, para nada indicaba que estuviese de acuerdo con su amiga. Érika se echó a reír ante su expresión. Juntas, y entre risas, entraron a la academia.

—Hola, Érika. Tú eras Patricia, ¿cierto? —las saludó Belinda.

Patricia asintió.

—Y tú, la hermana de Patrick.

—Sí, cariño. ¿Vienes a ver a nuestra Érika bailar?

—Sí. Tengo el día libre y he venido a ver cómo progresa. —Le dedicó una sonrisa que Belinda respondió con amabilidad.

—Muy bien. Érika, mi hermano ya está preparado. Ve mientras yo les pongo música. Patricia, acompáñame.

Asintió y la siguió. Belinda puso una bachata y juntas les vieron bailar. Las dos se habían caído muy bien y se trataban de forma muy familiar.

—En septiembre me apunto yo —comentó Patricia emocionada—. Me

encanta este baile, es muy sensual.

—¡Me alegro! Espero que mucha gente piense como tú cuando los vean bailar en el concurso. Si te digo la verdad, no tenemos muchos alumnos. A ver si con el concurso se anima un poco más la cosa.

Patricia se tocó la barbilla pensativa.

—Puedo intentar convencer a mi amiga Mili y a dos amigos que últimamente salen mucho con nosotras. A lo mejor quieren apuntarse también.

Belinda le dedicó una sonrisa agradecida.

—Para mí sería una gran alegría teneros aquí a los cuatro.

El baile continuaba y las dos admiraban la elegancia de la pareja.

—Fíjate cómo baila mi amiga —comentó Patricia emocionada—. Cómo mueve las caderas y qué movimientos más elegantes... Parece una actriz de película.

—Sí, lo hace muy bien —asintió Belinda—. Parece que la quieres mucho. No tanto tu amiga; la otra que estuvo aquí.

Patricia se encogió de hombros.

—Quiero mucho a Érika. Es dulce y nunca se enfada. Pero con Mili es diferente; son incompatibles y chocan mucho. A Érika no le gusta lo impulsiva que es Mili.

—Lo noté, mamita. Es como si tuviera celos.

—Celos no creo. Mili no puede tener celos de Érika...

Ahora fue Belinda la que se encogió de hombros y alzó las manos.

—Eso no lo sabes.

Patricia juntó las cejas, preocupada.

—No lo sé, pero me extrañaría. Aunque no voy a poner la mano en el fuego por nadie.

Belinda iba a decir algo, pero se calló al ver a Adriana que llegaba con una bolsa en la mano. Miró su pierna y su expresión se dulcificó con una sonrisa alegre.

—¡Te han quitado la escayola!

Adriana asintió feliz. Acercó una silla hasta ellas y se sentó con un suspiro.

—Aún tengo que llevar las muletas unos días y tendré que hacer ejercicio para volver a tener movilidad. Pero estoy contenta.

—Eso es bueno —la felicitó Belinda.

—Tengo la pierna rara... —se quejó Adriana con una mueca.

—Es normal que la sientas rara después de tantos días con la escayola

puesta.

—Supongo. He traído el vestido para que se lo pruebe Érika —dijo señalando la bolsa.

Patricia se mantenía al margen de la conversación y seguía absorta en el baile de su amiga.

—Ya han terminado —informó unos minutos después.

Patrick y Érika se acercaron a ellos sofocados.

—Érika, te he traído mi vestido. Será mejor que te lo pruebes, por si hay que hacerle algún arreglo —dijo Adriana tendiéndole la bolsa.

—¿Un vestido? —preguntó Érika sorprendida.

Adriana asintió.

—Sí. Necesitarás uno para el concurso.

Érika sacó el vestido de la bolsa y sus ojos se abrieron de par en par. Era de amarillo fosforito y anudado al cuello. Tenía una cinta en el pecho que rodeaba la parte trasera y la falda tenía un volante que terminaba en pico y, probablemente, caería por la pierna. Jamás se pondría ese vestido tan llamativo...

«No quiero ir tan desnuda...», pensó acongojada, pero no dijo nada. Aguantó un suspiro y se fue al vestuario a probárselo.

Salió con él puesto y muy incómoda.

—Me queda muy grande —dijo sujetándose la tela que debía sujetar el pecho.

—Yo tengo más pecho, por eso te está grande —dijo Adriana intentando que no se le notara su genio—. De todas formas, podemos arreglárselo, ¿verdad, Belinda

Patricia tenía el rostro contraído y sus cejas casi se juntaban. No estaba de acuerdo con arreglar el vestido, ya que no le quedaba bien. Estaba diseñado para una mujer más gruesa y el color no le pegaba nada a su amiga.

—No sé, Érika... Yo conozco una tienda que alquila vestidos de este tipo y no cuesta mucho. Comprarse uno solo para usarlo una vez no es muy rentable, pero alquilarlo, sí.

—¿Sí? —le preguntó Érika esperanzada—. Podemos ir mañana por la mañana.

—Claro —asintió Patricia con una sonrisa viendo el alivio en el rostro de Érika—. Podemos mirar los modelos disponibles.

—¡Estupendo!

Fue a cambiarse con rapidez.

—Muchas gracias por el vestido, Adriana. Pero prefiero mirar otros modelos. Además, seguro que tú lo vas a necesitar más que yo. —Le tendió el vestido con amabilidad.

—Sí... La verdad es que no te queda demasiado bien —confesó Adriana.

—Es que te está demasiado grande y habría que hacerle muchos arreglos —comentó Belinda.

—Cuando lo tengas, tráelo. Si puede ser el lunes, para que lo vea. Tendré que buscar algo que vaya a juego con tu vestido —intervino Patrick.

Érika asintió.

—De acuerdo. Mañana lo miro y el lunes te lo traigo. Bueno, nos vamos ya que hemos quedado para tomar algo.

—Nos vemos el lunes —se despidió el muchacho.

—¡Adiós!

Tras despedirse, las dos amigas salieron de la academia y comenzaron a pasear mientras charlaban.

—El color del vestido no me gustaba nada. ¡Era feo con ganas! —rio Érika.

—¡Y qué lo digas! —Patricia soltó una carcajada—. No te favorecía nada y, además, te quedaba muy grande. Mañana vamos a la tienda que te digo y miramos todos los modelos que haga falta hasta encontrar uno que te sienta bien. ¿Qué te parece sobre las once?

—Me parece bien —aceptó y se detuvo, haciendo que Patricia también se detuviera—. ¿Dónde vamos a tomar algo?

Patricia se encogió de hombros, indecisa.

—No sé... A cualquier bar que nos coja de camino. La cuestión es estar juntas un rato.

Iban a retomar la caminata cuando sonó el teléfono de Patricia. Al mirar la pantalla puso los ojos en blanco y resopló.

—¡Ya está la pesada de Mili controlándome! —se quejó de mala gana antes de contestar—. ¿Qué pasa, Mili?

—Oye, ¿dónde te has metido? —le espetó al otro lado de la línea.

—Estoy con Érika. Hoy tenía la tarde libre y la he acompañado al ensayo.

—¿Vais a tardar mucho? —Su voz sonaba brusca.

—Pues vamos a tomar algo.

—Pasadlo bien. Aquí os espero.

—Hasta luego, bonita —se despidió Patricia, pero Mili colgó sin decir nada más.

Guardó el teléfono exasperada.

—Será mejor tomar algo y regresar pronto. Como tardemos mucho, el móvil me echa fuego —bromeó sin ganas.

—A Mili no le gusta estar sola —comentó Érika mientras retomaban la marcha.

Caminaron durante un rato hasta que vieron un bar. Se sentaron en una mesa.

—Oye, ya es tarde para tomar un café. Mejor una cerveza, ¿no? —sonrió Patricia.

—Me gusta la idea —rio Érika.

Pidieron un par de cervezas al camarero cuando las atendió.

—¿Qué te parece si después pillamos unas pizzas y las llevamos a casa? —propuso Patricia mientras esperaban las bebidas.

—Bueno... Nos tomamos las cervezas y vamos a por las pizzas —aceptó Érika, no del todo de acuerdo.

Al final, lo que iba a ser una tarde de chicas y cháchara, se convirtió en una cerveza rápida. Mili siempre estropeaba los planes.



El sábado por la mañana, tal como habían quedado, las chicas se dirigieron a la tienda.

Al llegar, Érika observó la cantidad de vestidos que había. Una mujer de mediana estatura, y que rondaba los cincuenta años, fue a atenderlas con una sonrisa amable en el rostro.

—Buenos días, señoritas. ¿En qué las puedo ayudar?

—Buenos días. Pues queríamos un vestido para bailar bachata —pidió Érika.

La dependienta asintió y les indicó una fila entera de vestidos.

—Todos estos van bien para los bailes latinos. ¿Para quién de las dos es el vestido?

Érika alzó la mano.

—Para mí.

—Bien. Veamos... —murmuró mientras la examinaba—. Estás muy delgada. La gente que suele llevar este tipo de ropa está más gruesa. Va a ser difícil encontrar tu talla. Pero vamos a intentarlo, ¿de acuerdo?

Érika asintió agradecida por la amabilidad de la mujer, que empezó a

sacarle vestidos para que se probase. Ninguno le estaba bien. La mayoría eran grandes de pecho y, los que conseguía rellenar, le quedaban fatal los volantes. La pobre empezaba a desesperarse.

Al cabo de un rato e infinidad de vestidos, la mujer se acarició la barbilla pensativa.

—Creo que ya sé lo que necesitas.

Se metió a la trastienda y salió unos minutos después con una bolsa oscura.

—Pruébate este. Aún no está usado porque la talla es muy pequeña.

Lo sacó de la funda y se lo mostró. Era muy discreto. No tenía escote y se anudaba al cuello, dejando los hombros descubiertos. La tela de brocado era de color blanco con un ligero reflejo azul claro. Le caían unos flecos que acompañarían los giros y los movimientos de cadera.

Érika lo miraba maravillada.

—En realidad, es más de estilo *flapper* —le explicó la dependienta—. Para la bachata no se utiliza un vestuario específico, más bien uno similar al de la salsa, con líneas determinadas en los dos estilos.

Para Érika todo eso era nuevo y no entendía la mitad de las palabras que le decía la mujer. Ella solo quería un vestido elegante que le quedase bien y ese era perfecto. Lo cogió con cuidado y se fue hacia el probador con la emoción a flor de piel.

La tela se adaptó a su cuerpo a la perfección. Al no tener costuras, marcaba su figura de forma atractiva. Los flecos de picos se agitaban con cada movimiento de sus caderas. Se quedó fascinada frente al espejo. Era el vestido perfecto.

Salió para que Patricia y la dependienta pudieran admirar la belleza de la prenda sobre su cuerpo.

Su amiga se tapó la boca para no soltar un chillido de alegría y saltó hacia ella para darle un abrazo y un beso.

—¡Dios mío! ¡Estás preciosa! —exclamó entusiasmada—. No eres mi Érika, me la han cambiado ahí dentro.

Érika soltó una carcajada.

—Gracias. La verdad es que me gusta mucho y me queda genial.

La dependienta se acercó a ella, satisfecha.

—Te queda perfecto. Espero que lo disfrutes, seguro que serás la envidia de todas las chicas.

—No me importan las demás. Solo quiero sentirme a gusto y con este vestido lo estoy.

La mujer asintió sonriendo.

—No te olvides de buscar unos zapatos adecuados —le aconsejó.

—¡En eso no había pensado! —exclamó Érika mirando a Patricia y dándose un golpecito en la frente.

Patricia rio.

—No te preocupes, ahora vamos.

Érika se giró hacia la dependienta.

—¿Qué color de zapato crees que le pegará más al vestido?

—Puedes elegirlos negros o blancos. Plateados también le irían bien.

—Muchísimas gracias, de verdad.

La mujer le restó importancia. Érika fue al vestuario y se puso su ropa. Al salir, le dio el vestido a la dependienta, que la condujo hasta la caja.

—Vamos a formalizar el contrato. —Le tendió un dossier y un bolígrafo—. Tienes que rellenar los datos y poner el día que vendrás a devolverlo. Aquí tienes el precio del alquiler y aquí, la fianza. Una vez hayas devuelto el vestido en perfecto estado, se te devuelve el importe de la fianza —le explicó.

Érika leyó el contrato y procedió a rellenarlo.

—Todo perfecto —se lo devolvió a la dependienta—. Voy a pagar con tarjeta.

—Muy bien. Todo está correcto.

La mujer pasó la tarjeta por el lector y se la devolvió a Érika junto con el justificante de pago. Guardó el vestido en la funda y se lo tendió.

—¡Que lo disfrutes! —se despidió con amabilidad.

—¡Muchas gracias!

Érika y Patricia salieron muy contentas de la tienda.

—Es raro que no haya zapatos en la tienda, ¿no crees? —comentó Érika pensativa—. Puede ser porque es algo más personal.

Patricia se encogió de hombros.

—Vamos a buscar una zapatería.

Las chicas comenzaron su búsqueda dando un paseo.

—Creo que me los voy a comprar blancos. Me gustan más que negros —dijo Érika al cabo de un rato

—Mi querida Érika... Eres de esas personas que no quieren llamar la atención y quieren pasar desapercibidas...

Érika rio con fuerza.

—Es cierto lo que dices... Pero es que el negro es muy feo para que luzca con este vestido tan lindo y esta caída que tiene. Me gusta mucho, Patricia.

—Te queda muy bien —aprobó—. Mira, ahí hay una zapatería. Vamos a ver si tienen alguno que le vaya bien al vestido.

El chico que atendía la tienda era joven, moreno, de mirada oscura y bastante atractivo. Las chicas sonrieron como tontas al verle.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarlas?

—Esto... Queremos unos zapatos para bailar bachata, por favor —se apresuró a contestar Patricia.

El chico les dedicó una sonrisa bonita.

—Pues tengo justo lo que buscan. ¿De qué color los prefiere?

—Blancos, por favor —intervino Érika.

—¿Número?

—Treinta y siete.

El joven asintió y se fue a por ellos. Regresó con una caja que le tendió a Érika. Los zapatos eran de estilo sandalia y se anudaban al tobillo con dos tiras cruzadas. Por la expresión, supo que a ella no le habían gustado.

—Este es un modelo sencillo y apto para bailar —le aclaró el joven.

—Ya..., pero no me gustan. Quizá viendo el vestido puedes orientarte mejor.

El joven aceptó y ella lo sacó de la funda con cuidado. Tras observarlo unos instantes con el ceño fruncido, el dependiente se fue a buscar otros zapatos. Regresó al poco tiempo con dos cajas. Sacó los dos pares y los colocó uno al lado del otro. Uno de ellos era bastante parecido al modelo anterior, pero tenía un detalle en color plateado que se asemejaba a la piel de serpiente o cocodrilo. Los apartó a un lado y se fijó en el otro par. Era un modelo más fino en el resalte, pero del mismo tono. Dos tiras grandes se cruzaban sobre el pie y otras dos, más finas, cruzaban el tobillo. El tacón era medio grueso, igual que el resto. Los cogió y se los probó.

—Este me gusta. ¿Cuánto cuesta?

El muchacho miró el lateral de la caja.

—Setenta euros.

—Me los quedo —dijo convencida. Volvió a calzarse y se los tendió al chico, que fue hasta la caja registradora.

—¿Te gustan, Patricia?

La amiga asintió, optimista.

—Sí, mucho. Te va a quedar perfecto. El lunes lo llevas al ensayo, como te dijo Patrick.

Érika negó enérgicamente.

—El vestido no lo van a ver ninguno de los tres hasta que llegue el momento del concurso. Le diré que es blanco y que él se compre la ropa que quiera.

—¡Muy bien dicho! —la animó su amiga—. Que se chinchén. Sabes que Adriana está enamorada de él, ¿verdad? Yo creo que no le ha dicho nada a Patrick y como él te mira a ti, está celosa y piensa que se lo vas a quitar.

—Pues, ¿sabes qué te digo? Que cuando termine el concurso, gane o pierda, no me vuelven a ver por allí.

—Pues yo he pensado ir a clases en septiembre. —Patricia se encogió de hombros.

—Me parece genial.

Fueron hasta la caja a pagar los zapatos.

—Aquí tiene el ticket. Que disfrute de los zapatos.

—Gracias.

Al salir de la tienda, Érika parecía pensativa.

—Sí que he notado que Adriana está enamorada de él. Siempre está en guardia conmigo, pero se suaviza delante de Patrick y Belinda —confesó al fin.

—No sé si él le corresponde. Si es el caso, lo oculta muy bien. Pero bueno, después del concurso te vas una semana de vacaciones y desconectas.

—Ya... Por eso te digo que cuando acabe el concurso ya no lo veo más.

Pasaron por delante de una parada y Érika le propuso a Patricia que esperasen el autobús, ya que estaba cansada. Cuando llegaron a casa, Mili ya estaba despierta.



Al lunes siguiente, cuando Érika llegó a la academia, Adriana la abordó nada más entrar.

—Érika, hola. ¿Y el vestido? ¿Lo has traído?

Érika se mordió la lengua y forzó una sonrisa.

—No lo he traído porque he elegido uno blanco. No tiene más misterio.

Patrick, que se acercaba en ese momento, la miró extrañado.

—¿Blanco?

Érika asintió. Patrick no entendía muy bien su elección ya que, por lo general, las chicas elegían colores llamativos y vivos para destacar en la pista. Ella era muy diferente a las demás.

«Tendré que usar una camisa blanca y sencilla. Demasiado sobrio para mi gusto», pensó.

—Bueno, vamos a la pista. Es hora de ensayar. El color del vestido no importa, lo importante es que quedemos en buen lugar.

—Hay que tener fe, querido hermano —lo animó Belinda, que había llegado a tiempo para oír la conversación—. ¡Venga, a ensayar! Que solo quedan cuatro días para el concurso.

Les puso una música festiva y se fueron a bailar.

—Ya casi es veintiocho de julio... Qué rápido ha pasado el tiempo —comentó Belinda más para sí misma mientras les observaba bailar.

—¿La has oído? Ha elegido un vestido blanco... —apuntó Adriana con un deje de desdén.

—Sí. El blanco es muy sobrio. Los jueces prefieren que las chicas vayan vestidas de colores fuertes y llamativos. De blanco no va a destacar.

—Te equivocas. Yo conozco a este tipo de mamitas. Lo que quiere es ser diferente y destacar en todo. —El desprecio que sentía por Érika se hizo visible en su rostro.

—No exageres, Adriana —la reprendió Belinda—. Quítese eso de la cabeza, señorita. Érika no es como usted dice, ella es sencilla. Además, el color blanco no está prohibido. Solo nos queda rezar para que queden en un buen puesto. Y si es el primero, mucho mejor.

VI

Por fin llegó el día tan esperado. El concurso daba comienzo a las diecinueve horas y todos los participantes se movían nerviosos; expectantes.

La organización del evento corría a cargo del ayuntamiento de Madrid, junto con varias asociaciones culturales latinoamericanas, y se había consolidado como el más importante de España.

—¡Bienvenidos, damas y caballeros! —anunció con ímpetu Nicolas Bassil, el presentador de la gala—. Bienvenidos al concurso anual más importante del panorama latino-americano en España y con el premio más suculento de todos. Como saben, este año lucharán por el título trece parejas. Habrá seis finalistas, que competirán en la siguiente fase, en la ciudad de Barcelona.

Nicolas Bassil era periodista y estaba especializado en temas musicales. Hizo una pausa mientras los presentes aplaudían con fervor.

—De las seis parejas finalistas, tres serán los elegidos para representarnos en el concurso internacional de bachata. Durante la gala, damas y caballeros, tendremos varios artistas invitados que nos deleitarán con sus éxitos. Y como guinda, disfrutaremos de un concierto en directo de uno de los más grandes cantantes de bachata del momento. ¡La fiesta está servida para los bachateros esta noche! —Un nuevo coro de aplausos y ovaciones recorrió la enorme sala—. Y ya, sin más dilación, ¡vamos a conocer a las trece parejas de bailarineeeeees!

El presentador hablaba de forma exagerada.

—¡La primera pareja está compuesta por Iván Rodríguez y Romina García, de Madriiiiiid! ¡Un fuerte aplauso para ellos!

Los bailarines salieron a la pista y la música comenzó a sonar, llenando el recinto con sus notas alegres, que viajaban juguetonas y armónicas, inundando de dicha los corazones de quiénes las escuchaban.

Saludaron al público al terminar y se retiraron para dar paso a los siguientes.

—¡De Sevilla, vienen a deleitarnos María Vega y Manu Péreeeeez!

Mientras los sevillanos bailaban, Érika se encontraba en su camerino, que no estaba lejos del escenario, e intentaba vestirse.

—Ya pronto os toca. ¡Fuera nervios, Érika! —intentaba animarla Patricia mientras la ayudaba con la ropa.

—No quiero pensar en nada... Solo bailar —dijo Érika con un hilo de voz.

—Eso es lo mejor que puedes hacer, amiga. Baila, disfruta y olvida lo demás. No pienses en el puesto que puedas quedar. Lo importante es que seas feliz.

Érika asintió, hecha un manojo de nervios.

—Por cierto, Érika, me he dado cuenta que con ese vestido no se te ve el tatuaje —comentó Patricia.

—Ya. No me importa.

Unos golpes sonaron en la puerta y apareció Belinda con una sonrisa.

—Vamos, Érika, os toca. Mi hermano ya está esperándote.

Las chicas asintieron.

—Salimos ya, Belinda —dijo Patricia.

Belinda se fue y cerró la puerta tras de sí. Érika se echó un último vistazo en el espejo. Le encantaba el recogido que se había hecho por recomendación de Patricia. Le quedaba muy elegante.

Salieron en busca de Patrick, que se quedó embobado de la emoción al verla. Belinda abrió los ojos de par en par y se tapó la boca con la mano. Se le había abierto al ver a Érika.

—Érika, está bellísima. Su vestido es muy elegante —le dijo mientras los apremiaba para llegar a la pista.

—Gracias —susurró la muchacha.

—¡Venga! Pónganse cerca del escenario —les indicó Belinda con nerviosismo.

Patrick no apartaba la vista de Érika.

—Está muy bella. El vestido le sienta muy bien. —La emoción que sentía se hizo patente en su tono de voz.

Las mejillas de la joven se tiñeron de carmín y apartó la vista, abrumada.

—Gracias... Tú tampoco estás nada mal.

Llevaba una camisa blanca con un modelo exótico. Tenía unas líneas transversales que terminaban en cada uno de los botones. El cuello era de pico y le llegaba hasta el pecho; además, la llevaba por fuera del pantalón, de color negro, y le quedaba muy sexy.

Érika no dejaba de lanzarle miradas de soslayo a Patrick, que sonrió y se encogió de hombros.

—Tenía que ir conjuntado contigo.

Pasaron unos segundos en silencio, observando a la pareja que en ese momento bailaba al compás de la música.

—Con ese vestido, no se te ve mucho el tatuaje que tienes en el cuello — comentó Patrick.

—Ya... —musitó sorprendida de que se hubiese fijado—. Me gusta el vestido, no importa demasiado que no se vea.

La chica pensó en su tatuaje y en lo que significaba para ella. Era una clave de sol sobre un pentagrama ondulado y cortado por algunas corcheas y semicorcheas. Le ocupaba el centro de la columna y le llegaba hasta la oreja.

La pareja terminó su baile y el público aplaudió. En ese momento, la voz del presentador retumbó en la sala.

—¡De Madrid nos llegan más concursanteeees! ¡Patrick Ortega y Érika Gerig!, bailando en el puesto de Adriana Castro, que no ha podido participar por problemas de salud ¡Les damos la bienvenida con un fuerte aplausooooo!

Érika respiró hondo y caminó junto a Patrick hacia el escenario. Se pusieron espalda contra espalda, tal y como habían preparado su coreografía. La música sonó y se retiraron el uno del otro, fingiendo estar enfadados. A continuación, se miraron, se unieron y comenzó su baile sensual.

Los asistentes murmuraban alucinados con la perfección increíble de sus pasos. Los flecos del vestido de Érika se movían al compás de sus movimientos, dándole al baile un toque fascinante.

Patrick la tomaba de la cintura y la alejaba, para después atraerla hacia sí como si fuera a darle un beso una y otra vez, algo que volvía loco al público.

Los aplausos resonaron por doquier cuando terminaron durante mucho rato, hasta que el presentador no tuvo más remedio que intervenir y presentar a la siguiente pareja.

Tras haber bailado todos los participantes, el presentador anunció a uno de los grupos invitados para «animar el patio» mientras los jueces deliberaban.

Con los nervios a flor de piel, a Érika le parecieron horas los minutos que duró el espectáculo. Cuando la banda se retiró al fin, el presentador regresó en escena y agitó un sobre en el aire:

—Señoras y caballeros —anunció el presentador—. En este sobre están escritos los nombres de los seis finalistas que pasarán a la final y participarán en la siguiente fase de Barcelona.

Los concursantes esperaban, pacientes y nerviosos, los resultados.

—Los elegidos son... —Hizo una pausa, abrió el sobre con lentitud y cogió aire—: ¡Iván Rodríguez y Romina García!

Aplausos.

—¡María Vega y Manu Pérez! ¡Sabina Moreno y André Santos! ¡Roxy

Flores y Carlos Garrido...!

La gente aplaudía y silbaba enloquecida conforme las parejas elegidas volvían a la pista y saludaban. El presentador apenas se oía, por lo que tuvo que gritar con fuerza:

—... ¡Carolina Chacón y César Nogueira! Y, por último, ¡Patrick Ortégaaaaa y Érika Geriiiiiiiiig!

El público ovacionó largo y tendido a los doce bailarines.

—Y ahora, diremos los tres ganadores de esta competición. Un poco de silencio, por favor —pidió el presentador con el rostro contraído por el esfuerzo.

Se hizo el silencio. El nerviosismo regresó entre los concursantes.

—¡El tercer premio de la noche es para Sabina Moreno y André Santooooos! ¡Un aplauso para ellos!

La pareja se separó del resto y recibió vítores y aclamaciones.

—¡El segundo premio es para María Vega y Manu Péreeeeez! —Cuando vio que la segunda pareja se había colocado al lado de la primera, continuó hablando—: Y, por último, ¡el premio más importante de esta noche...!

Hizo una pausa mientras el resto de concursantes esperaban al borde de la desesperación. El público contenía el aliento y, para asombro de todos, el presentador cambió de tema dejando a todo el mundo con la boca abierta.

—Estas seis parejas se han ganado el derecho a estar en la próxima cita que tendrá lugar en Barcelona, ¿sabéis? —comentó como si nada.

El público le observaba estupefacto y los murmullos de desacuerdo recorrieron la sala. El presentador se percató y procedió a dar los últimos nombres.

—Los ganadores de la gala de esta noche son... ¡Patrick Ortégaaaaa y Érika Geriiiiiiig!

Se desataron más aplausos y vítores. La gente se puso de pie para corear a los ganadores. Patrick no podía creérselo, para él era un sueño haber conseguido aquel galardón perseguido durante tanto tiempo. Apretó con fuerza la mano de Érika, que le miraba embobada, como si no pudiese creérselo.

La chica lanzó una mirada a sus amigos, que los observaban emocionados desde una parte de la sala. Incluso Adriana sonreía. Buscó a Belinda, pero imaginó que estría entre bastidores.

—¡Vamos! Patrick Ortega y Érika Gerig, ¡acérquense! —Les hizo un gesto con la mano y la pareja reaccionó.

Se acercaron a los demás ganadores y el presentador se colocó entre Patrick y Érika.

—No es su primer concurso, señor Ortega, pero sí es el primero que gana. ¿Cómo se siente al respecto? —le preguntó Nicolás acercándole el micrófono.

Patrick sonrió nervioso.

—Pues aún no me lo creo... Es un honor para mí —contestó con voz temblorosa—. Yo estoy especialmente agradecido a Érika por aceptar ser mi pareja. Sin ella esto no hubiese sido posible. Ha sido increíble, una experiencia única. También quiero agradecer a Adriana, mi pareja de baile, sin cuyo apoyo no sería posible seguir adelante. Es la razón por la que me encuentro hoy aquí arriba. Y a mi hermana, Belinda, por estar aquí y darme su apoyo en todo momento. ¡Gracias por todo!

Les dedicó una sonrisa con los ojos empañados.

—Y usted, señorita Gerig, ¿qué nos puede decir?

Érika tragó con fuerza y sonrió sonrojada.

—Para mí ha sido una experiencia única... No imaginaba que pudiese ganar. Es la primera vez que participo en un concurso de baile y ha sido muy importante para mí —confesó emocionada.

—Y, para finalizar la magnífica noche, los ganadores nos deleitarán con otro baile. ¡Démosles un fuerte aplauso a los campeones!

El resto de finalistas y ganadores se retiraron para dejarles espacio. Las tres parejas del podio se colocaron en posición y comenzó a sonar una bachata que no se había escuchado en todo el concurso. Su ritmo era suave y agradable, con una voz clara y preciosa.

Necesito de ti porque tú tienes mi vida, pero no es suficiente para ti y te alejaste de mí, sin explicación, ¿dime qué te hice yo? Por favor ¡dímelo!

Tú me enseñaste a quererte, no hago más nada que amarte, pero no me enseñaste a estar sin ti. Si alguien tu querías matar, ¿por qué a mí?

Si lo que hago es amarte y solo valorarte

¿por qué a mí?

La canción era nueva para la pareja; sin embargo, sus movimientos eran como siempre, llenos de complicidad y sensualidad. Estaban más relajados, sin la tensión del concurso, y eso se podía apreciar en su baile; era mucho más fluido.

Al terminar, recibieron un caluroso aplauso mientras se retiraban y se reunían con sus amigos, que los esperaban emocionados a un lado de la sala.

Adriana se adelantó y le dio un abrazo a Patrick.

—Ha sido genial, ¡has bailado como un ángel!

—Hemos bailado muy bien y hemos conseguido el primer premio —la corrigió Patrick con amabilidad.

—Estoy tan orgullosa...

Adriana mostró una sonrisa no del todo sincera. Aunque estaba feliz de que hubiesen ganado, en el fondo la recomían los celos. Ella nunca había ganado un primer premio y Érika, una niña que no era profesional, se lo había llevado a la primera.

Un silencio incómodo se instaló entre los dos.

—Voy a saludar a los demás —dijo Patrick a la vez que se dirigía al resto.

Se abrazaron unos con otros entre besos y felicitaciones. Patricia cogió a Érika de las manos con los ojos brillantes a causa de las lágrimas de felicidad.

—Érika, ¡has bailado muy bien! Y qué complicidad con Patrick... Ha sido maravilloso. Cada vez me gusta más, ¡quiero aprender a bailar como tú!

Érika rio y asintió, pero su rostro cambió y puso los ojos en blanco ante el discordante comentario que Mili le dedicó a Patricia:

—¡Qué fuerte te ha dado, chica! Pues conmigo no cuentas.

—No contaba contigo ni con nadie, Mili —respondió Patricia ofendida—. Quiero aprender a bailar y lo voy a hacer.

—Pues cuenta conmigo —intervino Pedro, interesado—. Yo también quiero aprender, así que voy contigo.

Patrick les dedicó una mirada de agradecimiento.

—Me alegra mucho oírles.

—A mí también me alegra mucho, pero dejemos esto para luego —dijo Belinda—. Vamos a recoger el premio. Luego iremos a cenar al centro latino. Allí están todos nuestros amigos esperándonos.

Todos asintieron.

Tras recoger el premio y dar las gracias, se dirigieron al centro sociocultural latino, que se encontraba entre el barrio Cuatro Vientos y Vista Alegre, en una zona apartada y rodeada de árboles.

Patrick no salía de su asombro. Solo habían quedado para tomar una copa si ganaban; sin embargo, buena parte de la comunidad latina estaba reunida allí. No entendía cómo habían preparado todo tan rápido, incluso un apetitoso buffet de comida latina.

La fiesta estaba servida y, nada más llegar, los colmaron de felicitaciones.

—Querido Patrick, ha dejado usted el pabellón muy alto para nuestra

comunidad. Solo nos queda felicitarle desde nuestro corazón y festejar por todo lo alto. Vívalo intensamente. Disfrútelo, se lo ha ganado a pulso. Cuando terminen las celebraciones, piense y láncese sin miedo a buscar nuevos logros. Después de todo, ¡usted es un campeón! —le dijo, en nombre de todos, un hombre de avanzada edad y con el pelo blanco. Luego se giró hacia Érika—: Sin olvidarnos de esta chica tan guapa que ha bailado tan magníficamente con usted. Esperamos que disfrute de este momento tan especial y lo celebre con nosotros. Les abrimos los brazos, también a sus amigos, y esperamos que repita muchas veces este logro. Es usted muy capaz y trabajó duro para conseguirlo. Les brindamos un brindis en su honor y en el de nuestro Patrick.

Todos alzaron las copas.

—¡Viva Patrick Ortega! ¡Viva Érika! —vitoreó el anciano emocionado.

El resto coreó los nombres entre gritos de alegría y aplausos. Tras unos minutos, el hombre mayor cogió una cuchara y dio unos golpes en una de las botellas de cristal para pedir silencio. Cuando todos se hubieron callado, habló sonriente:

—¡Es hora de que Patrick y su compañera nos deleiten con un baile!

Una nueva ola de aplausos y gritos recorrió a los presentes. Acto seguido, la música comenzó a sonar y Patrick le dedicó una mirada cómplice a Érika y le tendió la mano. Ella asintió animada y aceptó su invitación. Fueron hasta el centro y comenzaron a bailar, dejando a todos con la boca abierta.

Érika se sentía gusto bailando con Patrick; pero más aún, viendo a Adriana apartada. Aquella noche los protagonistas eran ellos, los ganadores. Sonrió con satisfacción mientras se entregaba a la música.

Al terminar, fueron premiados con una gran ovación y sonoros aplausos.

Saludaron y regresaron con sus amigos. Comieron y bebieron entre risas y charlas. Al cabo de un rato, Patrick pidió que le prestaran atención.

—Ahora, quiero compartir el premio con Érika y agradecerle todo lo que ha hecho por mí, por mi hermana y por Adriana... —Le hizo un gesto para que se acercase a él con una linda sonrisa en el rostro.

Érika, tan roja como un tomate, caminó hasta él.

—Muchas gracias por esto. Estoy muy contenta de que hayamos ganado, pero no quiero compartirlo. Quiero que os lo quedéis, Patrick. Para ti, para Belinda y para Adriana, lo necesitáis más que yo —le dijo, mirándole con intensidad

El joven negó con la cabeza.

—No puedo permitir eso, Érika. Has trabajado mucho y muy duro para esto.

Ella puso sus manos sobre las de Patrick.

—No insistas, no lo voy a aceptar —le habló con ternura.

La gente aplaudió la decisión de la joven y reconoció su altruismo.

Regresó con sus amigos y se encontró con Belinda, que la esperaba con lágrimas en los ojos. Adriana venía detrás.

—Érika... Yo... No me esperaba esto. Eres muy amable, de verdad. Has trabajado tanto por nosotros y ahora no quieres la recompensa. Tiene un gran corazón, mamita. No voy a olvidarte... Espero que tú no te olvides de nosotros.

—¡Claro que no! Aunque dentro de una semana me vaya de vacaciones, cuando regrese nos veremos de nuevo. Además, mi amiga Patricia quiere aprender a bailar y se va a apuntar en vuestra academia —le dijo optimista.

Belinda asintió, enérgica.

—Sí. Ya tenemos alumnos nuevos y es todo gracias a vosotros. Me siento muy feliz por ello.

Érika se sentía un poco incómoda y no quería seguir hablando con Belinda.

—Tengo mucha sed, ¿podrías traerme algo para beber, por favor? —le pidió con inocencia.

—Por supuesto, mamita. Ahora mismo regreso.

Érika vio a Adriana acercarse e hizo un esfuerzo por sonreír.

—Gracias, Érika. No esperaba tanta generosidad por tu parte —le dijo al llegar a su altura, visiblemente incómoda.

—Todo esto ha sido por vosotros, porque lo necesitáis —trató de restarle importancia—. Bueno, voy a buscar a mi amiga que tengo que hablar.

Adriana se dio cuenta que era una excusa.

—Sí... Yo también me voy. Tengo que ayudar a poner más platos en el buffet. Hasta otra.

Érika se despidió de ella y aprovechó para ir a buscar a Patricia.

—Me gustaría irme, estoy muy cansada. ¿Me ayudas?

Patricia asintió, aunque con reticencia.

—Claro. Voy a hablar con Pedro, pero quería comer algo más —se quejó con tono infantil.

En aquel momento, se oyó la voz de un hombre animando a todos a comer y beber.

—Es que hay cosas muy ricas... Comemos algo y después nos vamos, Érika. No podemos hacerles ese feo de irnos tan pronto.

—Tienes razón —aceptó Érika, nada convencida.

Belinda llegó con un vaso de agua y se lo tendió.

—Gracias, Belinda.

—Te voy a traer algo de comer —se ofreció.

—No hace falta, pero muchas gracias. Vamos a ir nosotros a por comida.

Belinda sonrió alegre.

—¡Por supuesto! ¡A disfrutar de la fiesta!

Pasaron una velada agradable rodeados de amabilidad y sonrisas. Varias horas después, decidieron por fin regresar a casa. Érika suspiró de satisfacción mientras iban en busca del coche de Marcos.

—Ha sido una tarde estupenda. Esa gente es muy amable. Y te han agradecido muchísimo tu gesto, Érika —comentó el chico.

Ella se encogió de hombros.

—No es mucho dinero y ellos lo necesitan para sacar la academia adelante.

—Nuestra Érika siempre nos sorprende —saltó Mili con desdén.

—Mili, no es tanto dinero y a mí no me soluciona nada. Para ellos tiene más valor que para mí.

Mili torció el gesto, pero no dijo nada. Marcos le lanzó una mirada por el retrovisor a Érika.

—Nosotros vamos a ir a tomarnos algo. Érika, ¿te vienes?

—Lo siento, chicos, pero estoy muy cansada. Si no te importa, llévame primero a casa.

Marcos asintió.

La dejaron en la puerta y se marcharon a seguir con la fiesta. Érika subió a su apartamento y se fue directamente a la ducha. Pasó un buen rato bajo el agua, rememorando el día tan intenso que había vivido. Se secó mirándose al espejo.

«He vivido una bonita aventura, pero ha llegado a su fin. Ya no voy a ver más a Patrick, ni a Belinda. No bailaré más en ningún concurso. Lo guardaré con cariño y siempre lo recordaré, pero ahora, me voy de vacaciones y todo quedará atrás», pensó.

Dejó la toalla en el cesto de la ropa sucia y se fue a la cama.

VII

Por fin comenzaron las vacaciones de Érika. Durante las dos semanas siguientes de agosto, se iría de viaje y disfrutaría. Tenía una pequeña espinita ya que sus amigas no podían acompañarla, pero estaba deseando dar comienzo a su merecido descanso.

Durmió hasta tarde y se preparó la maleta con tranquilidad, incluso les dejó la cena preparada antes de irse, ya que ellas estaban trabajando y llegarían por la noche.

«No hay derecho que no les den vacaciones en agosto... Si Madrid está muy solo en estas fechas», pensó mientras cargaba las maletas en su coche.

Eran las seis de la tarde y hacía un calor asfixiante. Lo primero que hizo al entrar en el coche fue arrancar el motor y poner el aire. Estaba lista para emprender su viaje, aunque tenía un gran dilema; no sabía a dónde ir.

Condujo durante un rato sin rumbo fijo. Decidió ir al interior en lugar de a la costa, como hacía cada año; así que, cogió la carretera de Toledo, tomó la A-90 dirección a Extremadura y se fue camino a Portugal. Nunca había estado por aquella zona y pensó que sería una buena idea visitarla.

Conducía a buen ritmo, con la música puesta y sumida en sus pensamientos. Decidió pasar por Talavera de la Reina y por Oropesa. Unas horas después, cansada, se detuvo en Navalморal de la Mata para hacer noche. Buscó en su móvil un alojamiento económico, ya que no quería gastar dinero excesivo en hoteles. Dio con una pensión con buenas recomendaciones, metió la dirección en el GPS y se dirigió hasta allí.

Una vez hechos los trámites, subió a la habitación y dejó la maleta en el suelo. Se sentó en el borde de la cama con una presión en el pecho. No estaba bien. Se sentía sola y perdida sin sus amigas. Ellas eran las que solían organizar los viajes, encargarse de los alojamientos... De pronto no le parecía tan buena idea haberse ido sola.

Intentó alejar los malos pensamientos y se levantó de un golpe de la cama. Bajó en busca de algún sitio para comer algo y encontró uno muy cerca de la pensión. Se tomó una cerveza fría con una tapa de ensaladilla y preguntó al camarero si había algún lugar cercano para tomar una copa.

Siguió las indicaciones que el hombre le había dado con amabilidad y encontró un local con muy buen ambiente. Se sentó en la terraza y se pidió una copa mientras disfrutaba de una noche agradable y fresca.

No pasó mucho rato hasta que decidió regresar a la habitación para descansar. A pesar de que solía extrañar su cama, aquella noche durmió bastante bien.

Tras una ducha, se puso un pantalón vaquero corto y una camisa blanca suelta, ropa cómoda para conducir, y salió temprano para continuar con su viaje a Portugal. Iba directa por la autovía, pero decidió desviarse por una carretera nacional y ver mejor el paisaje.

Tras un buen rato conduciendo vio una carretera comarcal y, sin saber por qué, tomó aquel camino. Fue atravesando varios pueblos con la música a todo volumen. Su cabello se movía de un lado a otro, al compás de su cabeza, mientras disfrutaba siendo transportada a su propio mundo de fantasía.

El paisaje fue cambiando poco a poco. Las construcciones quedaron atrás para ir dando paso a una zona llena de árboles frutales. Melocotoneros y ciruelos adornaban el camino con sus colores y sus aromas.

De pronto, el coche hizo un ruido extraño que la devolvió a la realidad. Cambió de marcha, preocupada, pero el motor estaba perdiendo fuerza. Redujo la velocidad mientras sus latidos se aceleraban, pero el automóvil no la obedecía. Un olor a quemado le llegó a través de la ventana. Como pudo, se dirigió al arcén de la carretera y pisó el freno.

Bajó del vehículo, nerviosa y asustada. No sabía qué hacer.

—¡Maldito coche averiado! —gritó desesperada y con la respiración entrecortada.

No entendía nada de coches y no tenía ni idea de qué podría pasarle al suyo. Ni siquiera sabía dónde estaba. Había conducido tan ensimismada que no había puesto atención a los carteles de la carretera.

Miró a su alrededor sintiendo que el mundo se le venía encima. Trató de calmarse, fijó la vista en el paisaje y respiró hondo varias veces.

Pensó en llamar al seguro, pero descartó la idea ya que, al no saber dónde estaba, haría el ridículo y no la encontrarían. Oteó el horizonte por si veía algún coche, pero pasaron varios minutos de espera sin que nadie pasara por allí. La desesperación se estaba apoderando de ella cuando divisó una grúa a lo lejos.

«El cielo ha enviado ayuda», pensó aliviada. Le hizo señas al conductor cuando estuvo a su altura y se detuvo a su lado. Era un hombre de unos cincuenta años.

—Buenos días, señorita —la saludó con amabilidad.

—Buenos días, ¿podría ayudarme? —le preguntó con un deje de

nerviosismo en la voz.

El hombre asintió y ella sonrió, algo más calmada.

—Vamos a ver qué le pasa al coche. —Se acercó y levantó el capó.

—Muchas gracias, señor. No podía llamar al seguro porque no sé dónde estoy...

Érika estaba algo avergonzada a causa de su despiste. Esperó paciente unos segundos observando el semblante crispado del conductor.

—Va a tener que llevarlo a un taller. Creo que la avería es grande.

—¿Y qué hago yo ahora? —sollozó.

—Hay un taller no muy lejos de aquí. Si quiere, puedo llevarla —se ofreció él.

—¡Muchas gracias! De verdad... Me gustaría seguir con mis vacaciones.

El hombre rio y asintió mientras regresaba a la grúa.

—Engancho el coche y nos vamos —la informó.

Al poco tiempo, el coche estaba remolcado. Érika subió a la grúa y el conductor se puso en marcha.

—Y, ¿a dónde se dirigía? Si puede saberse, claro —preguntó el hombre afable.

—Pues quería ir a Portugal, pero me he despistado un poco... creo. —Se encogió de hombros, sonrojada.

—Se ha desviado bastante. Será mejor que mire bien el mapa, señorita. Estos caminos son pocos transitables. Hay pocos pueblos por aquí y los que hay son muy pequeños.

—Miré el mapa antes de salir, pero me desvié porque no quería ir tan deprisa por la autovía y cogí la nacional. Luego tomé una salida en una rotonda y terminé en esta carretera.

—El taller no está lejos. Es el único que hay en muchos kilómetros, así que, al fin y al cabo, ha tenido suerte —comentó sin mucha emoción.

Érika comprendió que al hombre no le interesaban sus explicaciones demasiado. Miró por la venta y observó que la carretera se había vuelto un camino rural a través del campo que se iba estrechando cada vez más. Una punzada de temor y desconfianza se instaló en su corazón. ¿Y si era un pervertido y la engañaba? Pero la grúa no se detuvo. Pudo ver algunas casas salpicadas por la zona. Se sorprendió al ver alpacas de paja en rollo amontonadas en algunas de ellas.

Más adelante el panorama fue cambiando y se fue tornando todo más verde y lleno de árboles frutales. Atravesaron un puente que había sobre un

pequeño río con bastante maleza muy frondosa. Todo era muy bonito.

A lo lejos vio una casa de campo bastante grande y rodeada por una arboleda. Conforme se acercaban, pudo ver que al lado de la casa había una nave. Allí estaba el taller.

«Dios... ¿qué es esto? ¿A qué clase de taller me ha traído este hombre?», se preguntó algo nerviosa.

El conductor detuvo la grúa y un hombre salió a recibirles. Érika le observó con detenimiento. El cabello, negro y brillante, le caía sobre las orejas. Tenía los ojos verdes, intensos, con una mirada de primavera que se clavó en la suya. Se revolvió inquieta y fue a firmar la factura de la grúa. Como no había notificado la avería al seguro tenía que hacerse cargo ella. Cuando llegase a casa les enviaría el parte por si había suerte y le abonaban el importe.

Le tendió los papeles al conductor que le dio las gracias. Luego, se dirigió al hombre de ojos verdes.

—Hola, Víctor —saludó—. Aquí te traigo a esta joven con el coche averiado.

—Muy bien, Antonio. A ver qué puedo hacer.

Érika le tendió los papeles al conductor, que la saludó con la mano antes de subirse a la grúa.

—¡Hasta luego, muchacho! —le gritó al otro mientras se alejaba.

—Adiós, Antonio. ¡Nos vemos!

Érika se quedó ahí plantada sin saber qué decirle al joven que se acercaba a ella.

—Hola, mi nombre es Víctor Aguado. Soy el mecánico. —Le tendió la mano y Érika se la estrechó—. Voy a intentar arreglar su coche.

—Yo soy Érika Gerig. Esto... ¿Sabe cuánto va a tardar en arreglarlo? Quiero seguir con mi viaje.

—Lo primero que voy a hacer es mirarlo, así sabré qué avería tiene y si puedo arreglarlo. De momento, puede esperar en mi casa —le ofreció.

—Muchas gracias, Víctor. ¿Le puedo pedir un favor?

—Claro. Dígame, Érika, qué favor es ese.

Dudó un momento.

—Mientras espero, ¿puedo dar un paseo por ese campo? Me gustaría ver los árboles.

Víctor sintió un escalofrío al ver su cara de circunstancia y escuchar su petición. Pensó que para ella debía de ser un favor muy grande. Le dedicó

una sonrisa amable y asintió.

—Sin problema, Érika. Puede ver mis ciruelos y pasear por el campo mientras le echo un vistazo a su coche.

Ella se lo agradeció y se alejó bajo su mirada atenta, que no apartó sus ojos de ella hasta que se perdió entre los ciruelos.

Érika estaba emocionada ante la belleza del lugar. Había ciruelos blancos y negros con los frutos ya casi maduros. También había alguna variedad de melocotonero. Paseó entre ellos y su mente se perdió. Pensó en sus amigas, en cuanto las echaba de menos en aquel viaje. Solían ir a la playa y montaban unas juergas fantásticas que recordaban todo el año. Contaban las conquistas amorosas y las veces que se acostaban con los *cachas* que se encontraban también de vacaciones. Ella siempre mentía porque no le gustaban las aventuras sexuales.

Viajar sola no había sido buena idea. Suspiró sumida en sus pensamientos. Estaba tan absorta que no escuchó a Víctor acercarse.

—Hola, tengo que hablar contigo.

La joven se asustó y dio un respingo.

—Lo siento, Érika —se disculpó al darse cuenta de que la había asustado.

Ella negó con la cabeza.

—No pasa nada... Yo estaba ausente viendo los árboles. Son preciosos.

—Así que te gustan mis ciruelos.

En ese momento, Érika oyó un ruido a sus pies, dio un grito y terminó en los brazos de Víctor, asustada.

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó con la voz de pito.

—No es nada —restó importancia con una sonrisa—. Solo es un pequeño lagartito.

—Pues me ha dado un susto de muerte —se quejó ella.

Víctor la sostenía en sus brazos y su corazón latía alocado.

—He venido a decirte que es la hora de comer. —La soltó y se separó de ella, algo incómodo.

Érika se atusó el cabello y asintió.

—De acuerdo, vamos.

Caminaron hacia la casa en silencio. Al llegar, se encontró la mesa puesta con dos platos de estofado con judías blancas que no tenía muy buen aspecto.

«No puedo comer ese mazacote de comida mal cocinada», pensó apesadumbrada mientras se sentaba. Cogió la cuchara y removi6 el guiso.

—Si no te gusta, puedo freírte un huevo —le ofreció el muchacho al ver la

cara de asco que había puesto Érika.

—No, tranquilo. Me comeré esto —contestó, nada convencida.

—Lo hice ayer, pero se me quedó muy seco —explicó avergonzado—. No suelo cocinar mucho, pero cuando hago estofado me sale para dos días porque no calculo muy bien la cantidad. Y si sale mucho no me importa comerlo varios días.

La joven se metió la primera cucharada en la boca y se sorprendió ante su exquisito sabor.

—Está muy bueno, lástima que esté tan seco.

—No soy buen cocinero —se excusó con una sonrisa—. Algunas veces como solo fruta por no meterme en la cocina. Sobre todo por la noche.

—La fruta no es mala, pero no puede uno alimentarse de fruta siempre.

Rieron y siguieron degustando el estofado.

—Gracias por el almuerzo —agradeció Érika al terminar.

—De nada. Después de recoger los platos seguiré con tu coche. —Se levantó para limpiar, pero Érika se puso en pie al mismo tiempo.

—Por favor, yo recojo los platos. Así puedes seguir con el coche.

—Vale, mejor. Se me había olvidado decírtelo... Tiene una avería bastante grande. Se te ha ido el embrague y es bastante costoso. También hay que cambiar todos los fusibles para recuperar la electricidad porque se te han fundido. El coche es bastante viejo...

Érika hizo un mohín y soltó un suspiro lastimero.

—No entiendo de coches, pero está claro que no voy a poder irme esta tarde.

Víctor negó.

—Lo siento, pero no. La pieza que he pedido tardará unos días y sin ella no puedo arreglarlo. Debería haberte avisado antes de pedirla... Hay otra opción, puedes pedir otra grúa y que te lleve a tu casa y te arreglen el coche allí.

Ella negó enérgicamente.

—No puedo volver a Madrid... ¿Podrías llevarme a un hotel mientras lo arreglas?

—Me temo que no hay hoteles en este pueblo, es muy pequeño. Los pueblos grandes con hoteles están muy lejos de aquí.

Érika resopló frustrada. Se sentó de golpe en la silla y escondió el rostro entre las manos.

—No me puedo ir a un hotel, no puedo regresar sin coche a casa... ¿Qué

hago? —preguntó desesperada y al borde de las lágrimas—. ¿Dónde voy a pasar la noche?

Víctor se sentía mal por ella.

—Mira, puedes dormir en esa habitación —dijo señalando una puerta cerrada—. Está algo desordenada, eso sí.

Érika levantó la vista hacia él con un poco de esperanza.

—¿De verdad? No importa que esté desordenada, yo la limpiaré. Gracias... Muchas gracias por todo y por dejar que me quede en tu casa. ¡Menudas vacaciones las mías! —exclamó más relajada.

Él le dedicó una sonrisa.

—Te traeré unas sábanas limpias, ¿vale?

Ella asintió.

Víctor fue a su cuarto, regresó con las sábanas entre las manos y se las tendió. Érika le dio las gracias, de nuevo. Él le sonrió y se fue al taller a continuar con el coche.

VIII

En cuanto Víctor se hubo marchado, Érika fue a la habitación. Se quedó fría al contemplar lo desordenado y sucio que estaba todo.

Fue a la cocina a por una bayeta y un cubo con agua y jabón. Cogió una antigua escoba de palma. Nunca la había usado.

Ordenó, barrió el suelo y, después, limpió todo el polvo y la suciedad. Pero no se quedó ahí, sino que limpió también el resto de la casa. Era de una planta y solo tenía dos habitaciones. Había un salón comedor, una cocina con una puerta al fondo y un baño bastante pequeño.

«Curioso mosaico de piedras», pensó mientras limpiaba el suelo de cantos rodados, cuyas piedras, blancas y grises, formaban el dibujo de una maceta llena de flores. Le costó más tiempo del que pensó debido a que no estaba acostumbrada a limpiar ese tipo de suelo ni de aquella forma tan antigua.

Dejó el dormitorio de Víctor para el final. La cama, de hierro y con un diseño de bronce dorado en la parte del cabecero, debía de tener más de cien años. Estaba desecha y con algunas prendas de ropa diseminadas aquí y allá.

Cuando dio por finalizada su tarea de limpieza, todo olía a limpio y fresco.

Fue a la cocina y devolvió los utensilios que había usado a uno de los armarios. Cogió una cesta de mimbre que había sobre la mesa, la sacudió y salió por la puerta de la cocina en dirección al huerto. De camino vio un pequeño rancho que hacía las veces de lavadero, con una lavadora y un tendedero. También vio un gallinero con hermosas gallinas y un gallo precioso multicolor.

Siguió su camino pensando en los ricos huevos que pondrían esas gallinas. Cuando llegó por fin al huerto, admiró emocionada la cantidad de verdura fresca que había. Era la primera vez que las veía en la propia tierra. Cogió unas cuantas berenjenas, calabacines y cebollas y los metió en la cesta. Vio un peral y un ciruelo cerca, así que también cogió algunas peras maduras y unas cuantas ciruelas. Incapaz de contenerse, se llevó una a la boca y el jugo de la fruta recorrió su barbilla al darle el primer mordisco. Estaban muy maduras y su sabor era muy dulce.

Érika disfrutaba tanto, que no se percató de que Víctor la observaba desde el garaje.

El joven la admiraba embelesado.

«Qué bella es... Si algún día tuviera una mujer, me gustaría que fuera

como ella. Que hiciera lo que ella está haciendo ahora. La amaría con locura...», pensó mientras notó como su miembro, deseoso de sexo, se tensaba en una molesta erección que tiraba de su pantalón.

Le había bastado observarla un poco para sentirse así. Intentó no pensar más en ella y se fue a beber agua, despacio, para alejarla de su mente. Sacudió la cabeza con energía. Era su clienta y le había ofrecido su casa desinteresadamente. No debía pensar en nada deshonesto, pero llevaba tanto tiempo sin hacer el amor y sin ver a una mujer tan hermosa como Érika —en el pueblo apenas había mujeres que le interesaran—, que le resultaba imposible no imaginarla de mil maneras diferentes.

Terminó de trabajar y se dirigió a la casa. Se quitó el mono azul antes de entrar. Se llevó una sorpresa al ver que su hogar estaba limpio y olía bien.

Encontró a Érika en la cocina, preparando la cena.

—No hacía falta que limpiases la casa. Eres mi invitada, no la mujer de la limpieza.

Érika le dedicó una sonrisa amable.

—No sabía qué hacer y la verdad es que me apetecía limpiar. Cuando terminé con el cuarto, seguí con el resto.

La miró un poco abatido.

—Te lo agradezco mucho, pero me siento mal porque hayas tenido que trabajar. Y encima estás haciendo la cena.

—¡Pero si me ha encantado! Hasta he ido al huerto a recoger verdura —le contó emocionada.

Víctor se relajó al ver el brillo en los ojos de Érika. Había disfrutado de verdad.

—Mañana mataré una gallina —le informó.

—¡Nada de eso! —exclamó horrorizada—. No quiero que mates a una gallina. No me comería su carne, ¡por Dios, ni hablar!

Víctor alzó las manos en señal de rendición.

Érika soltó un suspiro de alivio.

—¿Ponen huevos?

Asintió.

—Cada día recojo algunos.

—Pues comemos huevos todos los días si es necesario.

—Pero no puedo permitirme que trabajes tanto. No estás aquí para limpiar —se quejó Víctor.

—No puedo estar sentada todo el día. Además, me gusta esta casa, aunque

sea antigua.

Siguió cocinando unos minutos más. Aspiró el aroma de la comida con una sonrisa.

—La cena ya está lista, ¿comemos? —dijo con el tono de voz algo subido.

—Claro. Te ayudo a llevar los platos a la mesa —se ofreció el muchacho—. ¿Solo es verdura?

Érika asintió con autoridad.

—Para la cena es suficiente.

Se sentaron a la mesa y Érika observó atenta cómo Víctor degustaba el primer bocado. Sintió alivio al ver la expresión de disfrute en su rostro.

—¡Vaya, está muy bueno! ¿Qué le has echado?

—Le he puesto varias hierbas aromáticas que he encontrado ahí detrás, donde está la lavadora.

—Crecen solas cada año. Mi madre solía sembrarlas... Le gustaba cocinar con ellas.

—A mí también me gusta cocinar con hierbas —comentó ella con alegría—. También he cogido berenjenas y calabacines.

—Las berenjenas también crecen solas. Hay más plantas que lo hacen. Mi padre las sembraba siempre y, ahora, la semilla se queda en la tierra y salen solas. Yo siembro poco para mí.

Se encogió de hombros y siguió degustando el plato.

—¿Y tus padres? —preguntó Érika al cabo de un rato.

—Mi padre murió hace unos cuatro años. Casi el mismo tiempo que llevo aquí.

Érika se sintió mal al ver el rostro compungido de Víctor.

—¿Y tu madre? —preguntó con ternura.

—Ella murió el año pasado en una residencia. Perdió la cabeza... por culpa de esa dura enfermedad que ahora parece estar de moda.

—Qué pena... —Érika se sentía mal por él—. Y, ¿no tienes pareja?

Víctor negó con la cabeza.

—No he tenido oportunidad.

Érika lo miró sin comprender.

—Hace cinco años que regresé de la ciudad —se apresuró a explicarle—. Me fui a Madrid cuando era un chaval, pero la ciudad no me quería.

Sonrió con tristeza.

—¿Cómo que la ciudad no te quería? —se extrañó.

—Trabajaba de mecánico en un gran taller. Vivía bien, salía con chicas...

He tenido mis relaciones —explicó con la mirada perdida—. Llevaba varios años en la ciudad y mi salud se estaba deteriorando. El médico me dijo que Madrid me estaba matando y que, si quería estar sano, debía volver al campo. No quise escucharlo...

El joven se quedó en silencio y con la mente perdida en su pasado, en su vida oculta. Parecía que quisiese ordenar las ideas para que no se le escapara.

Ella esperó paciente e interesada. Estaba a punto de pedirle que prosiguiera cuando comenzó a hablar:

—Mi salud empeoró cada vez más hasta que decidí regresar. Me instalé en el almacén de mi padre. Con su ayuda monté este pequeño taller... —Su voz adquirió un tono nostálgico—. Pero mi madre fue perdiendo la cabeza poco a poco. Al final, tuvimos que ingresarla en una residencia. Para mi padre fue el final. No pudo aguantar quedarse solo, sin ella a su lado. Perdió la alegría y, pocos meses después, murió de pena. Ella le siguió hace algo más de un año. Y ese es el resumen de mi vida. Me he acostumbrado a la soledad de este lugar y vivo entre mis ciruelos.

—No has tenido una vivencia agradable... —comentó Érika, compasiva.

La melodía de *Y hubo alguien*, de Marc Anthony, resonó en la sala.

—Me gusta mucho esa canción —se disculpó Érika, sacando el móvil de su bolso ante la atenta y curiosa mirada de Víctor.

La chica torció el gesto al ver quién la llamaba. Seguro que le iban a preguntar si ya se «había tirado a algún maromo». Sonrió poniendo los ojos en blanco y descolgó:

—Hola, Mili. ¿Qué tal?

—Bien, mi amor —contestó con algo de ironía—. ¿Cómo te van las vacaciones?

—¡Estupendamente! Estoy hospedada en un hotel de ensueño —mintió con fingida emoción—. La habitación está en el tercer piso, tiene un gran ventanal con una cristalera enoorme. Las cortinas son de raso brillante, así de un color azul fuerte; y la lámpara... Mili, la lámpara es de cristal de bohemia, ¿sabes? De esas que tienen lágrimas colgando. ¡Es preciosa!

Víctor la miraba atónito, con los ojos abiertos de par en par. Alucinaba con ella y su capacidad para mentir de aquella manera tan descarada. ¿Cómo podía describir tantas cosas que no veía? Recorrió con la mirada su pequeña ventana, sus visillos, viejos y amarillos, y la solitaria bombilla que colgaba de un cable en el techo sin entender nada.

—¿Cómo dices, Mili? No te he entendido.

Érika agudizó el oído para oír lo que su amiga le respondía a través del teléfono.

—Que si tienes alguna cita.

—¡Oh, sí! —siguió con la farsa y soltó una carcajada—. Esta noche voy a cenar a un restaurante argentino de carne a la brasa. Voy a comerme un buen chuletón... Es guapo no, ¡guapísimo! Es moreno, de ojos preciosos. Nunca he visto unos tan bonitos...

Víctor sonrió en su interior. Le parecía que Érika lo estaba describiendo y ahí no estaba mintiendo.

—... Sí, querida. Es alto y muy elegante —siguió Érika.

—Pues nada, aprovéchalo. —La voz de Mili ya no sonaba tan afable como al comienzo de la llamada.

—¡Por supuesto! Después de la cena nos vamos a bailar a un lugar de esos que tanto me gustan a mí de bachata. Puedes imaginar lo que viene después —soltó Érika con un tono misterioso—. Bueno, te dejo que ya me está esperando. Ha llegado con un cochazo a recogerme, que lo estoy viendo desde la terraza. Un beso, preciosa. Y dale otro a Patricia.

—Venga, a pasarlo bien.

Érika colgó el móvil y soltó un suspiro. Miró a Víctor, que la observaba con la misma expresión de asombro que al comienzo de la llamada.

—¿Cómo has podido mentirle de esa manera tan despiadada? —le preguntó, incapaz de aguantarse.

Ella sintió una punzada de vergüenza ante su tono acusatorio.

—Tengo que mentirles. Eso es lo que les gusta hacer a ellas. Cuando voy con ellas de vacaciones, no puedes ni imaginarte la cantidad de chorradas que hacen. Les gusta ir a la caza de hombres más elegantes y... —intentó justificarse atropelladamente.

—Y tú haces lo mismo que ellas —le cortó él.

—No, no. En la práctica no. Pero me invento cada trola que no te lo puedes ni imaginar —rio Érika.

Víctor rio y asintió.

—No lo dudo. Con lo que he escuchado me lo imagino perfectamente. ¿Ellas te creen?

Érika se encogió de hombros, pensativa.

—Pues no lo sé, pero se quedan conformes. Mientras no tenga que demostrarle nada, voy bien.

—¿Por qué haces eso? ¿Es que no te gustan los hombres? —preguntó

confuso.

—No soy lesbiana, si es eso a lo que te refieres —le soltó un poco ofendida.

—No me refiero a eso. Es que dices que no te acuestas con hombres...

—No me gusta acostarme con el primero que veo, pero eso no significa que no me guste.

—Eso no es malo... Vamos a quitar la mesa y luego podemos dar un paseo, si te apetece. La noche está fresca —cambió de tema.

Ella aceptó y se levantó.

Mientras recogían, Víctor pensó en lo que acababan de hablar. Le parecía una chica un poco rara y no la entendía muy bien, pero le gustaba hablar con ella. Tenía un encanto especial.

La luna brillaba en el cielo de manera espectacular cuando salieron a pasear. La joven estaba encantada con aquel ambiente. Aspiró embelesada el perfume de alguna planta nocturna que la embriagó.

—Qué bien huele. ¿Qué planta es? —curioseó.

—Es una dama de noche.

—No la conozco... —frunció el ceño.

—Es una planta aromática de olor muy intenso. Su cualidad es que solo huele por la noche. Tiene una fragancia exquisita —explicó, aspirando.

—Pues me gusta mucho. Huele muy bien.

Él asintió. Pasearon unos minutos más hasta que Víctor decidió que ya era hora de regresar.

—Es hora de irse a la cama —anunció—. Mañana hay que trabajar.

Érika puso un mohín y se dieron la vuelta.

Víctor estaba muy a gusto con ella, pero no debía pasar mucho tiempo a su lado, aunque le gustara hacerlo. Tenía miedo porque no era difícil enamorarse de alguien así.

—Creo que voy a dormir bien esta noche, estoy muy cansada —susurró al entrar a la casa.

—Buenas noches, Érika. Que descanses —le dijo Víctor de camino a su habitación.

—Buenas noches a ti también.

Érika desapareció tras la puerta. Suspiró y se metió en la cama. Había sido un día largo y de muchos nervios, así que se quedó dormida enseguida.



El aroma a café recién hecho atravesó la neblina de los sueños y despertó sus sentidos. Érika abrió los ojos, se desperezó y se sentó en la cama.

«Para ser la primera noche que duermo en esta casa, he dormido muy bien. Ni siquiera he extrañado mi cama...», reflexionó mientras se ponía las zapatillas. Sacó una bata fina, se la puso por encima del pijama y salió de la habitación.

Víctor estaba en la cocina, con una cafetera recién hecha.

—Buenos días, Érika. Siento haberte despertado.

—No me has despertado tú, ha sido el café que me ha llegado a la nariz diciéndome «ya estoy listo para que me bebas».

Víctor soltó una carcajada ante su comentario. Su forma de hablar le hacía reír.

—¿Te hago una tostada? ¿O prefieres algo especial?

Ella levantó una ceja, interesada.

—Especial, ¿cómo qué?

—Huevos fritos con panceta o beicon, por ejemplo.

—No, por favor. Solo pan tostado con aceite.

—Marchando, señorita. Pan tostado y... ¿café con leche?

Asintió. Se sentía bien con él. Era un hombre con el que se podía hablar.

Víctor le tendió el desayuno y ella dio un sorbo al café.

—¡Dios mío! ¡¿Qué clase de leche le has puesto al café?! —exclamó con cara de asco.

—Leche de cabra. Acabo de ordeñarla —explicó sin entender a qué se debía tanto revuelo.

—¡Una cabra viva! ¡¿Tienes una cabra viva?! —

—Sí, tengo una cabra viva. ¿Cómo quieres que la tenga? —rio—. Siento que no te guste, pero es una leche muy buena. Lo que pasa es que no estás acostumbrada a tomarla y por eso notas tanto el sabor. Solo has bebido la leche en cartón. Aquí estamos muy lejos del pueblo y no se puede ir a por leche todos los días.

—Lo siento, Víctor. No pretendía humillarte.

—No pasa nada, no te preocupes. Lo comprendo.

Érika se comió su tostada en silencio y pensativa. Al cabo de un rato, la voz de Víctor la devolvió a la realidad.

—Ahora voy a seguir con tu coche. Después de comer iré al pueblo a pedir las piezas. Si quieres, puedes venir. O si necesitas algo, me lo puedes decir y te lo compro.

Ella negó con la cabeza.

—No me hace falta nada, pero gracias.

—De paso, voy a hacer la compra. Traeré carne y algunas cosas más. Si quieres, compro leche de vaca —ofreció amable.

—Por mí no te preocupes, Víctor. No la compres, tenemos la de cabra. Me acostumbraré a beberla. Voy a hacer huevos con verdura para comer. A falta de carne, tenemos huevos.

—Bien, como quieras —aceptó a regañadientes—. Pero, por favor, no te esfuerces mucho. No me gusta que lo hagas, eres mi invitada.

—No trabajaré, tranquilo —concedió sonriente.

La mañana pasó tranquila. Aunque Érika no hizo caso de los consejos de Víctor. Arregló la cama, ordenó la cocina y se puso música. Bailó por la casa para entretenerse. Cuando llegó la hora de hacer la comida, fue ella misma a coger los huevos del corral para experimentar algo nuevo. Decidió preparar verdura con rodajas de huevo al horno y bechamel por encima.

Al entrar en la casa, Víctor salivó con el sabroso aroma que le llegaba de la cocina. Ayudó a Érika a preparar la mesa y, en cuanto estuvo sentado, se metió una gran cucharada de verduras y huevo, deseoso de probarlo.

—¡Mmm, está exquisito! Nunca las había comido de esta manera. Están deliciosas, gracias.

Érika hizo un aspaviento, quitándole importancia.

—No tienes que dárme las. A mí me gusta mucho cocinar y estas verduras saben mucho mejor porque son frescas y naturales.

—¡Están riquísimas! —Terminó todo el plato—. Voy a hacer café, ¿te apetece uno?

—Sí, por supuesto. Muchas gracias.

Bebieron el café disfrutando del silencio y la armonía que había entre ellos.

—Bueno, pues me voy a ir al pueblo ya, así luego vuelvo antes.

—Vale.

Érika lo acompañó hasta el porche.

—Buen viaje. Y ten cuidado.

Él le dedicó una sonrisa y se subió al coche. Atravesó el puente de madera y se perdió a lo lejos.

Érika mantuvo la vista en aquel punto unos segundos más después de que hubiese desaparecido. Estaba enamorada del lugar. Admiró el porche y se dio cuenta de lo bonito que era. Era perfecto para sentarse a comer. Tenía una

parra, llena de racimos a punto de madurar, que daba la sombra perfecta a una mesa blanca de hierro con cuatro sillas que había debajo.

El aspecto no era del todo bonito, ya que estaba todo lleno de macetas mal puestas cuyas flores parecían necesitar agua con urgencia.

A pesar de haberle dicho que no haría nada, no pudo evitarlo. Se dispuso a limpiar el porche y acondicionarlo. Quitó las hojas secas y arregló las macetas; barrió el suelo de piedras con una escoba que pesaba demasiado. Las manos le dolían al cabo de un rato, pero no cesó en su empeño y dejó todo reluciente. Se fijó en la suciedad de las ventanas que daban al otro lado y las limpió también.

Al otro lado del porche había un banco de piedra que también estaba muy sucio. Enjabonó todo y fue a por la manguera. Enchufó el agua a presión contra las mesas y las sillas que había al lado del banco. Cuando estuvo satisfecha con su trabajo, se fue a la cocina a preparar una jarra de zumo de sandía con hielo.

Se dio una ducha y se puso un vestido corto de tirantes muy finos y con estampado de flores. Después se sentó en la terraza con la jarra y se sirvió un generoso vaso de zumo mientras contemplaba el paisaje, relajada. Le dolían las manos de todo el esfuerzo y las sentía palpar. Se le estaban hinchando.

Oyó el coche de Víctor y se sobresaltó al percatarse de lo rápido que había pasado el tiempo.

Cuando el joven llegó al porche, cargado de bolsas de la compra, se quedó sorprendido al ver cómo había cambiado todo.

—¡Esto no era lo acordado, Érika! —le riñó con el semblante serio.

—Lo siento, pero las plantas necesitaban agua —se disculpó con una sonrisa.

Víctor puso los ojos en blanco.

—Y la mesa y el rancho y ese muro de piedra... Todo está limpio y hace años que no se limpia. Te has tenido que esforzar mucho —protestó meciéndose el cabello.

—La verdad es que sí, pero lo he hecho porque he querido, así que deja de quejarte y no te quedes ahí parado con las bolsas. Llévalas a la cocina y ven a tomarte un zumo fresquito —le dijo en tono mandón.

Víctor rio sin remedio y obedeció.

—¿Con qué lo has hecho? —le preguntó, señalando el zumo una vez se hubo sentado a su lado.

—Con sandía.

—Cuántos años llevo sin sentarme en este porche...

Érika sonrió y cogió el vaso que Víctor había traído para echarle la bebida. Levantó la jarra, pero no pudo sostenerla y la volvió a dejar en la mesa con la cara contraída por el dolor.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó preocupado—. A ver, enséñame las manos.

Las abrió y se las mostró. Varias ampollas de tamaño considerable estaban empezando a tomar forma.

—No debías haber hecho tantas cosas... Tus manos son delicadas y mira lo que has conseguido. —La miró a los ojos disgustado—. Voy a curarte esas ampollas.

Desapareció por la puerta de la cocina y, al cabo de unos segundos, apareció con una botella de aceite de oliva.

—Son molestas y duelen mucho. No tengo nada que te las quite, pero el aceite de oliva suavizará la piel y te aliviará —explicó mientras masajeaba las manos con delicadeza.

—Funciona... Me está calmando el dolor.

—Que sepas que estoy enfadado contigo. Te dije que no lo hicieras, que no trabajases tanto.

—Pero es que es una casa tan bonita... —Érika hizo un puchero—. Quería verla limpia.

—¿Cómo puede gustarte esta casa, este lugar? —preguntó sin comprender su interés por ponerlo todo en orden—. No comprendo cómo puede gustarte este sitio... ¡Yo lo odio! Solo estoy aquí porque no tengo más remedio.

Érika lo miró a los ojos con ternura. Por un instante, sus miradas se cruzaron.

—Pues a mí me gustaría tener un lugar tan hermoso como este. Ver a mis hijos crecer sanos aquí, verles subirse en los ciruelos, jugar con la tierra, comer la fruta recién recogida... —confesó con un suspiro.

Víctor no podía creer que deseara aquello. Sentía la necesidad de abrazarla fuerte y besarla. Su miembro, en sintonía con sus sentimientos, se puso duro. Consciente de su erección, se puso nervioso y le entró la necesidad de alejarse de allí antes de que ella se diera cuenta.

—Esta noche yo haré la cena —se ofreció.

—De acuerdo. Te lo agradezco porque estoy muy cansada.

—¿No vas a estar cansada? Con todo el trabajo que has hecho es normal —musitó él.

Se apresuró a la cocina y se tocó el miembro para colocarlo. Estaba duro así que se puso un delantal para disimular. Quería dejar de pensar en ella para que se le bajara la erección, pero tenía que hacer un verdadero esfuerzo para controlar su instinto animal. Sintió que la joven entraba y se giró para que no pudiera notarlo.

—Víctor, cenamos en el porche, ¿vale?

—Vale, pero siéntate. Esta noche no pones ni un cubierto. No voy a permitir que me ayudes a nada.

Érika asintió y fue a su dormitorio a cambiarse.

Más tarde, al verla salir de la habitación, tuvo que tragar saliva. Se había puesto un vestido negro de tirantes y se había recogido el cabello. Estaba sin maquillar y su belleza resplandecía. Se quedó con la boca abierta.

—Estás... preciosa —tartamudeó, causando una gran sonrisa en ella—. Eres tan bella... siéntate a la mesa, yo ahora mismo vuelvo.

Él también se cambió de ropa. Se puso una camisa azul marino y un pantalón negro. Cuando salió al porche con los platos, ella lo miró de arriba abajo con una sonrisa radiante.

—Tú también te has cambiado... No estás nada mal —aprobó.

—Por supuesto. Estás tan hermosa con ese vestido... Pareces una princesa. He querido estar a la altura.

Rieron juntos.

—¡Qué pinta más rica tiene este filete de ternera! ¡Qué hambre! —exclamó la muchacha al ver la cena que había preparado.

—Lo he comprado especialmente para ti. Y este vino. —Descorchó la botella y sirvió dos copas—. Hoy es una noche especial.

—Gracias... —Se sonrojó—. Me encanta este porche para cenar.

Víctor notó que, cada vez que podía, elogiaba la casa.

Érika se dispuso a cortar la carne, pero no pudo. Le dolían demasiado las ampollas. Volvió a intentarlo sin éxito y él se dio cuenta.

—Deja, ya te la corto yo —se ofreció con amabilidad.

Se acercó el plato y, con cuidado, le cortó la carne en trozos pequeños.

—Muchas gracias, de verdad.

Degustaron los filetes bajo la luz de la luna.

—Por cierto. Antes, con lo de tus manos, se me ha olvidado decírtelo. Las piezas del coche van a tardar dos o tres días —explicó, tras dar un trago al vino.

—¡Qué fastidio! Menudas vacaciones me voy a pasar con este coche mío

—se lamentó Érika con cara de preocupación—. Y encima en tu casa molestándote...

—A mí no me molesta que estés aquí. Además, te gusta el campo, así que puedes disfrutar de este lugar. Hay una bajada en el río muy bonita y te puedes bañar si te apetece.

—¿Cuántos días crees que voy a pasar aquí?

Víctor se encogió de hombros.

—Pues no lo sé. Me han dicho dos o tres días, pero no me lo creo demasiado. Te dicen un día y luego tarda tres. Lo peor es que hay que esperar. El hombre me ha dicho que me llamará en cuanto lleguen.

Érika suspiró resignada.

—En fin... Tendré paciencia. ¿Qué le voy a hacer?

—No te desanimes. Me siento mal al verte triste...

—No estoy triste, solo preocupada. Te estoy molestando.

Víctor la tomó de las manos y la miró a los ojos con intensidad.

—Por favor, Érika, deja de decir eso. No me molestas. De hecho, estoy muy a gusto. Se puede hablar de todo contigo, eres una persona muy inteligente y estoy agradecido por tu grata compañía. Además, me ayudas a olvidar mi soledad.

Ella le dedicó una amplia sonrisa.

—Vale. Intentaré pasar estos días lo mejor posible. La verdad es que yo también estoy muy a gusto contigo. Eres muy amable conmigo.

—¡Pues listo! ¡No te preocupes más! Eres mi invitada y vas a disfrutar de estos días. ¡Y no quiero que trabajes más! —la amenazó entre risas y apuntándola con el dedo.

—Vaaale, vaaale... —cedió alzando las manos en señal de rendición.

—Así me gusta. He comprado té rojo y un paquete de infusiones. Por si prefieres tomar una infusión en vez de café —cambió de tema.

—Pues sí, la verdad es que prefiero una infusión por la noche a tomar café. Y el té me gusta. Gracias.

—¿Te apetece uno?

Asintió.

—Te hago uno ahora mismo.

Se fue a la cocina.

Érika suspiró, inquieta. Se preguntaba cuántos días tendría que estar en aquella casa. Tenía miedo de pasar mucho tiempo con él y terminar enamorada. Era tan sencillo y amable...

Víctor regresó sonriente con dos tazas humeantes. Le tendió una a ella y siguieron hablando un buen rato mientras disfrutaban de la frescura de la noche.



Érika abrió los ojos con las primeras luces del alba. No tenía ganas de salir de la cama, así que permaneció acostada. Al cabo de un rato, oyó unos golpes en la puerta.

—Érika, despierta. Hay que desayunar. Ya está listo el café —le habló Víctor a través de la puerta.

—¡Voy!

Se desperezó un poco, se vistió y fue al porche. Vio que la mesa estaba preparada.

—¿Mermelada y mantequilla? —preguntó conmovida al verlas sobre la mesa junto a un plato de tostadas recién hechas.

—Sí, las compré para ti. Para cambiar de desayuno... —Se sonrojó un poco.

—Gracias por ser tan amable... No tenías que haberte molestado.

Érika se sentó a la mesa, hambrienta.

—No tienes que darlas, no es ninguna molestia. Lo hago con mucho gusto. Rieron juntos y dieron buena cuenta de las tostadas.

La mañana pasó tranquila. Mientras Víctor trabajaba, ella recogió la casa y dio un paseo por la finca.

—Esta tarde no tengo nada que hacer... ¿Te apetece dar una vuelta? ¿Podemos ir al pueblo? —le preguntó él a la hora del almuerzo.

—Gracias, pero no me apetece mucho salir.

Víctor la miró preocupado.

—Te veo desanimada. ¿Qué te ocurre? ¿Te he dicho algo que te haya molestado?

—¡No, no, por favor! —se apresuró a contestar—. No es por ti, de verdad. Simplemente me he venido abajo un poco, pero debe de ser del cansancio de ayer.

—Por eso quería salir por ahí, para que te animaras...

Ella sonrió con ternura.

—Aquí me siento muy a gusto. Esto es vida... No hay lugar más bonito para mí que este y quiero disfrutarlo.

Víctor se sorprendía cada vez más al escucharla hablar del campo y de lo que le gustaba aquello. Con lo monótona que era la vida allí...

—Podemos ir a dar una vuelta por el campo. Te enseñaré todas mis tierras...

—Eso sí me apetece.

Tras haber recogido el almuerzo, fueron a pasear entre los ciruelos. La llevó hasta la orilla del río. Víctor le mostró un sendero que descendía hasta una especie de pequeña playa con arena.

—¿Quieres que bajemos?

—No, mejor sigamos caminando bajo los melocotoneros —pidió Érika.

Él asintió y continuaron con el paseo. Poco a poco se iban acercando más, hasta casi rozarse las manos.

En un momento determinado, pasaron por un gran melocotonero. Víctor se detuvo y la tomó del brazo en un arranque de pasión. La miró a los ojos con intensidad y vio el deseo reflejado en ellos. Sin detenerse a pensarlo, la besó apasionadamente. Ella le correspondió como una loca, echándole las manos al cuello y atrayéndolo más contra su cuerpo.

Víctor descendió la mano hasta el filo del vestido y la deslizó muslo arriba. Apartó la tela de las braguitas y alcanzó su hendidura. La acarició de arriba abajo, arrancándole un gemido. Su beso se tornó más ardiente mientras sus dedos jugaban buscando el clítoris para estimularlo.

Introdujo sus dedos en lo más profundo de su ser.

Érika jadeaba a causa del placer que la recorría. Su cuerpo se estremecía, pero tenía que ser fuerte y reaccionar. Si seguían con aquel juego, terminarían en la cama...

—Alguien puede vernos —susurró apartándolo.

—No hay nadie en los alrededores. No tengo vecinos cerca... —consiguió decir el chico, que ardía en deseos de continuar—. Te deseo, Érika. Me retengo a duras penas... ¡Me tienes loco! Vendría a amarte debajo de los ciruelos cada vez que te veo pasear —confesó, respirando con dificultad.

—No me gusta hacer esto aquí fuera...

Víctor la tomó de la mano y la condujo entre los árboles de camino a la casa. Caminaban en silencio y con rapidez. Estaba deseando tenerla entre sus brazos.

Nada más entrar, le dio un beso apasionado.

—Llevo tanto tiempo sin estar con una mujer... —Le quitó el vestido—. No sé si podré aguantar para darte todo el placer que mereces —musitó en su

oído con voz ardiente y llena de deseo.

Érika estaba abrumada. Su cuerpo ardía en deseo y se dejaba llevar, como si su voluntad estuviese anulada. Las caricias de Víctor eran como una droga que la volvía loca.

La llevó hasta su dormitorio y la tumbó en la cama. Sacó de la mesita una cuerda y una venda roja.

—¿Qué haces con eso? —preguntó Érika petrificada.

Ella no estaba acostumbrada a aquellos juegos, pero fue incapaz de razonar en ese momento. Por alguna razón poderosa, ella se dejó hacer, incapaz de huir de su abrazo.

—Deja que te vende —propuso con voz dulce y cargada de lujuria—. Vas a disfrutar como nunca has disfrutado. Usa solo los sentidos... Verás qué diferencia.

Érika les tenía miedo a los hombres, pero el deseo que sentía era más fuerte que su temor y, por una vez en su vida, se dejó dominar, como si no tuviera fuerzas para reaccionar. No se lo podía creer, ella no era una sumisa, pero no podía rechazarlo; no tenía voluntad para hacerlo...

Víctor le vendó los ojos despacio. Pasó las cuerdas por sus manos, rozando su piel, y la ató a la cama.

—Eres muy hermosa... Tienes un cuerpo perfecto. Me gusta mucho.

Ella se estremeció. Sintió como si una suave ráfaga de viento estuviera soplando sobre su piel y, después, algo la rozó —parecía una pluma— y le recorrió el cuerpo con lentitud, erizándole cada poro. Un escalofrío de placer la recorrió al sentirla sobre su sexo.

«¿Por qué cada caricia es diferente? ¿Qué estará usando para recorrer mi piel?», pensó abrumada por las sensaciones que la embargaban. Percibió los labios de Víctor sobre su muslo. Fue besándola poco a poco mientras, con delicadeza, le presionaba el ano. Sintió cómo introducía uno de sus dedos empapados en algo viscoso, probablemente alguna crema, y un millón de sensaciones la invadió. Por primera vez se dejó llevar, enloquecida de placer.

Estimuló su vagina con los dedos, mientras ella se retorció y gemía. Introdujo la lengua, húmeda y juguetona, en su vagina, provocándole otra oleada de placer. Estimulaba su clítoris a la vez que metía y sacaba la lengua con rapidez.

Érika sentía cada vez más placer. El calor se apoderaba de su cuerpo y una sensación indescriptible la invadía. Estaba enloquecida con aquel torrente de emociones que hacían que su cuerpo convulsionara de manera violenta.

Quería morir... No podía seguir con aquel juego frenético. Gritaba y jadeaba, era demasiado fuerte para soportarlo.

Víctor retiró la lengua, se puso un preservativo, e introdujo su miembro en su interior. Soltó un gemido y la embistió con fuerza. Entraba y salía, llevándola a la locura mientras Víctor seguía estimulando su ano.

—No... te corras... aún —jadeó—. Estamos a punto... Tienes que aguantar.

—No puedo más...

No pudo aguantar más todo aquel fuego que quemaba su alma. El orgasmo explotó en su interior, haciéndola perder el conocimiento.

Cuando abrió los ojos, Víctor, con el rostro crispado de preocupación, le mojaba la frente y le daba golpecitos para que reaccionara. Se percató de que no estaba atada ni vendada. Las huellas de todo aquel juego erótico habían desaparecido como si nada.

—Te has desmayado, me tenías preocupado —le dijo mientras la ayudaba a incorporarse.

—Tengo sueño, estoy muy cansada —se quejó.

—Ahora no, por favor. Háblame, dime qué has sentido...

—No... lo sé. Placer y un estremecimiento. Jamás había sentido algo así.

Érika evitaba mirarlo a los ojos.

—Me gusta que hayas sentido eso.

—Yo... No sé qué decirte, Víctor. Mañana hablamos. Ahora no puedo. Quiero levantarme...

—Con cuidado.

Víctor la ayudó a ponerse de pie.

Érika se fue a su habitación. Se sentía extraña. Estaba desconectada de la realidad y su mente no coordinaba con claridad. No sabía si aquel acto era la sumisión de su cuerpo o... tan solo sexo.

Se sintió engañada y una punzada de ira empezó a crecer en su interior. Él debería haberle dicho lo que le gustaba. Debería haberle explicado que le iban los juegos eróticos y las fantasías sexuales en vez de pillarla desprevenida.

Las sensaciones que había experimentado al tener los ojos vendados la habían abrumado. Era algo nuevo para ella y no estaba segura de nada.

Víctor, vestido solo con una camisa, fue al dormitorio de Érika y la encontró sentada en una silla. Se arrodilló a su lado.

—Perdóname por lo que te he hecho... Yo solo quería que sintieras algo

nuevo; algo diferente. Me gustas mucho, Érika. Me tienes loco de deseo y no he podido resistirme.

La joven lo miró con el ceño fruncido, pero no dijo nada, así que continuó hablando:

—Quiero que sepas que lo que siento por ti no es solo atracción sexual. Érika no pudo soportarlo más.

—Y ¡¿qué ha sido lo que has hecho conmigo?! —le reprochó—. ¡Deberías habérmelo dicho! Yo no he tenido muchas experiencias sexuales en mi vida y esto, así de golpe, ha sido muy fuerte para mí. Tenía derecho a saber qué querías hacer y elegir si quería, o no, acostarme contigo.

—Lo sé y lo siento. He cometido un error... Tenía que habértelo dicho —admitió con tristeza.

—Pues sí... Yo no quiero ser tu fantasía sexual. Ni tu necesidad motivada por tu soledad. No creo que sientas nada por mí. Hoy me he sentido atraída por ti, pero esto ha sido demasiado. Yo no sé si estoy de acuerdo con esta... sumisión.

—Lo siento mucho, de verdad. Perdóname, por favor...

Érika observaba la culpa y el arrepentimiento en su rostro. Suspiró, analizando con detenimiento su propia lucha interior. Se debatía entre aceptar la sumisión frente a su necesidad de revelarse contra ella. Aquellos juegos significaban para ella someterse como persona.

—No se trata de que te perdone o no. Se trata de si soy capaz de aceptar esto y comprender lo que ha pasado. Tengo que pensar... Déjame sola, por favor —le pidió con la voz rota.

Víctor la miró a los ojos y asintió. Quiso decirle que había sido maravilloso, que estar con ella había sido lo máximo. Sentía una emoción que le llenaba de amor y esperanza; sin embargo, se fue sin decir nada.

Érika le vio alejarse. Cerró los ojos y pensó en lo sucedido. Quería intentar comprenderlo. Víctor era un hombre de campo... ¿Cómo habría aprendido aquellos juegos de película que la habían dejado sin respiración?

Con aquella pregunta rondando en su mente, se abandonó a un sueño intranquilo.

IX

Víctor se sentía culpable. Fue a la cocina para hacer la cena con sus pensamientos en Érika. En el fondo la comprendía, había ido demasiado lejos con ella. La había llevado hasta el límite. Era consciente de que no tendría que haber jugado con tanta intensidad ni haberle mostrado lo que sabía, siendo la primera vez que lo hacía con ella. Pero había querido poner en práctica el mundo de sexo y fantasías que descubrió en la capital. No sabía por qué lo había hecho... Ni siquiera lo echaba de menos, ya que su vida allí no fue del todo de su agrado. Se había extralimitado y ahora estaba arrepentido y preocupado.

Su vida en Madrid, y lo que allí había hecho, tenía que permanecer oculta. Aquellos días quedaron atrás para siempre.

A su mente llegó el recuerdo distorsionado de Amelia, la mujer que le había enseñado todo. Fue su fetiche hasta que se cansó de enseñarle y jugar con él. Se enamoró de ella como un loco... como un estúpido.



Recordó la primera vez que la vio. Tenía veinte años y trabajaba de aprendiz en un taller. Un día llegó ella, una mujer impresionante y elegante de llamativo cabello rojo y ojos verdes, profundos y alegres. Todos los chicos del taller estaban en vilo ante su belleza, pero fue él quien la atendió. Llevó su coche a la salida del garaje y, cuando se bajó para entregarle las llaves, ella le dio un repaso con la mirada que le hizo vibrar.

—Eres nuevo. Nunca te había visto antes —dijo con voz autoritaria.

—Sí, señora. Llevo poco trabajando aquí.

—Eres muy guapo. ¿Has estado con alguna mujer?

Víctor tragó saliva ante aquella pregunta tan directa. No sabía que contestarle.

—No... De momento no he estado con ninguna —consiguió contestar, avergonzado y sonrojado hasta las orejas.

—¡No me digas que todavía eres virgen!

La mujer soltó una gran carcajada que a él no le gustó en absoluto.

—Ya le he dicho que no estado con ninguna mujer... Sí soy virgen —replicó incómodo.

—Toma mi tarjeta. Te espero esta noche en mi casa.

Víctor miró atónito a la mujer y luego el trozo de papel. Sonrió de oreja a oreja y asintió.

—¡Estaré allí sin duda!

¿Qué chico de veinte años se negaría a aquella proposición?

Observó emocionado cómo se metía en el coche y se alejaba mientras no podía apartar la vista de la tarjeta. No podía creer que lo hubiese invitado a su casa...

Se la metió en el bolsillo.

—No sueñes con ella, chico —le aconsejó un mecánico mayor con mala intención—. No tienes para pagar ni cinco minutos con ella. Ella se cotiza muy cara.

—¿Quién es ella? ¿Una puta de lujo? —preguntó desanimado.

El mecánico se encogió de hombros con una sonrisa maliciosa.

—No sé si es una puta de lujo exactamente, pero, según lo que se dice de ella, es experta en hacer realidad tus fantasías más íntimas. Claro que tú no sabes de eso, con lo joven e inexperto que eres. —Soltó una carcajada.

—Que sea inexperto no quiere decir que sea tonto y que no conozca a las mujeres decentes —replicó ofendido.

—¡Qué sabrás tú de eso! ¡Si has venido del pueblo más inocente que un puerro! —exclamó el hombre entre risas, mostrando su dentadura perfecta—. Pero no te preocupes, que la ciudad pronto te enseñará a vivir y conocerás a todo el mundo que se oculta...

Dicho eso, se fue, dejándolo enfadado y avergonzado. Oyó el cuchicheo de sus compañeros, pero no le importó.

Llegó el momento de ir a la casa de Amelia. Se duchó a conciencia y se puso la mejor ropa que tenía. Estaba nervioso y excitado a partes iguales. Cuando llegó, tocó el timbre con miedo, haciendo un gran esfuerzo para que no se le notase que estaba temblando.

Amelia abrió la puerta vestida con una bata de fantasía, roja y negra, que le dejó sin palabras. Estaba tan nervioso que, para intentar tranquilizarse, desvió la mirada y la posó en la decoración de la casa, de un color elegante y muebles de diseño. Ella sonrió lasciva y tiró de él para que entrara.

—Hola, chico nuevo. Pasa. ¿Cómo te llamas?

—Vi-Víctor Aguado... —articuló, tragando saliva.

—Deja de llamarme señora, me llamo Amelia —le amonestó sin perder la sonrisa, con un tono que erizó la piel del muchacho—. Así que no has estado

con ninguna mujer...

—No. —Titubeó.

No sabía qué quería de él aquella mujer que lo tenía todo y que, según su compañero, cobraba mucho.

—Dígame qué quiere de mí.

Ella se pasó la lengua por los labios.

—¿No tienes fantasías sexuales?

—No... —Volvió a tragar saliva al sentir cómo su erección tomaba el control.

La mujer sabía jugar y lo tenía como loco con aquel cuerpo rebosante de deseos carnales.

—Pues ya es hora de que las tengas... —dijo con tono sensual, arrastrando las palabras—. ¿Quieres que te diga la que tengo yo en este momento?

—Sí quieres...

—Mi fantasía es acostarme con un novato... Nunca lo he probado. Desnúdate —le ordenó con voz firme.

Víctor quería irse corriendo.

«¿Qué hago yo en esta casa, con una mujer así? No soy una probeta, soy una persona», pensó, mientras su mente racional dejaba paso a su deseo por ella.

—Vamos, desnúdate —le volvió a ordenar a la vez que se acercaba y le desabrochaba los botones de la camisa.

Su respiración se volvió entrecortada cuando Amelia agarró su miembro, duro como una piedra, con fuerza.

—¡Vaya...! Así que eres tímido... Eso me pone mucho. Me gusta, tienes una cosita pequeña.

Sus palabras hirieron su orgullo y dio un paso atrás, ofendido.

—¡Nada de pequeña! ¡Que no haya estado con una mujer no quiere decir que no la tenga grande y apetitosa!

Amelia le dedicó una sonrisa ladeada.

—El novato tiene corazoncito... Me gusta. Y mi fantasía va en aumento.

Terminó de quitarle la ropa y lo llevó a una cheslón. Se quitó la bata y se quedó desnuda. Él estaba tan nervioso que hizo un gran esfuerzo para no salir huyendo. Pero el cuerpo de la mujer lo cautivaba y lo atraía de manera irresistible. Era tan hermosa y tenía unos pechos tan apetitosos...

Invadido por el deseo y atraído por las promesas de su cuerpo, se fue aproximando a ella. Titubeó, sin saber si tocarla o no.

—Quiero que me lo hagas todo tú. No voy a mover ni un dedo para ayudarte. Espero que sepas cómo hacerlo... ¿O tendré que enseñarte cómo se penetra a una mujer? —rio divertida.

Víctor se sintió incómodo y humillado, pero ella abrió las piernas y su excitación aumentó tanto que, sin pensarlo, se introdujo en ella. Sintió un inmenso placer que le envolvió por completo. Empezó a moverse, entrando y saliendo con fuerza, pero sin saber dónde tocar. Se concentró en aquel placer y en la emoción tan grande de que una mujer tan hermosa se dejase poseer por él.

La desagradable risa de Amelia rompió su burbuja, dejándolo frío.

—Eres un novato y no estás a la altura. ¡Venga, dame más fuerte! —ordenó impasible—. Sabía que eras un inexperto *mecanicucho* que no sabría follarme. Soy una experta en este arte y tú no me estás dando nada de placer —se quejó.

Las palabras de Amelia calaron en el joven, que se sintió ultrajado, pero en un acopio de rabia, hizo aflorar su amor propio y se negó a dejar que se riera de él. Enrabiado, la cogió de los muslos para embestirla con más fuerza. Lo que no sabía era que ella estaba en su salsa y se deleitaba con su inexperiencia. La sorpresa se reflejó en sus ojos cuando empezó a sentir el orgasmo. La lujuria y el deleite se adueñaron de ellos y el ritmo de las embestidas se aceleró hasta que el éxtasis los dejó exhaustos.

Se quedaron tumbados en el sofá.

—Me has sorprendido gratamente. Has sido una dulce fantasía. Me ha gustado sentir tus temblores y tu miedo —aprobó, satisfecha—. Pero, ¡qué poca práctica tienes, hijo!

—Para eso estoy aquí, para aprender.

Ella negó enérgicamente con la cabeza.

—No te equivoques, a mí no me falta sexo. Tengo demasiado, de hecho, ese es mi trabajo. Soy una escort de lujo experta en disfrazarme.

—¿Y eso qué es? —preguntó extrañado mientras se vestía.

Amelia lo miró con el ceño fruncido, pero comprendió enseguida que el chico no sabía nada de mujeres ni de sexo.

—Tengo un negocio muy rentable con mucha gente trabajando para mí. Nuestro trabajo consiste en satisfacer las fantasías sexuales de los hombres y mujeres que requieren nuestros servicios. Nos disfrazamos para ellos y les realizamos todo tipo de juegos eróticos. Es el juego del disfraz, querido, y gano mucho dinero con ello.

—No comprendo ese juego de disfraces para hacer el amor.

Víctor se encogió de hombros.

—No es para hacer el amor, no te equivoques. Es para follar de la manera que los clientes exigen. Ni te imaginas la gente que hace esto para sobrellevar mejor su estrés y la vida laboral.

—¿Cómo puede ser mejor estar con una mujer con peluca y ropa rara, que con una normal?

Amelia sonrió condescendiente y le pasó la mano por el pecho.

—Querido Víctor, es su fantasía. Hay quien quiere ser mordido por una vampira. ¿Te imaginas lo que sería follar con una mujer con colmillos, labios llenos de sangre y con la capa negra y roja del gran Drácula? —le preguntó con una mirada lasciva.

—No me lo imagino, la verdad. Para mí eso no tiene morbo.

La mujer soltó una carcajada.

—Sí que lo tiene. Yo lo hago y por eso me pagan muy bien. No te imaginas cómo de satisfechas quedan las personas que pagan mis servicios —explicó con superioridad.

—Es tu trabajo, supongo que debes de hacerlo bien para seguir tendiendo clientela.

Víctor no estaba cómodo. No sabía dónde se había metido y no le gustaba aquella mujer; sin embargo, allí estaba, incapaz de salir corriendo.

—He probado muchos hombres —siguió contándole—, pero a mí, en particular, me gustan otras cosas. Si te las dijera, te escandalizarías.

—No sé qué más podría escandalizarme.

—Muchas cosas que ni te imaginas. —Lo miró con una sonrisa traviesa.

—Sabes que no he probado nada referente al sexo...

—Se me ha ocurrido una idea. Te propongo...

—No creo que me guste lo que me vas a proponer —cortó.

—¡Bah! —Amelia hizo un ademán sin perder la sonrisa—. Eso lo dices porque no lo has probado. ¿Qué te parecería trabajar para mí? Ganarías más que en el taller.

Víctor permaneció un momento en silencio, pensando que estaba soñando aquella conversación, que no era real. Sin embargo, allí estaba, temblando delante de aquella mujer que le impedía moverse y cuyo cuerpo desnudo era una visión digna de contemplar.

Se perdió admirando su belleza. Sus líneas eran espléndidas. Su piel blanca relucía en contraste con sus cabellos de color rojo fuego y esos ojos

verdes que lo miraban con intensidad.

—Puedo trabajar, pero sin dejar el taller —aceptó como hipnotizado.

—No puedes compaginar la noche con el taller. Son incompatibles.

Sus palabras le trajeron a la realidad. Él no quería dejar su trabajo. Su intuición le decía que de eso no saldría nada bueno.

—Entonces no puedo trabajar para ti —manifestó, pensando en que no contaría con él para ese mundo nocturno lleno de fantasía y sexualidad, como ella lo llamaba.

Amelia se levantó y le acarició la espalda. Clavó sus ojos en él y le recorrió de arriba abajo.

—No estás nada mal. Tienes un buen cuerpo... Recicládote un poco y comprándote buena ropa, serás un joven digno de que te miren y podrás venir a mi lado.

Le acarició los hombros con suavidad. Llevó sus labios hacia su cuello y le dio un pequeño mordisco que lo estremeció de pies a cabeza. Recorrió su oído con la lengua y le mordió el lóbulo de la oreja.

—Debes ir al gimnasio para que tus músculos se endurezcan y tus pectorales salgan a relucir. Eso es lo que les gusta a las mujeres —susurró con una voz dulce que le pareció música celestial.

—Iré... Iré al gimnasio, pero no trabajaré en eso que me dices. Me gusta el taller...

—Podemos hacer una cosa... —Mordisqueó el otro lóbulo—. Cuando te necesite, vienes. Poco a poco irás aprendiendo y, si te gusta, aceptas el trabajo. Si no, te quedas en el taller.

—Vale. Mientras no tenga que dejarlo, lo hacemos como tú quieras.

—Has estado dentro de mí con esta cosita respingona que tienes, querido. Si la cuidas, harás las delicias de muchas mujeres. Cada día probarás una fruta nueva y variada.

Víctor se convirtió en el fetiche de Amelia. Ella le compró ropa cara y le pagó el gimnasio. Algunas noches incluso lo llevaba a fiestas. Pero pasaban meses entre una cita y otra y él se desesperaba. Se pasaba el tiempo deseando que le llamase y su deseo aumentaba cada día más, convirtiéndose en su fantasía. Se moría por tenerla entre sus brazos.

Una noche, su llamada lo sorprendió y lo puso eufórico. Siguió el ritual que llevaba a cabo cada vez que iba a verla. Se aseaba a conciencia, eliminando cualquier resto de grasa o carburante de su cuerpo, esculpido a base de ejercicios y esfuerzo en el gimnasio. La confianza en sí mismo había

aumentado conforme su cuerpo se moldeaba y su experiencia de desarrollaba.

En cuanto llegó a casa de Amelia, lo llevó a una habitación.

—Cierra los ojos —le ordenó antes de abrir la puerta y conducirlo al interior.

Obedeció y se relamió deseoso, pensando en la sorpresa que le habría preparado. Se iban a acostar otra vez... Le haría el amor de una forma diferente. Se la imaginó llegando a él envuelta en uno de sus provocativos camisones de fantasía...

Sus tórridos pensamientos se vieron interrumpidos por una sensación desconocida que le provocó ansiedad. Amelia le puso una venda y le ató las manos. Sintió como se elevaba, colgado de algún extraño aparato. Unos segundos después, sintió el tacto de otras manos. Otro aliento cerca de su piel. Otra mujer.

¿Cómo había podido Amelia traer a otra? Él solo quería estar con ella y ahora se veía expuesto y a merced de dos tigresas hambrientas.

El morbo estaba servido y su erección no se hizo esperar. Estaba emocionado y expectante, imaginando las cosas que le harían entre las dos.

—Qué miembro más bello tiene —aprobó la desconocida.

—Mmm, sí, Amanda. Y está sin mucho uso.

—Eso es genial —ronroneó—. Empecemos a jugar, ¿te parece, querida?

Víctor no sabía quién era aquella mujer que le hablaba con tanto cariño a Amelia. No pudo ver lo que hacían... No pudo ver cómo se derretían la una con la otra, cómo se besaban y se acariciaban, metiendo sus dedos en lo más profundo de su feminidad.

De pronto, sintió cuatro manos recorriendo su cuerpo. Estaba cada vez más excitado. Una de ellas lamió sus pezones hasta ponerlos duros y un escalofrío le recorrió. Su pene se erguía dura y deseoso de correrse. Una calidez húmeda lo rodeó cuando se lo metieron en la boca. Jadeó mientras un conocido calor llegaba y se apoderaba de su ser. Sin poder aguantarse, se vació como una presa rebosante de agua. Las mujeres se peleaban por el semen que explosionaba de su cuerpo.

Saciadas, lo dejaron colgado y con los ojos vendados, y se marcharon a la cama. Sumido en la oscuridad, oyó los besos y gemidos de placer.

«Malditas las dos, que me han dejado aquí solo, sin poder verlas...», pensó frustrado.

Al cabo de un rato llegó Amelia y lo desató. Al quitarle la venda pudo ver al fin a la mujer que había jugado con él. Estaba tendida sobre la cama,

desnuda. Era rubia y tenía un cuerpo espectacular. Su miembro se alegró de verla y se volvió a poner duro.

—Está perfecto, Amelia. Vamos, tráelo a la cama. A ver qué sabe hacer.

Víctor estaba en una nube con aquellos dos cuerpazos.

—Espero que no me defraudes y que no te escandalices con lo que veas. Sé que aún no tienes tanta experiencia... Ya sabes a lo que me refiero y lo que espero de ti —le susurró Amelia en el oído antes de tenderse bocarriba en la cama.

Amanda se colocó sobre ella. Víctor sabía lo que debía hacer, lo que ambas querían. Amanda estaba muy mojada y él la penetró por detrás con suavidad. Acarició sus muslos y trazó un camino hasta llegar a sus caderas para atraerla hacia su sexo. La mujer soltó un gemido antes de introducir su lengua entre los pliegues de Amelia, que la esperaba deseosa.

Víctor abrió los ojos muy sorprendido, comprendiendo a lo que se refería cuando le comentó que prefería otra cosa antes de ser poseída por un hombre. Desde su posición podía verla suspirar de placer mientras se tocaba los botones, rosados y erectos, de sus pechos. Mientras tanto, él agarraba con fuerza las caderas de Amanda, deleitándose de placer al empotrarla una y otra vez.

Con cada estocada, las mujeres gritaban con delirio, ordenándole, entre jadeos, que no parase.

—No te corras... Víctor... Ni se te ocurra... —suplicó Amelia, envuelta en la fragancia de aquel orgasmo que Amanda, con gran maestría y su lengua juguetona, estaba a punto de otorgarle.

La sangre de Víctor ardía en deseos de terminar. Luchaba con fuerza para aguantar, pero no podría hacerlo por más tiempo. La vista que le ofrecían era demasiado y el placer iba en aumento. Se dejó ir entre temblores violentos mientras seguía acariciando el trasero, blanco y suave, de Amanda, que le siguió y se corrió entre gritos.

Acabaron los tres agotados y jadeosos.

—Tumbate aquí, en medio de las dos —ofreció Amelia en un susurro.

Las mujeres se besaron apasionadamente ante la mirada atónita de Víctor.

—Querida, ha estado genial. Me has traído un buen ejemplar —dijo Amanda satisfecha.

—Para ti lo mejor, amor.

Volviéron a besarse para excitar al muchacho. Amelia comenzó a acariciar su miembro flácido para ponerlo a tono una vez más. Cambiaron de posición

para que Amelia diese placer a Amanda, mientras era penetrada por Víctor.

Acarició las nalgas de Amelia con dedicación. Le gustaba tenerla para él. Era como una droga que lo consumía. Al sostenerla entre sus manos se excitaba sobremanera. Sentía el gozo y el deseo ardiente recorrerle y embargarle. La cogió y la embistió tan fuerte que su lengua entró en la vagina de Amanda de manera sobrenatural. Su gemido resonó por toda la habitación.

Continuaron con el juego, pero esa vez Víctor también participó dando órdenes.

—¡Más fuerte! Así... Lame más rápido...

Víctor blasfemaba y ordenaba, calentando más y más el ambiente. Los gemidos y jadeos salían a borbotones.

—¡No puedo más...! ¡Para! —se quejó Amelia con la respiración entrecortada.

—¡Aguanta! —ordenó él, acelerando las embestidas—. Si no puedes con la lengua... hazlo con los dedos.

La lujuria los envolvía, pero Amelia ya no podía más.

—Termina con Amanda —pidió.

Víctor salió de ella y penetró a Amanda, que estaba entre la bruma y el placer. Se corrió con fuerza, sorprendida y exhausta. Ella, que era insaciable con el sexo, había quedado rendida con el joven, que había sacado la garra de la fiera herida.

—Buenas noches. Cuando queráis un novato, me avisáis. —Abandonó la cama y les dio la espalda.

Se vistió sin mediar palabra y se marchó, dejando a Amelia sorprendida.

Amanda seguía tirada en la cama.

—Si... hace lo que ha hecho siendo un novato..., cuando tenga experiencia, qué no será capaz de hacer, querida Amelia —comentó sin fuerzas.

Amelia asintió pensativa.

—Me ha dejado sorprendida, no esperaba que fuese tan fuerte.

Víctor, que las espiaba desde la otra habitación, sonrió pagado de sí mismo.

Salió de la casa sonriendo. Estaba impresionado y le costaba creerse lo que le acababa de ocurrir. Aunque era cierto que jamás hubiera pensado que tendría dos mujeres para él solo. Había oído hablar muchas veces de tríos, pero él lo había probado sin buscarlo y sin esperarlo.

Él solo quería una vida sencilla con una chica que lo quisiera y que fuese

solo para él y él para ella; quería olvidarse de eso de ser un empleado del sexo y trabajar para Amelia. Pero todo aquello no era más que un sueño. Él quería estar con Amelia, era su capricho y haría cualquier cosa por conseguirla.

Pasaron varios meses hasta que volvió a llamarle. Quedaron en el lugar de trabajo de la mujer.

—Hola, Víctor. ¿Pensabas que no te iba a llamar después de lo de mi amiga? —preguntó con voz melosa.

—No he pensado nada —dijo tras un suspiro.

—Necesito que me acompañes a una fiesta.

—¿Cuándo es esa fiesta?

—El viernes por la noche.

—De acuerdo, el viernes estaré listo. ¿Aquí es donde trabajas?

Ella asintió.

—Así es. Ven, te voy a enseñar lo que se hace aquí.

Lo guio al interior. Al pasar delante de una puerta, se escuchó un quejido de dolor.

—¿Qué le pasa a esa mujer? —preguntó sin poder aguantar la curiosidad.

La puerta estaba un poco abierta y el muchacho la empujó lo suficiente para ver el interior. Un hombre vestido de cuero negro, con una máscara cubriéndole el rostro y unas botas por encima de las rodillas, estaba pegando con una fusta a la mujer.

—Es un juego, Víctor —explicó Amelia incómoda.

—Pero si le está pegando... —se extrañó—. Yo no sería capaz de pegarle a una mujer y menos con eso. Le está haciendo mucho daño.

—No le hace daño —replicó molesta por su ingenuidad.

—¿Cómo puedes decir que no le hace daño?

—Víctor, ¡espabila de una vez! —le reprendió—. Eso está en su contrato. Es ella quién lo ha pedido. Es su fantasía y su necesidad. Después de eso, él se la follará y ella disfrutará por lo que ha pagado; lo que le gusta que le hagan. Abre los ojos, aquí todo es legal.

—Cada vez me parece más...

—¿Qué, Víctor? —cortó enfadada—. ¿Sucio? ¿Crees que tú eres mejor que ese gigoló? Él solo está trabajando y gana un pastón por hacerlo. Y, ¿sabes una cosa? Seguro que no le gusta esa mujer, pero es lo que debe hacer, se debe a su trabajo. Ella se irá contenta, habiendo disfrutado de un hombre potente que la ha llevado a culminar sus fantasías.

Víctor no dijo nada más.

Amelia sabía que le quedaba mucho por aprender y, si quería exhibirlo y que trabajara para ella como un gigoló, no sería en poco tiempo.

—¿Sabes que me debes mucho dinero? —Cambió de tema, gestando en su mente un malévolo plan contra Víctor.

Él le dedicó una mirada molesta.

—No me chantajeas, Amelia. Yo no te he pedido nunca nada.

—Cierto... Pero tampoco has rechazado nunca la ropa que te he comprado.

—La ropa te la puedo pagar. Nunca he querido hacer nada más.

Amelia le lanzó una mirada suspicaz.

—Si no hubieses querido, no tendrías que haberte quedado con Amanda. No estabas allí contra tu voluntad. ¿Es que no te gustó? —preguntó irónica—. ¿Cuándo ibas tú a pensar que estarías con dos mujeres? Eres un *mecanicucho* novato con una vida miserable. No habrías salido de ese taller de no ser por mí.

Víctor frunció el ceño ante sus insultos, pero no cedió.

—Iré contigo a fiestas, si quieres. Pero no seré tu puto —aseguró.

—De acuerdo, Víctor. Si eso es lo que quieres... Solo te llevaré a fiestas, nada más. Hasta que pagues toda la ropa que te he comprado.

Asintió. Era un buen trato.

«¡Maldita mujer! ¿Por qué tuve que conocerte? ¡Maldito el día que te conocí y me llenaste la cabeza de pájaros!», pensó con frustración.

Aquel día su esperanza se deshizo por completo al comprender que Amelia no le quería para nada más que como un simple juguete para exhibir.

X

Víctor sacudió la cabeza. El recuerdo de Amelia le quemaba el alma. Regresar al campo le había ayudado a olvidarla, curando su corazón. Pero ahora los recuerdos volvían a su mente y lo dañaban de nuevo.

Terminó de hacer la cena y se puso a limpiar para mantenerse ocupado y no pensar en aquella etapa de su vida. Lanzó una mirada triste a la habitación de Érika. Si quería tener algo con ella, debía ser más tradicional, para que se sintiera en confianza y quisiera jugar por ella misma. Pero no era necesario ser tan erótico si no quería.

No pudo evitar recordar el día que Amelia le pidió que fuera a casa de una de sus amigas Débora a mirarle el coche, algo que le extrañó mucho ya que era un sábado. Al llegar con su caja de herramientas en la mano, se quedó embobado al contemplar la lujosa mansión. Indeciso, llamó al timbre y una mujer morena de cabello largo y treinta y pocos le abrió la puerta. Era bella y elegante y solo llevaba puesta una bata de raso morado anudada a la cintura.

«¡Menuda hembra!», pensó, mirándola de arriba abajo.

—Buenas tardes... —carraspeó—. Soy su mecánico. ¿Dónde está el coche?

Ella sonrió.

—En el garaje. Venga por aquí, por favor.

Lo guio con aires de ser una gran señora. Víctor silbó cuando llegó a la cochera y vio el bólido que tenía; un deportivo muy elegante. Se acercó a él maravillado y lo acarició con suavidad, casi con miedo a tocarlo.

—¿Te gusta el coche?

—Sí, señora. Es un modelo impresionante.

—Lo es. Es muy especial y necesita unas manos expertas. Espero que me lo cuides bien...

—Por supuesto que sí. ¿Qué le ocurre?

Ella se encogió de hombros.

Víctor arrancó el motor, que rugió con furia.

—A veces se calienta mucho. ¿Sabes por qué puede ser? —inquirió con tono seductor.

—Es normal que el coche se caliente. Arranca bien. —Se quedó mirándola con la ceja arqueada y salió del coche—. A mí me parece que no tiene ninguna avería.

—Tú no lo notas, pero la temperatura sube y sube...

Con parsimonia, la mujer se le acercó y le agarró del miembro con fuerza.

—¡Señora! ¡¿Qué hace usted?! —se sorprendió, dando un salto hacia atrás.

—¿Qué clase de *mecanicucho* me ha mandado Amelia? ¿Un novato inexperto...?

Esa palabra hizo que le hirviera la sangre. Comprendió que Amelia lo había engañado con una encerrona. Ahora no podía huir de allí y tendría que comportarse como uno de sus chicos sin saber a qué juego tendría que jugar.

Suspiró para sí y decidió hacer lo que esperaba de él. Tenía que pensar rápido para interpretar el papel que ella quería, aunque no tenía ni idea de cómo le saldría, ya que era la primera vez que lo hacía.

—¡Mierda! ¡Este jodido coche se calienta demasiado! —exclamó acercándose a ella.

—Sí, novato. No sabes cuánto... Tienes que arreglarlo enseguida —pidió con tono lastimero.

Víctor crispó el rostro al oír que volvía a llamarle «novato». Aquella palabra le provocaba un hormigueo en sus venas y hacía que una rabia profunda se apoderase de él.

La tomó con fuerza de la cintura y la atrajo hacia sí.

—Tengo que mirar en su interior... ¿qué le parece si me lo muestra? —dijo con rabia contenida.

—Sí, sí... enseguida se lo muestro.

La mujer, deseosa, se quitó la bata y dejó al descubierto su cuerpo desnudo y sedoso.

Víctor se relamió al contemplar lo apetitosa que estaba. Tanto como el coche.

—Voy a inspeccionar las luces.

Pellizcó sus pezones y, después, los lamió con rapidez para estimularla. La mujer suspiraba mientras él mordía aquellos botones rosados y sus manos se deslizaban por su piel, en busca de su trasero.

Su verga se puso dura y presionó contra el pantalón.

—Sí... Oh, sí. Se calienta mucho el motor, sigue, sigue... —gimió, loca de placer.

—El motor... Sí, lo vamos a mirar, pero debemos esperar un poco más a que se caliente del todo para arreglarlo. —Siguió estimulándola—. Aún no está del todo caliente y es un coche muy caro. Hay que ir despacio, muy despacio y acariciar la carrocería. Así... Así, muy despacio. Es una línea muy

bella la que tiene, hay que saborearla. Ahora cójame la llave inglesa, ya sabe dónde está. Tiene que sacarla de su caja... —le ordenó.

Débora La mujer tocó el miembro erecto y lo liberó de su prisión. Mordiéndose el labio, cayó de rodillas y se lo metió entero en la boca, como una leona hambrienta.

—Ohhh... ¡Esta llave es enorme! Me gusta...

Víctor temió que, si seguía con su miembro en la boca, no podría terminar con la fantasía, ya que estaba a punto de correrse.

—Espere un poco —jadeó—. Todo este arreglo tiene que hacerse muy despacito. Tengo que mirar el motor, es el momento de hacerlo, vamos, ¡levántate!

Ella hizo lo que le ordenaba y Víctor la tendió sobre el flamante capó. Se adentró en su sexo, separando con la lengua sus pliegues y mordiéndole el clítoris. Débora chillaba de placer como una posesa, embriagada por el calor que le subía por el cuerpo. Movía la lengua con ferocidad, dando lametazos y aumentando el ritmo hasta que ella se consumía convulsionándose sin control.

Él seguía adentrándose una y otra vez, empapándola de saliva. No pararía hasta darle todo el placer que tenía.

—¡Para! —bramó— ¡Para, *mecanicucho*, para!

El joven sacó la lengua, pero no paró. Le introdujo los dedos y comenzó un baile de adentro a fuera.

—Hay que tocar el motor, señora. Creo que tiene telarañas desde hace mucho —bromeó con voz sensual—. ¿No lo cree usted así? Estoy convencido que por eso se calienta tanto. Le gusta que le toquen el motor de esta manera.

El baile de dedos seguía y cada vez le metía más hasta usar casi todos los de la mano. La mujer abrió las piernas y él pudo ver su clítoris hinchado de placer. Su erección era brutal y estaba deseando de enterrarse en ella, pero no sabía si era el momento de terminar con aquella tigresa hambrienta de sexo.

—Más... Quiero más —pidió lastimera y él vio la oportunidad.

—Voy a meter la llave inglesa en su motor y usted me va a dejar. Quiero oírle decir que me va a dejar.

—¡Sí! ¡Quiero que meta su llave en mi motor! ¡Rápido!

—Seguro que dentro habrá que apretar algún tornillo...

La mujer cogió un preservativo de la guantera y se lo tendió anhelante.

—Venga, apriétalo. Apriétalo ya que no aguanto más. El motor está

caliente al máximo. Oh, sí... quiero tu llave inglesa. No te demores... Es grande..., oh sí...

Víctor la empotró de manera salvaje sobre el mismo capó mientras ella se retorció de placer. Aumentó el ritmo de sus embestidas sin miramiento. Empujaba con fuerza hacia dentro entre gritos de placer.

La sacó de golpe, haciéndola volverse loca.

—¡Deja esa llave donde estaba, mecánico de mierda! —gritó enfurecida.

Él sonrió y le dio la media vuelta. La volvió a empotrar con fuerza y ella empezó de nuevo a gemir como loca. Se la folló con violencia hasta que no pudo más y se corrió entre gritos de placer. Se quedó sin fuerzas sobre el capó, pero Víctor siguió penetrándola. Ella se dejaba hacer, ya que no se tenía de pie. Siguió con sus investidas hasta que, satisfecho con su hazaña, se corrió emitiendo un rugido.

—¿Está usted conforme con el arreglo del motor, o quiere que le de otro repaso? —preguntó con superioridad.

—Es... suficiente —consiguió articular—. Llamaré a Amelia... Váyase.

Mientras se iba, pensó que quizás ser un gigoló no era tan difícil después de todo, aunque no sabía si lo había hecho de la manera correcta. Aun así, él no quería esa vida. Pero, ¿cómo escapar de las garras de Amelia? Lo tenía cogido con su chantaje.

Fue a buscarla al local, muy enfadado.

—¡Qué sea la última vez que me engañas como a un niño! —le reprochó nada más llegar.

—No tenía a nadie libre, te necesitaba urgente. Ella solo tenía esta tarde libre —se justificó encogiéndose de hombros.

—Sabes que no estoy a la altura y no me gusta trabajar así. Mucho menos que me engañes.

—Pues lo has hecho muy bien. Parece que el novato se ha convertido en maestro —comentó orgullosa—. No te habrá sido difícil fingir. Al fin y al cabo, eres un mecánico y eso es lo que a ella le gusta. Como ves, le ha gustado tanto que, a partir de ahora, solo te quiere a ti.

—Pues no pienso entrar en su juegucito de calentar motores. Que se lo aguante otro —le espetó furioso.

Amelia le miró con la ceja arqueada y una sonrisa perversa en el rostro.

—No tienes opción, Víctor. Si te niegas, no dudes que iré al taller y les diré a todos tus compañeros que no eres capaz de satisfacer a una pobre mujer. ¿Quieres eso? ¿O prefieres satisfacer a Débora? —amenazó con la voz

fría.

—No te atrevas a hacer eso.

—Ponme a prueba y te mostraré de lo que soy capaz.

La miró con rabia y los ojos como rendijas. Lo tenía encadenado a ella, no podía hacer nada.

Amelia sacó un fajo de billetes y los tiró sobre la mesa.

—Ese es tu sueldo de hoy. Te lo has ganado.

Víctor, muy a su pesar, observó emocionado la suculenta cifra. Nunca había visto tal cantidad de dinero y, mucho menos, por echar un polvo a una mujer desesperada.

—¿Así está bien? ¿O quieres más dinero por ser el único que se la empotre?

—Es suficiente —aceptó.

—Pues ahora lárgate y espera a que se te llame otra vez.

Le dio la espalda mientras él cogía el dinero, lo guardaba y salía de allí con más rabia de la que había entrado.

Amelia era dura con él. Ya no había rastro de la dulzura del principio. No se andaba con contemplaciones ni dudaba en amenazarlo.

«¡Maldita!», pensó furioso. Ya no era su amigo, ahora se habían convertido en enemigos. Pero tenía que fingir y llevarse lo mejor posible con ella. No le tenía miedo, pero no dudaba de que era capaz de hacer cualquier cosa para destrozarle la vida.

Caminó por la calle durante mucho rato pensando en lo estúpido que había sido al entrar en su juego y en lo feliz que era antes de conocerla.

Tiempo después, conoció a Luci. Era una chica sencilla con un rostro sereno y fresco. Sus ojos azules y su cabello castaño claro le daban un toque hermoso. Se enamoró a primera vista de su preciosa sonrisa. Trabajaba en una cafetería de barrio. Tardó bastante en armarse de valor y hablar con ella. Iba todos los días solo para verla.



Sonrió con ternura al recordar a Luci. Érika le daba cierto parecido.

Sus pensamientos volaron a la primera noche que salió con ella. Pasearon por un parque y acabaron sentados en un banco con las manos entrelazadas. Se dieron su primer beso bajo la tierna luz de la luna. Se sentía tan feliz a su lado... Esa era la vida que él quería vivir, no la que le ofrecía Amelia Sanz.

Un día se armó de valor y le confesó que quería tener una relación con Luci, pero ella no se lo tomó nada bien y le amenazó. Se sentía frustrado, pero no podía hacer nada contra las exigencias de Amelia.

Muchas veces era toda una odisea quedar con Luci. Más de una vez la dejó plantada por acudir a la llamada de Amelia. Lo amenazaba continuamente con ir a decirle a la joven la clase de novio que tenía.

Sin excusas ni argumentos, Luci se cansó de las mentiras y los engaños y se alejó de él. Dejó el trabajo y se fue de Madrid.

Amelia había ganado... Otra vez.

Siguió siendo el mecánico particular de la señora Débora, la propietaria del Mercedes Benz, y tenía que enfriar el motor cada vez que se le calentaba. Solo consintió ser el gigoló de esa mujer.

La última vez que estuvo con ella tenía la tarde libre en el taller. Fue a su casa vestido de mecánico con un mono azul que se había comprado especialmente para complacerla.

Estaban en el momento culminante del acto cuando escucharon una voz masculina desde el interior de la casa.

—¡Débora! ¿Dónde estás? He vuelto antes de lo previsto.

Los ojos de Débora se abrieron, presos del pánico.

—¡Putá mierda, es mi marido! ¡Sal por el jardín! —exclamó en voz baja, vistiéndose de forma apresurada—. Hay una puerta que da a la calle, ¡date prisa!

Víctor asintió, terminándose de colocar el mono.

—¡Voy, querido, estoy en el garaje! ¡Voy enseguida!

Terminó de abrocharse la bata y se fue hacia la casa.

Víctor salió por la puerta de atrás con el corazón latiéndole a mil por hora. Menuda faena que hubiese llegado el marido en aquel preciso momento. Por poco los pilla... Era un riesgo al que se veían expuestos al hacer los servicios a domicilio.

Cuando llegó al negocio de Amelia, varios gigolós soltaron una carcajada al verle llegar con el mono de faena. Débora había llamado a Amelia para contarle lo sucedido y se había corrido la voz de que lo había pillado el marido de una de las clientas. Él les lanzó una mirada envenenada y las risas cesaron.

Unos días después, Amelia le invitó a su cumpleaños y aceptó ir para no enfadarla. Bebieron y comieron en exceso. La juerga se desmadró hasta tal punto que Víctor se despertó por la mañana con un horrible dolor de cabeza y

la mente nublada. Tenía una mujer desnuda sobre su pecho y un chico al lado con su brazo sobre él.

Se esforzó en recordar lo que había pasado, pero no lo veía nada claro. Acabó llegándole una visión que le hizo estremecer de arriba abajo. La chica se la estaba mamando mientras el otro chico la embestía con tanta fuerza por detrás, que ella tenía que ejercer presión contra sus caderas para no atragantarse con su miembro.

«¿Cómo me he podido prestar para esta orgía? No puedo seguir así... Bebiendo hasta el punto de no recordar nada...», pensó mientras su estómago se contaría y le embargaban las náuseas.

No iba a seguir con aquel juego. Aquella noche le hizo decidirse a decirle a Amelia que se había terminado.

Poco después se levantó con un profundo dolor de pecho que no le dejaba respirar. Pasaron unos días y, como no mejoraba, decidió ir al médico.

Le mandaron realizarse varias pruebas y análisis. Cuando le llamaron para darle los resultados, el doctor que lo atendió tenía el gesto contraído.

—Tiene una infección producida por la contaminación urbana —le explicó con seriedad.

—¿Es grave? —logró preguntar con un nudo en la garganta.

—La ciudad le está matando. El aire que se respira no es saludable y menos para usted. La mejor solución sería irse al campo. Si tiene la oportunidad de hacerlo, no lo dude.

Víctor negó con la cabeza, preocupado.

—No puedo marcharme de aquí... Mi trabajo, mi vida, todo está aquí.

—Como usted prefiera. Mi obligación como médico es explicarle lo que tiene y aconsejarle lo que es mejor para usted. Si prefiere la ciudad antes que la salud, usted mismo. —El médico le habló con desaprobación.

Se fue con una sensación de angustia.

A pesar de los medicamentos, su salud no mejoraba y, en contra de su voluntad, tomó una decisión.

Fue a ver a Amelia dispuesto a decirle que no podía seguir por más tiempo, pero ella se le adelantó, quitándole un peso de encima.

—Víctor, he pensado que voy a prescindir de ti —le dijo como si nada—. Ya no te necesito. Te libero de venir a mi lado, no me interesa tu compañía.

La rabia se apoderó de él por la forma tan fría con la que le había hablado, sin embargo, le dedicó una sonrisa fingida.

—Gracias por todo, es lo mejor que ha podido pasar —le dijo con

educación.

Amelia le miró extrañada.

—¡Chico, pensaba que te iba a sentar mal!

—¿Por qué iba a sentarme mal? Este trabajo no me gusta y no quiero seguir. Te deseo suerte con el negocio.

—Gracias, Víctor. Que te vaya bien. Y cuídate, tienes mala cara.

—Gracias, lo haré.

Salió sin mirar atrás y sin despedirse de nadie. Estaba enfadado y frustrado por culpa de la odiosa Amelia. Su vida se había ido al garete hacía mucho tiempo y ahora lo tiraba a la calle como algo inservible.

Había roto con Luci, la más tierna y dulce de todas las mujeres, por ella. Su enfermedad corroía sus pulmones y cada vez se encontraba peor. El único amigo que tenía era Marcos, el sobrino de sus vecinos, Pepe y Rosa, y se había marchado a vivir con un compañero.

Tenía que volver al pueblo con sus padres, no podía seguir allí. Tomó la decisión y no la demoró más.

Repartió toda la ropa cara que tenía entre Marcos y sus tíos y se despidió de ellos con mucha pena.

Durante el camino pensó en la vida que dejaba atrás y en la nueva que le esperaba en aquel pueblo alejado de todo. Regresaba a casa enfermo y humillado.

Sus padres se alegraron de volver a verle después de doce largos años. Su padre montó el taller para él, para que pudiera ganarse la vida, pero no dio el fruto esperado. Apenas había coches en aquel lugar. Lo único que arreglaba, y de forma esporádica, eran las máquinas agrícolas del pueblo.

En sus ratos libres, además de cultivar ciruelos y cuidar a los pocos animales que tenían, solía tenderse en la paja y soñar con Luci. Había perdido la esperanza de encontrarla y, por ello, luchó por borrarla de su mente.

XI

Víctor se debatía entre llamar a Érika para que censase con él, o no hacerlo. Tenía las manos apoyadas en la encimera y llevaba varios minutos en esa postura. Los recuerdos le habían abierto viejas heridas que deseaba olvidar.

Sacudió la cabeza, intentando alejarlos, y decidió ir a ver cómo estaba.

Se detuvo ante su puerta, con la duda haciendo mella en él.

—Érika... ¿Puedo entrar?

—Sí —respondió escueta.

La joven permanecía sentada en la cama, con la vista hacia el suelo y las manos sobre las rodillas. Se agachó frente a ella y la tomó de las manos.

—No puedo verte así... Necesito que me perdones. Me siento tan mal...

Érika le miró, pero no dijo nada. Víctor deslizó las manos por sus muslos, se levantó y se sentó a su lado. La rodeó por la cintura y la atrajo hacia sí, apretándola con fuerza. Le dio un beso en el cuello y ella se estremeció.

Víctor la hacía vibrar de una manera que no entendía. Su tacto la humedecía con rapidez. Si seguía besándola, se derretiría de nuevo y volvería a entregarse a él. Pero había algo que la quemaba y necesitaba saber.

—¿Por qué tienes tanta experiencia en el sexo?

Los besos pararon de golpe. Víctor la miró implorante.

—No me preguntes eso, por favor. Te prometo que no lo haré más.

Érika vio su arrepentimiento, pero no podía dejarlo pasar.

—No puedo olvidarlo sin más. Dime por qué te gustan esos juegos.

—No quiero hablar del pasado —suspiró.

—Aunque no te guste, necesito saberlo.

Víctor tomó aliento. No quería contarle la verdad... No podía. No podía decirle que había sido un simple capricho de Amelia, su fetiche; un perrito faldero y candidato a gigoló. Se iría de allí y no la volvería a ver, pero se merecía una explicación. Tenía que inventarse algo rápido.

—Cuando estaba en Madrid conocí a una chica. Empezamos a salir y... bueno... —Se encogió de hombros—. A ella le gustaba hacer el amor de forma especial. Le gustaba llevar a cabo fantasías sexuales.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Qué clase de fantasías?

Víctor carraspeó, incómodo.

—Solía vendarme los ojos. Teníamos muchos objetos para jugar comprados en sex shops. Puedes hacerte una idea... No hace falta que los

nombre uno a uno. —Ella negó con la cabeza—. Le gustaba que la atase y la acariciase con suavidad. Aumentaba el placer y las fantasías sexuales eran más satisfactorias.

Érika frunció el ceño.

—¿Por qué le gustaba todo eso? —preguntó sin entender—. Bueno, me da igual. A mí todo eso no me excita. De hecho, no me gusta nada. Me he dejado, pero no sé por qué lo he hecho...

Víctor acarició sus manos con ternura.

—Yo pensaba lo mismo, pero hay gente que lo necesita para alcanzar un grado superior de placer. Estos juegos eróticos intensifican el placer. Es otra forma de descubrir tu cuerpo y que las relaciones sean más excitantes.

Érika le miró con reproche.

—Tú no puedes vivir sin eso y lo has querido experimentar conmigo. Querías recordar aquella novia que tuviste —le acusó.

—¡No! ¡Te juro que no lo he hecho por eso! Mi relación terminó hace muchos años y no he vuelto a saber nada más de ella. Ni siquiera sé dónde vive y tampoco me interesa. Solo queríamos ser diferentes... Me gustaba que ella sintiese mucho placer, solo quería que tú también lo sintieras.

—No era necesario que lo hicieras conmigo. Al menos deberías habérmelo dicho y no me habría sentido tan utilizada... —dijo con la voz entrecortada.

—Lo sé y te pido perdón. No volverá a pasar, te lo juro. —Volvió a coger sus manos con ternura y la miró con intensidad—. Tenía tanta necesidad de ti que no lo pensé. Solo quería que fuese diferente, que sintieras mucho placer. Es la única forma de que yo me sienta bien, sabiendo que la mujer con la que estoy es feliz. ¿Me perdonas?

Érika suspiró sin dejar de mirarle.

—Sí —dijo al fin—. Son experiencias de tu pasado.

—Gracias.

Víctor exhaló el aire que había retenido por miedo a su reacción. Vio en sus ojos que ella también lo deseaba y, ahora, le demostraría que deseaba estar con ella sin juegos.

Empezó a darle pequeños besos por el cuello y la cara, volviéndola loca. Érika, sin poder aguantarse, se lanzó a sus brazos.

Se desató la pasión y la hoguera se prendió con fuerza, quemándolos. Hicieron el amor como si les fuera el alma en ello, como si la reconciliación hubiera llegado tras mucho tiempo de enfado. Se fundieron en aquel acto como los copos de las primeras nieves, que caen al cálido suelo, diluyéndose

en contacto con el calor. Se dejaron llevar como las flores movidas por el viento.

Sus suspiros se convirtieron en los susurros del silencio de la noche, que se alejan con la suave brisa de verano.

Sin sorpresas, sin miedos. Los dos desnudos, uno frente a otro. Solo con el deseo de amarse y perderse hasta la razón. Se entrelazaron en un deseo pasional que lo fue envolviendo todo con un placer sin límite.

Érika no necesitaba cerrar los ojos para sentir las caricias de Víctor sobre su piel. Le hizo el amor con ternura, haciéndola gozar con locura.

Abrazados, con los cuerpos sudorosos impregnados de pasión, se abandonaron en los brazos de Morfeo.



Víctor abrió los ojos con una agradable sensación. Érika dormía plácidamente de espaldas a él. Observó la curva de su cuerpo y los muslos marcados por la sabana, que caía por su cadera. Sus cabellos revueltos descansaban sobre la almohada. Se veía tranquila y relajada.

No quería moverse para no despertarla, pero su miembro tenía otros planes y se había levantado como un resorte, más grande aún, si es que eso era posible. Necesitaba perderse en ella, saborear la sal de su piel y morder su hendidura. Quería hacerla morir de placer, pues él mismo se moría por amarla.

«¿Qué me ha dado esta mujer que me tiene de esta manera?», pensó. Le vino a la mente la cena que había preparado y olvidado en la cocina, sin tapar, y sonrió al recordar la noche que habían pasado juntos.

Tenía el brazo entumecido y algo dolorido de tener la cabeza de Érika sobre él. Intentó sacarlo despacio para no despertarla, pero ella abrió los ojos al sentir el movimiento.

—Buenos días —le sonrió—. ¿Cómo has dormido?

Ella le devolvió la sonrisa.

—Muy bien, gracias. ¿Y tú?

—De maravilla. Me siento muy a gusto contigo, Érika. Demasiado. Voy a sentirlo mucho cuando tengas que marcharte. Me quedará muy solo sin ti. — Le acarició el rostro con ternura—. Cuando arregle tu coche y te alejes de mí... te voy a echar mucho de menos.

Ella besó el dorso de su mano.

—Yo también. No sé cómo lo voy a resistir. Me gusta mucho estar contigo, haces que me sienta diferente. Tu compañía es tan agradable...

La abrazó y se quedaron en silencio durante unos segundos, sintiéndose el uno al otro.

—Anoche dejé la cena hecha y no cenamos —comentó Víctor mientras le acariciaba el pelo.

—Bueno, así está listo el almuerzo de hoy —rio Érika.

Deslizó la mano por su piel hasta sus pechos sedosos. Los acarició con ternura. Llegó a su vientre y bajó hasta su feminidad. Sabía que ella estaba tan deseosa como él. Un polvo matutino sería genial.

Adentró un par de dedos en su cuerpo desnudo y excitado con suavidad. Acercó la boca; besó y lamió, provocando que Érika se estremeciera. Quería regalarle un buen orgasmo y que se sintiera dichosa. Jadeaba de placer cuando jugaba con la lengua en su interior, excitándola más y más; buscando y abriendo sus pliegues para llegar al ansiado clítoris.

Érika abría las piernas y le agarraba con fuerza del pelo mientras se retorció de placer para recibir aquel torrente de sensaciones que fue aumentando al ritmo de los lametazos de Víctor. Gritó envuelta en un éxtasis infinito cuando culminó y se quedó con los brazos extendidos, saciada. Pero él no había terminado aún. Reptó buscando sus labios y acariciando su cuerpo.

Ella se perdió en sus caricias y soltó un gemido que él atrapó con su boca. Se besaron con pasión y necesidad. Víctor deseaba consumir aquella pasión y se colocó encima, presionando con su exuberante erección los pliegues hinchados de Érika, que se abrían a su paso como una flor. Encajaron a la perfección.

—¡Ohhh, sí! —gimió cuando la penetró con lentitud hasta lo más hondo de su ser.

Comenzaron un baile de embestidas profundas. Érika le rodeó las caderas y se apretó contra él, exigiéndole más y más. Él apretó los dientes y empujó con más fuerza. Sus gritos de éxtasis resonaban en la habitación.

Víctor gruñó y aceleró el ritmo hasta que, juntos, alcanzaron el orgasmo. Se dejó caer sobre ella, agotado. Érika le acariciaba el cabello con ternura mientras su respiración agitada se volvía más lenta.

Se sentían satisfechos y felices uno en los brazos del otro.



Debido a una huelga de transporte, las piezas se retrasaron más de lo esperado; sin embargo, a ninguno le importó. Disfrutaron del tiempo juntos mientras su deseo y necesidad del otro se iban haciendo más fuertes con el pasar de los días. Vivieron una verdadera luna de miel. Hacían el amor a cualquier hora y su felicidad no tenía límites.

Un jueves por la mañana llamaron a Víctor para avisarle de que las piezas ya habían llegado. Fue al pueblo a por ellas y, cuando regresó, terminó de arreglar el coche.

—Lo he probado y funciona perfectamente. Vas a tener coche para mucho tiempo —informó a la joven, que estaba colocando los huevos que había ido a recoger del corral.

Le miró agradecida.

—¿Cuánto tengo que pagarte? Tendré que ir a algún cajero a sacar dinero —rió sonrojada.

—No voy a cobrarte nada.

Alzó las cejas sorprendida.

—Pero eso no es justo. Tú has comprado las piezas del coche —se quejó.

—No voy a cobrarte nada, Érika. Estamos en paz. Tú has trabajado en mi casa, que falta le hacía.

Negó con la cabeza.

—No, Víctor. Tienes que cobrarme. Debes hacerlo. No tienes tantos ingresos y, según me dijiste, ha sido una avería costosa.

Víctor se acercó y la tomó de las manos. Le dio un beso tierno.

—Por favor, no hablemos más de esto. ¿Sabes? —cambió de tema y puso un tono efusivo—. No voy a volver a dejar mi casa tan abandonada como la tenía. A partir de ahora, la voy a mantener más limpia. Cuando venda las ciruelas, haré algunos arreglos. Tú has hecho que me dé cuenta de que no se puede vivir como estaba viviendo, en medio de tanto desorden.

Érika asintió. Tenía razón y esperaba que lo hiciera.

—Solo me queda recoger mis cosas... para marcharme a Madrid.

—Puedes irte cuando quieras..., pero, si aún tienes vacaciones, podrías quedarte aquí. Te... Te necesito —confesó con la mirada baja.

Ella suspiró.

—No puedo quedarme, Víctor —dijo con tristeza—. Solo tenía dos semanas de vacaciones y tengo que incorporarme al trabajo dentro de unos días. Y quiero pasar algo de tiempo con mis amigas...

—Como quieras... ¿A qué hora piensas irte? —preguntó resignado.

—Puedo irme dentro de una hora, cuando lo tenga todo recogido.

—Quédate a comer conmigo.

—Me voy para no llegar muy tarde a Madrid. No puedo quedarme.

Terminó de dejar los huevos y se fue a la habitación. Víctor la observó en silencio y triste. No entendía por qué quería alejarse de él con tanta prisa.

Al cabo de un rato, Érika salió con la maleta y él se dio cuenta de que había permanecido todo el rato en la cocina, pensando en ella.

La ayudó a meter el bulto en el coche con un nudo en la garganta. Había llegado el momento de la despedida. La tomó por la cintura y besó sus labios como un loco, sabiendo que no volvería a verla más, pero con la esperanza de equivocarse.

Érika le devolvió el beso con el mismo frenesí, hasta que se separó de golpe, dejándole atónito y desesperado.

—Te quiero, Érika. Te quiero con toda mi alma —confesó en un susurro.

—Si tanto me quieres, pídemelo que me quede a tu lado.

Ella solo quería escuchar de su boca una palabra, solo una. Pero lo que salió, no era lo que esperaba.

—No puedo pedirte que te quedes en esta casa —dijo él tras un suspiro.

A Érika le pareció solo una excusa.

—¿Por qué no puedes? ¿Quién te lo impide? —inquirió sin comprender.

—Nadie, pero no puedo. No puedo permitir que tus tacones se llenen de barro.

Ella le miró con el ceño fruncido.

—No me importa que se llenen de barro.

Víctor cerró los ojos un momento.

—No puedo, Érika. No puedo...

—¿Tanto te cuesta pedirme que me quede a tu lado? —La tristeza estaba haciendo mella en ella.

—No me hagas esto... Sabes que no puedo ofrecerte nada.

—Pídemelo y yo me quedaré contigo para siempre —insistió una última vez, antes de dar todo por perdido.

—No tengo nada. Solo una casa vieja... No tengo dinero ni una vida como la que tienes en Madrid. Una vida como la que mereces.

—Te quiero, Víctor. No me importa la casa ni el dinero. Trabajaré en el campo si es necesario. No me importa mancharme de barro. Si es necesario, lo haré por ti.

Él negó con el alma encogida mientras ella le miraba con las lágrimas

amenazando con salir.

—No te puedo pedir que trabajes en el campo. Esto no es para una mujer de ciudad como tú. Sería un cambio muy duro para ti. Cuando llevases un año estarías muerta de aburrimiento y no soportarías una vida tan monótona como esta. Añorarías Madrid y te marcharías, dejándome solo.

—No me iría. Mis hijos, nuestros hijos, se criarían aquí y vivirán sanos, subiéndose a los ciruelos. Yo sería inmensamente feliz a tu lado...

—Lo siento, Érika. De verdad que sí. Pero no puedo ofrecerte esto. Compréndelo, mi amor.

—No soy tu amor —espetó con lágrimas en los ojos. La tristeza había dado paso a la rabia—. No soy nada para ti. Solo un objeto que has utilizado y del que puedes deshacerte sin remordimientos.

Sus palabras hirieron al muchacho, que contrajo el rostro. Ella no era un objeto para él, al contrario. Era una mujer que lo hacía vibrar cada vez que sus cuerpos deseosos se encontraban y se hacían uno solo. Ella era única para él, pero no dijo nada. Simplemente la miró en silencio y con el corazón encogido mientras se apartaba de él y se metía en el coche.

Se fue a toda velocidad, derrapando con las ruedas y sin mirar atrás.

Verla marchar fue como un mazazo. Se arrepintió de lo que había hecho y quiso llamarla, pero ya era tarde. Érika estaba demasiado lejos, ya había cruzado el puente.

Estaba furioso consigo mismo. ¿Cómo había sido tan necio al dejarla partir? Golpeó el suelo con rabia y, sin darse cuenta, le dio a una piedra suelta. Aulló de dolor. Se sentó en el suelo, se quitó el zapato y acarició su maltrecho dedo.

Era un dolor intenso, pero solo era físico. El más importante era el de su corazón, que le oprimía el pecho.

Se fue cojeando a su casa, al cuarto que había sido de Érika durante aquellos maravillosos días. La sábana estaba doblada encima de la cama y, sobre ella, había un papel. Lo cogió con los dedos temblorosos y los latidos a cien por hora. Érika le había dejado su dirección de Madrid anotada.

Salió de la habitación con el trozo de papel en la mano. La decisión era solo suya. Suspiró y se sentó en una silla, mirando en rededor. Érika había dejado todo limpio y bien ordenado.

Observó lo viejo y deteriorado que estaba todo y pensó que, si la venta de ciruelas era buena, gastaría una parte del dinero en reformar la casa. Empezaría por la cocina y el baño...

«Pero, ¿para quién?», pensó, sabiendo que había echado a la única mujer que había querido quedarse con él, sin importarle que le hubiera suplicado su amor como una mendiga. No la escuchó, a pesar de sus ruegos. Se maldijo por ser tan necio e insensato al pensar que una mujer de la capital no podría aceptar la vida en el campo, su casa, su amor...

Con las lágrimas a punto de derramarse de sus ojos, se ausentó de la realidad mirando un punto fijo.

El sonido de un claxon le devolvió al presente y salió de la casa corriendo, pensando que era Érika, que volvía para quedarse a su lado para siempre; sin embargo, al ver quién era el propietario del coche, se sintió decepcionado y con un vacío en el corazón. No era la visita que esperaba...

—Buenas, Víctor. Por tu expresión, parece que no te alegras de verme.

—¿Cómo puedes decir eso, Serafín? —preguntó fingiendo una sonrisa—. Si estaba desando que llegases... Es que estaba adormilado.

Serafín era un vecino que vivía al otro lado del río con su esposa y que había sido muy amigo de sus padres. Ya rondaba los cincuenta años y solía venir a ayudarle con los cultivos, ya que entendía mucho más que él.

—Venía a decirte que ya ha salido el precio de las ciruelas —le informó, bajándose del coche.

—¿A qué precio han salido este año? —preguntó interesado—. ¿Es bueno?

—¡Ajá! Estamos de suerte, Víctor. Podemos empezar a recogerlas y aprovechar este buen precio antes de que el mercado se sature.

—¡Estupendo! Puedo empezar esta misma tarde y para mañana tenerlas todas recolectadas.

—Muy bien, muchacho —le dio unos golpes amigables en la espalda—. Pues mañana por la tarde vengo a por ellas y las llevo con las mías. Puedes echarme una mano a cargarlas.

—Claro, sin problemas. Cargamos primero las mías y después vamos a tu casa.

—Bien, entonces. Mañana nos vemos. ¿Necesitas algo más? —preguntó con amabilidad.

Víctor negó.

—Tengo de todo y cajas suficientes para la recolecta.

—Venga, pues hasta mañana.

Serafín se subió al coche y arrancó el motor.

—¡Adiós! —se despidió Víctor mientras el automóvil se alejaba.

Suspiró aliviado. Eso era lo que necesitaba para olvidarse de Érika y su dolor: trabajo.

Fue al pajar donde guardaba las cajas. La recolección de ciruelas variaba según la variedad y el tipo. Víctor tenía dos sectores con dos variedades distintas. Una se recogía en agosto y las otras dos, que eran más tardías, se recolectaban más adelante.

Se centró en su trabajo y fue cogiendo las de piel morada y carne amarilla, que ya estaban maduras y listas. Apilaba las cajas en un lugar apartado del sol para que no se marchitaran.

Pasó toda la tarde embarcado en aquella labor y, cuando acabó, ya era noche cerrada.



Serafín llegó puntual a por las ciruelas.

—Buenas, Víctor. ¿Qué tal? ¿Has terminado? —preguntó nada más bajarse del coche e ir al encuentro del muchacho.

—Sí, está todo listo. Este año la cosecha no ha sido muy grande —se lamentó.

Serafín asintió con el rostro crispado.

—Y las blancas, ¿cómo las tienes este año?

—Los ciruelos están muy cargados. Parece que el tiempo les ha venido bien.

—Bueno, con esas sacarás más. Vamos a cargar la furgoneta y vamos a por las mías.

—Vamos. Manos a la obra para que no se haga tarde.

Víctor llevó a Serafín hasta las cajas apiladas. El hombre las examinó con ojo experto.

—¡Qué ciruelas tienes este año! —aprobó sonriente—. Son muy hermosas. Estas te las van a pagar como primera categoría.

El muchacho asintió orgulloso.

—Eso pensé yo ayer. Como había pocos frutos, han engordado mucho y están muy gruesas.

—Sí. Se ven muy sanas y limpias.

Empezaron a cargar las cajas y, cuando ya casi habían terminado, Serafín hizo un comentario que sorprendió a Víctor:

—Tú lo que necesitas es una hembra que cuide la casa y te dé compañía.

—¿Crees que alguna mujer querría vivir aquí? No puedo ofrecer nada salvo campo y una vieja casa... —contestó casi en un susurro y con la mirada perdida.

No le gustaba hablar de su vida, menos aún de sus intimidades.

—Claro que lo creo —confirmó Serafín convencido—. Cuando se quiere de verdad, no importa el lugar.

—No creí que fueras tan filósofo —rio el joven—. Nadie me va a querer, Serafín.

—Del pueblo está claro que no. Las mozas de tu edad ya se han casado o se han ido a la capital. No quedan chicas solteras de tu edad. Son muy jóvenes y tú ya tienes, por lo menos, cuarenta años.

Serafín soltó una carcajada.

—¡No te pases! —exclamó el joven entre risas.

—No debo haberme pasado por mucho.

—Tengo treinta y siete —confesó.

—Pues eso, casi cuarenta. Anda, dame la última caja que ya se te ha pasado el arroz.

Terminaron de cargar y cerraron las puertas de la furgoneta.

—Me adelanto a mi casa. Sígueme tú ahora —informó Serafín mientras se subía al coche.

—Vale.

Víctor fue a por el suyo, un Ford de los setenta. Había comprado un coche viejo para reformarlo él mismo. Lo había dejado tan bien que parecía nuevo.

Nada más llegar, la esposa de Serafín fue a saludarlo con cariño.

—¡Víctor! ¿Cómo estás, muchacho? ¡Qué alegría verte!

Le dio un abrazo efusivo y él sonrió.

—Bien, Marcela. Muchas gracias. A usted la veo muy bien...

Ella se encogió de hombros.

—No puedo quejarme. Estoy bien de salud y eso es lo más importante.

—¡Dejarse de cháchara y vamos a cargar ciruelas, que se hace de noche! —exclamó Serafín con un gruñido.

—¡Marido, no seas tan borde! —le reprendió Marcela—. Hace mucho que no veo a Víctor.

—Pues tan lejos no está, puedes hacerle una visita de vez en cuando.

—¡Serafín, hijo...! Qué pesadito te pones con tu exigencia.

—Por favor, no os peléis por mí. Dejadlo ya... —intervino el muchacho al ver hacia dónde estaba llevándoles el tono—. Venga, vamos a por las cajas.

—Eso está mejor —refunfuñó el hombre.

Marcela se metió en la casa para no oírle con el rostro contraído por el enfado.

Tardaron un rato en cargar todas las cajas y, cuando terminaron, la mujer salió con dos cervezas frías y un plato de aperitivos.

—Pero, ¿qué haces ahora con las cervezas, mujer? —preguntó el hombre ofuscado.

Ella resopló y las colocó en la mesa del porche.

—Después del trabajo no viene mal una cervecita.

—Pero, ¿no ves que se hace tarde? Tengo que llevarlas al mercado.

—Eres un renegón. Solo vais a tardar cinco minutos en beberlas.

Víctor no pudo reprimir la sonrisa al ver cómo el matrimonio discutía por cualquier cosa. Pasaban todo el día renegándose el uno al otro; sin embargo, se querían mucho.

Serafín se tomó la cerveza a regañadientes de un par de tragos y se fue en su furgoneta de camino al mercado. Víctor se entretuvo un poco más en terminarla.

—Víctor, necesitas una chica que te dé compañía. La soledad es muy mala y tú llevas demasiado tiempo solo —le dijo Marcela cuando se quedaron solos.

—¿Quién me va a querer? Nadie va a querer vivir donde yo vivo.

Pensó en Érika y sintió un dolor punzante en el corazón. Dio un sorbo a la cerveza para bajar el nudo que tenía en la garganta.

—¡No digas tonterías, muchacho! A cualquier mujer le gustaría vivir en tu campo. Eres muy bien parecido y cariñoso. No lo has pensado bien...

—Sí que lo he pensado. Y más de una vez. Lo que pasa es que no me atrevo a dar el paso... Temo que la mujer que se venga a vivir conmigo se aburra en un año y me deje. No quiero sufrir —confesó con voz queda.

—Deja ya ese miedo o nunca encontrarás a la mujer de tus sueños.

—Esa mujer no existe. Me voy, Marcela.

Quería alejarse de allí y de aquella conversación.

—Muy bien, muchacho. Cuídate y ven a visitarnos algún día.

Lo abrazó con fuerza.

—Lo tendré en cuenta. Quédese con Dios.

Marcela vio cómo se alejaba en su coche. Ella quería mucho a Víctor y deseaba de corazón que tuviese una esposa y la casa se llenase de vida con sus hijos. Pensó en su hijo Darío con tristeza. Le habría gustado tener más,

pero solo pudo tener uno y ahora estaba lejos de su lado. Se había enamorado en su último año de carrera de una hermosa joven de Estados Unidos. Esperó que ella terminase la universidad, ya que le quedaba un año más que a él, y se fueron a vivir juntos a las Américas. Al principio llamaba y escribía a menudo, pero con el tiempo el contacto fue a menos. Ahora solo hablaban una vez al año, en Navidad, y eso la apenaba profundamente. Tenía un nieto al que no conocía y no había vuelto a ver a su hijo.

No quiso seguir pensando en ellos para no ponerse a llorar. Recogió los restos del aperitivo y volvió a sus quehaceres.



Víctor aparcó el coche en el taller y se fue directo a la cocina. Se hizo una cena ligera y se sentó fuera a comer. Miró la parra con nostalgia, pensando en lo que a Érika le gustaba comer bajo ella. Recordó las veces que le había dicho lo a gusto que se sentía.

Cómo la echaba de menos. Solo había pasado un día y se preguntaba cuánto duraría el dolor, el amargo sabor de los recuerdos...

Dejó la mirada perdida en el vacío de la noche pensando en si podría olvidarla algún día. Sabía que eso no era posible. Nunca se olvidaría de ella, no importaba el tiempo que pasase.

Mucho tiempo después, aburrido y cansado, se fue a la cama con sus pensamientos aún puestos en ella. Acarició la sábana con su recuerdo fresco y su erección subió como la espuma.

Recordarla dolía y sus lágrimas salieron con amargura. Sintió la soledad de su alma hasta que, vencido por el dolor y el cansancio, se quedó dormido.

XII

Erika conducía a toda prisa para alejarse de aquella casa. Aquel lugar tan especial dónde había sido tan feliz...

Miró por última vez el espejo retrovisor y observó a Víctor dejándola marchar. Fue lo último que vio con claridad antes de que sus ojos se empañaran en lágrimas.

Una vez en la carretera principal, aminoró la marcha y viajó sin prisa, parándose en todas las áreas de servicio que encontró en su camino. No podía dejar de pensar en él y en lo maravillosas que habían sido sus vacaciones. En aquellos días entre ciruelos, con Víctor a su lado.

Su enamoramiento había sido una locura arrolladora. Él era un hombre de campo, pero con una delicadeza y comportamiento exquisito, y con tanta experiencia en la cama, que más de una vez la había hecho subir al cielo y más arriba. No comprendía cómo había sido tan cretino. ¿Por qué la había dejado marchar si tanto la quería? La echó de su lado sin contemplaciones. Sus palabras quedaron en eso, simples palabras que se había llevado el viento.

«¡Maldito Víctor! ¿Por qué has tenido que ser tan tierno conmigo? Tan guapo... Me has hecho deshacerme en tus brazos como un azucarillo y me has tirado», pensó en una gasolinera mientras miraba el refresco que se estaba tomando.

Se sentía mal y le dolía el corazón. No la creyó cuando le dijo que estaba dispuesta a quedarse con él.

Bebió un trago del frío y oscuro líquido que la mantendría despierta un rato más, antes de salir de allí. Siguió su viaje sin importarle la hora. Solo quería llegar a su casa.

Eran más de las once de la noche cuando el calor sofocante de agosto le dio la bienvenida a Madrid. El cielo anunciaba una tormenta no muy lejos de allí.

Llegó al portal desganada y triste, con un vacío oscuro en su alma. No se llenaría pronto y tampoco sabía cómo hacerlo.

Un trueno se escuchó a lo lejos y sintió un escalofrío. No le gustaban las tormentas y menos en aquella época, que solían ser eléctricas y ruidosas. Resonó otro más, aunque más fuerte, y pulsó con rapidez el botón del ascensor.

Abrió la puerta del piso con cuidado de no hacer demasiado ruido, ya que pensaba que sus amigas estarían durmiendo. Para su sorpresa, las encontró viendo una serie de televisión.

Al verla, Patricia y Mili se apresuraron a abrazarla.

—Vaya, Érika, que bien te han sentado las vacaciones, ¡estás guapísima! —exclamó Mili al tiempo que ponía una sonrisa pícar—. No hay duda de que has disfrutado de tu *macizorro musculote*.

Érika fingió una sonrisa sin saber si decirle la verdad o seguir con el bulo que les había contado.

—Sí... He disfrutado como una loca. La pena es que no habrá más encuentros.

—¿No te habrás enamorado? —inquirió Patricia al ver su expresión—. Érika, eso no se puede permitir...

La miró con los ojos entrecerrados, imaginando lo peor. Intuía que le había pasado algo profundo.

Érika asintió, aguantando la sonrisa.

—No he podido evitarlo. El chico es muy guapo y es un amante perfecto —confesó con un nudo en la garganta.

—Se te nota, querida. ¿Dónde estarán esos hombres? Por Madrid no solemos encontrarlos —rio Mili.

—¿Acaso Marco y Pedro no son buenos chicos? —preguntó Érika con la ceja arqueada.

—Lo son. La verdad es que, desde que los conocimos, hemos estado juntos... —Patricia se encogió de hombros.

—Pues sí, pero yo no quiero enamorarme ni comprometerme. Aunque Marcos es muy pesado con eso y no para de pedirme tener una relación.

—A mí no me importaría que Pedro fuese pesado y me pidiera una relación —dijo Patricia sonrojada—. Me gusta muchísimo y, si me lo pidiera, le diría que sí sin pensarlo.

—A Pedro le gustas mucho, Patricia. No lo dudes, no hay más que verlo cuando está contigo.

Se quedaron un momento en silencio y Érika decidió que lo mejor era irse a su cuarto.

—Bueno, chicas... Voy a deshacer la maleta y a hacerme la pizza que he comprado, que tengo hambre.

—Nosotras vamos a seguir con la serie —anunció Mili con un tono que parecía querer echarla del salón.

Érika asintió, tomando la indirecta, pero sin decir nada.

—Buen provecho con esa pizza, Érika. Después te vienes aquí con nosotras —intervino Patricia, nada de acuerdo con el tono de Mili.

Érika le dedicó una sonrisa y se fue al dormitorio con la maleta. Mientras la pizza se hacía, la vació y colocó sus cosas en su lugar. Cuando el horno sonó, anunciando que la cena estaba lista, fue a la cocina y se sentó a la mesa con la sabrosa pizza aromatizando la estancia.

Comió en silencio y con la mirada perdida. Sus pensamientos estaban muy lejos de allí, centrados en la pequeña y hogareña casita de campo de la que había disfrutado tanto. Recordó el preciso porche y las noches, sentada al fresco. Sonrió al pensar en sus aventuras entre los ciruelos y cómo la había amado aquel hombre; el único al que se había entregado sin miedo.

El dolor hizo mella en ella y apartó de su mente la imagen de Víctor besándola. Recogió los restos de la cena con el corazón encogido. Solo quería irse a dormir lo más pronto posible. Estaba cansada, muy cansada, y no solo del viaje.

No le apetecía nada quedarse viendo la televisión con las chicas, menos aún estar al lado de Mili, con sus modales e indirectas.

Se fue a su cuarto y se metió en la cama. Abrazó la almohada; la había echado de menos. También a su cama, aunque en la de Víctor había dormido de maravilla. Era antigua y los muelles resonaban de forma escandalosa, pero había dormido muy bien a su lado. Sonrió divertida, mordiéndose los labios para no soltar una carcajada.

Un trueno resonó a lo lejos, como si huyera de Madrid. Érika suspiró y cerró los ojos. No tardó mucho en quedarse dormida.



Érika pasó los días siguientes afligida y apática. Aún le quedaban algunos días de vacaciones, pero no tenía ganas de salir, por lo que se quedaba sola en casa y aprovechaba que sus amigas no estaban para esconderse en el baño y derramar más de una lágrima. Ni siquiera le apetecía hablar con ellas.

Ya no era la misma de antes de irse de vacaciones.

Una tarde, a solas con Patricia, se sinceró y le contó todo lo que su corazón guardaba con dolor.

—Érika, se te ve demasiado triste. No estás bien.

—No puedo evitar acordarme de él...

—¿Cómo te has podido enamorar de esa manera? Apenas lo conoces.
Érika se encogió de hombros y soltó un suspiro.

—No sé cómo ha sucedido. En mi corazón nació algo tan fuerte que ni yo misma lo pude reprimir o evitar. Lo único que sé es que le quiero mucho y no puedo sacarlo de mi corazón.

Patricia le dedicó una mirada cargada de comprensión.

—¿Cómo es él?

—Muy guapo... Es moreno y alto; tiene los ojos verdes y es unos años mayor que yo.

—Érika, tienes que intentar olvidarlo. Los recuerdos te pueden hacer mucho daño y no debes sufrir de esta manera.

Patricia opinaba que su amiga no se merecía pasar por todo ese sufrimiento porque aquel hombre no la había retenido. Ni siquiera la había llamado por teléfono. En el fondo de su corazón, estaba convencida de que él no la quería y solo la había usado para pasar el rato. Sin duda, era un chico de campo hambriento de sexo y aprovechó la ocasión de tener a una mujer hermosa como Érika para satisfacer sus necesidades.

—Tienes que olvidarlo —sentenció.

Érika negó con la cabeza.

—No puedo, Patricia. Está metido aquí dentro. —Se tocó el pecho a la altura del corazón—. Pero, como me has dicho, tengo que hacer lo posible para olvidar este mal sabor que estoy probando.

—Me da mucha pena, amiga. Nunca imaginé que te enamorarías de esta manera... Siento decirte que si no lo olvidas sufrirás mucho.

—Lo sé... —suspiró—. En mis planes no entraba enamorarme como una adolescente. Y lo peor es su desprecio... Duele mucho. Me dijo que no tenía nada que ofrecerme y ni siquiera me creyó cuando le dije que no necesitaba nada y que me quedaría con él. No quiso, Patricia. No quiso.

Érika lloró con más intensidad. Su amiga la abrazó con fuerza.

—Venga, no hablemos más de él. No llores más. Tienes que olvidarlo, salir a bailar y hacer todo lo que puedas para no pensar en él. Escucha música... Puedes ir a la academia y ver a Patrick. Baila con él, eso te gusta mucho y seguro que te distraes.

—De momento no me apetece salir. Necesito pensar y ver si se me va pasando este mal que tanto atormenta mi alma.

Patricia la miró compasiva. Intentó cambiar de tema para distraerla.

—Hablando de Patrick... ¿Quieres que te cuente una novedad?

—Claro, cuéntame —musitó extrañada, pensando que sería un cotilleo de Mili.

—Patrick se ha comprometido con Adriana.

—¿En serio?! —preguntó con los ojos abiertos por la sorpresa—. ¡No me digas! Yo lo sabía. Sabía que terminarían juntos. Ella se veía muy enamorada.

Patricia soltó una carcajada.

—Sin duda. ¡Adriana ya ha conseguido a su galán latino!

Érika sonrió, feliz por ellos.

—Me alegro, de verdad.

—¿Por qué no te animas? Dentro de unos días comienzan las clases. Ven conmigo... Haz un esfuerzo y me acompañas.

—No quiero... de verdad. No me apetece.

—Pues vente con nosotras este *finde*. Te pones a bailar en la pista hasta que el cuerpo aguante —insistió Patricia.

Negó con la cabeza.

—No me encuentro con ánimos, Patri. De verdad que no me apetece. No insistas más...

—En fin... —Patricia alzó las manos en señal de rendición—. Como quieras, no puedo obligarte.

Patricia cedió y respetó su decisión. Tenía que dejarla darse cuenta por ella misma que aquel hombre no quería nada con ella. Tenía que ser muy especial si había conseguido robar el duro corazón de Érika y hacer que se enamorase tan locamente.

«El tiempo será su mejor medicina», pensó.



Los días siguieron pasando y la actitud derrotista de Érika no mejoraba. Seguía sin querer salir a la calle, a pesar de los intentos de sus amigas de que las acompañara a tomar un café a alguna terraza, tal y como hacían antaño en la época estival.

Casi no salía de su habitación y no se sentaba con ellas a ver la tele. Apenas hablaba y Patricia estaba cada vez más preocupada.

Una noche de sábado, Patricia y Mili salieron con Marcos y Pedro. Ella no quiso acompañarlos y se quedó sola en casa. Últimamente salían fuera de Madrid. Aquella vez, Patricia y Pedro iban en la parte de atrás besándose.

—No empecéis ya con vuestras carantoñas —los amonestó Mili desde el asiento delantero—. Solo lo hacéis para ponerme los dientes largos.

—Ese es tu problema, Mili —replicó Pedro—. Yo quiero darle un beso a mi chica y se lo voy a dar. No me voy a reprimir solo porque tú estés aquí. No mires sino quieres.

—¡Eres un gilipollas! ¡Al menos espera a que lleguemos!

—Deja de decir bobadas, Mili. No vas a organizar tú mi vida...

—¡Vale ya! No empecemos de nuevo, que os conozco —intervino Patricia—. Vamos a tener la noche en paz, por Dios.

Llegaron al lugar elegido para cenar. Mili y Pedro iban con caras largas.

—¿Ha vuelto ya Érika de sus vacaciones? —preguntó Marcos una vez se hubieron sentado.

—Sí, pero no tiene ganas de salir —dijo Patricia, apenada por su amiga.

—La muy tonta se ha enamorado de un chico y ahora está triste —soltó Mili, sin poder aguantarse.

Patricia le lanzó una mirada de desaprobación.

—Pues por eso mismo no debería dejar de salir —comentó Marcos.

—De momento está desanimada y «guardando luto». Espero que poco a poco se vaya reanimando.

Patricia se sentía incómoda hablando de Érika porque Mili era una bocazas y tenía una lengua muy larga. Pensó que hablaría más de la cuenta y no se equivocó.

—Lo cierto es que no se debe enamorar de la gente que se encuentra en vacaciones. La muy ilusa pensaba que el chaval saldría tras ella.

—¿Por qué la llamas ilusa, Mili? —preguntó Marcos con el ceño fruncido—. A mí me gustaría que una chica se enamorase así de mí.

—Pero ir de vacaciones y enamorarte no es normal. Eso solo sirve para sufrir luego.

Marcos la miró serio.

—Hablando de esta manera, puedo cerciorarme de que no estás enamorada de mí, ni quieres comprometerte. Esto solo es un juego para ti.

—No... —Mili se puso roja—. No digas eso, Marcos.

—Dilo, Mili. ¿Me quieres, o solo soy un juego para ti?

Mili apartó la mirada. No sabía dónde se había metido e improvisó algo rápido.

—Lo que parece es que a ti quien te gusta es Érika —acusó.

Marcos negó y puso los ojos en blanco.

—No me gusta tu amiga, pero creo que es digna de admirar. Lo que hizo por Patrick Ortega no lo hace cualquiera. Solo alguien de buen corazón.

Patricia y Pedro observaban la conversación estupefactos y sabiendo que se avecinaban nubarrones por el horizonte. Aquello no iba a acabar bien, Mili se había metido en un callejón sin salida y Marcos quería llegar hasta el fondo.

—No me has contestado, Mili. ¿Qué soy para ti? —insistió.

—¡Qué empeño en saberlo! —Mili intentaba quitarle hierro al asunto.

—¡Quiero saberlo! Soy un juego para ti, ¿no es así?

—No eres un juego... Me siento bien contigo, pero no quiero seguir con esta conversación.

—Yo tampoco quiero seguir con esta conversación. Está claro lo que pasa aquí.

Marcos estaba disgustado y la miraba fijamente.

—Simplemente creo que no debemos hablar más de esto. Estás pensando demasiado y sacando las cosas de contexto.

El joven se levantó.

—¿Pues sabes qué te digo? —La apuntó con el dedo—. No voy a perder el tiempo contigo, Mili. No tengo por qué aguantarte más. No pienso volver a salir contigo.

—Marco, ¿a dónde vas? —le preguntó Pedro.

—Lo siento, Pedro. Me voy. Buscaos otro medio de transporte.

Salió de allí dando grandes zancadas y sin mirar atrás. Los demás le observaron perplejos.

—Pero, ¿¿qué mosca le ha picado al cretino este?! —exclamó Mili con rabia.

—No tienes por qué insultar a Marcos. No has sido clara con él —replicó Pedro.

—No tengo nada que decirle. No pienso permitir que un hombre me domine.

—Marcos no te estaba dominando. Quiere una relación seria contigo, Mili —le dijo Patricia, entristecida por lo que había ocurrido—. Es un chico formal y sincero.

—Pero si estamos bien como estamos... ¿Qué más quiere el idiota de Marcos!

—Quiere algo más contigo. Y haz el favor de no insultarle más. ¿Es que no te das cuenta de lo que siente por ti? —contestó Pedro en tono hosco.

Mili le dedicó una mirada asesina.

—Ya veo que todos conspiráis contra mí. ¡Me voy!

—Érika no está bien. Ni se te ocurra molestarla —advirtió Patricia, cansada de los arrebatos de Mili.

—Érika por aquí, Érika por allá... Érika tiene buen corazón... ¡Siempre ella! ¡Es la mejor, la más «chachi» de todas! ¡La comprensible, la que ayuda a la gente...! ¡Estoy harta! ¡Enamorarse es lo mejor que le ha podido pasar a la muy idiota!

Pedro la miró con antipatía.

—¿Por qué te sienta tan mal todo lo que hace ella? ¡Deja de decir bobadas!

—¡No me sienta mal! —contestó ofendida—. ¡Es la niña bonita para todos y Mili es la protestona! ¡Divertíos sin mí, me largo!

Antes de que pudiesen decir nada, Mili se alejó y cerró la puerta tras de sí.

Patricia lanzó un suspiro de hastío.

—Cada día está peor. No comprendo por qué está tan enrabiada.

—Mili no se aguanta ni a sí misma. Se queja por todo y solo quiere que la miren a ella. Si no es el centro de atención, se enfada.

—En fin... Si no te importa, dejemos de hablar de ella.

Pedro sonrió.

—Te iba a decir lo mismo. No merece la pena. Disfrutemos ahora que nos han dejado solos.

—Estamos sin coche... ¿qué hacemos? —preguntó preocupada.

—Podemos hacer todo lo que queramos. Somos libres —comentó con emoción.

Patricia soltó una carcajada.

—Al ser la primera vez, me siento rara.

—La verdad es que yo también. Podemos ir a bailar o, si te apetece... —Titubeó antes de continuar—: Ya sabes que el piso lo comparto con Marcos y tú con las chicas, pero podríamos ir a una pensión. Esta noche necesito de ti, Patricia...

—¿Estás seguro de que es lo que quieres?

—Estoy seguro de que quiero estar contigo. Quiero ser tu pareja. Llevamos varios meses saliendo todos y nunca podemos hacer nada salvo unos besos, quiero una relación más íntima, quiero hacerte el amor cada noche hasta no poder más...

—No sé, Pedro... —dudó—. No sé si será buena idea entregarnos así.

—Yo te quiero. No te lo he dicho antes porque siempre estamos todos,

pero hoy es nuestra primera noche juntos. La noche perfecta para entrar en ti y no salir hasta la madrugada. Es nuestro comienzo como pareja —dijo solemne.

—Yo también te quiero —dijo Patricia.

Se lamió los labios, saboreando lo que estaba por llegar.

—Pero tengo miedo...

—¿No tendrás miedo de mí? —preguntó Pedro con voz pícaro—. ¿Por qué, mi amor?

—No lo sé...

Pedro la tomó de las manos con ternura.

—Vámonos. No perdamos más el tiempo. Necesito estar contigo, tenerte entre mis brazos... Quiero dormir contigo y echarte un polvo que dure hasta el amanecer. Mañana es domingo y podemos disfrutar de la cama hasta que tengamos que dejar la habitación.

Se besaron con pasión. Pedro tenía una erección brutal y necesitaba apagar su fuego dentro de ella. La deseaba tanto y estaba tan enamorado de ella... Esa noche tenía la oportunidad de demostrárselo, de estar con ella por primera vez.

La tomó entre sus brazos y la estrechó contra él.

—Te quiero mi amor. Te protegeré siempre —le susurró al oído, emocionado.

—A tu lado me siento protegida. Quiero estar contigo para demostrarte que te quiero.

Patricia se sentía diferente con Pedro. Tenía incluso pudor y no lo comprendía. Ella que se acostaba en vacaciones con el primero que pillaba...

Salieron abrazados y pidieron un taxi. Pedro conocía un hotel al que iban muchas parejas a pasar la noche. No era muy lujoso, solo de dos estrellas, pero estaba muy bien y era muy discreto.

Durante el trayecto, el corazón de Patricia latía con fuerza ante la expectación mientras Pedro la miraba con ternura.

Cuando llegaron al hotel, se miraron a los ojos, brillantes de deseo.

Poco a poco, Pedro fue acariciándole con suavidad mientras la iba desnudando, sin prisa; dejando que ella se sintiese cómoda y confiase en él. Reteniendo la pasión y el deseo irrefrenable que los embargaba.

La tendió sobre la cama, deseoso de entrar en ella y amarla. Necesitaba apagar su fuego y no tardó mucho en hacerlo.

Patricia pensó que todo había sido una ilusión pasajera y que solo le

importaba su propio orgasmo. «Al menos la ha sacado antes de tiempo, que con la emoción no se ha puesto ni preservativo», pensó con los ojos en blanco.

Se había quedado con la miel en los labios y eso no le gustó. No soportaba que la dejaran a medias. Ella en la cama exigía ser satisfecha; sin embargo, no dijo nada porque Pedro la sorprendió en aquel momento al ponerse a explorar su cuerpo. Buscó dónde y cómo darle más placer.

Se quedó desconcertada, y con una sonrisa en los labios, cuando él se adentró en sus nalgas y le arrancó un suspiro.

Pedro jugó con su lengua haciéndola jadear hasta que llegó al orgasmo. La frustración anterior y las prisas fueron olvidadas. Disfrutaron de manera exquisita, sin prisa. La llevó más de una vez a la luna y pudo tocar las estrellas en un éxtasis de fantasía que entró en su alma. Se detenía y se deleitaba con cada recodo de su piel. Lamía sus pezones, haciéndola vibrar en cada caricia, en cada orgasmo.

Pedro se puso el preservativo antes de volver a entrar en ella, algo que agradeció, ya que no le gustaba arriesgarse tanto. Se enredaron el uno en el otro, abrazados, saboreando cada instante de placer. Se amaron una y otra vez, como si el tiempo no existiera, solo ellos. Aquel acto se convirtió en un cántico al amor que sentían.

XIII

Desde que había regresado de las vacaciones, Érika seguía esperando una noticia que no llegaba. Le había dejado su dirección, aun así, ni siquiera le había mandado una carta.

Estaba destrozada. Víctor no quería saber nada de ella, pero ella se moría por él. Tenía que callar aquel amor que la quemaba. De una u otra manera, debía ser fuerte y olvidar a ese hombre que tanto dolor le provocaba. Al recordar sus caricias se le encendía la piel. Su alma lo llamaba desesperada y su cuerpo lo deseaba con fervor. Pero había sido un cretino al despreciarla de aquella manera, con esos pensamientos de otro tiempo. Pareciera que vivieses en otra época.

Érika pensaba que, cualquier mujer, lo único que necesitaba era a un hombre que la quisiera y respetase, no uno que le ofreciese un porvenir asegurado, dinero o lujo. Pero, ¿cómo hacer comprender eso a Víctor? Ella solo quería su amor y aquel campo de ciruelos. Con eso sería muy feliz.

Intentó alejarlo de sus pensamientos. Aquel día regresaba por fin a trabajar y esperaba poder olvidarse de él y distraerse.

Cuando llegó a la empresa, se sorprendió al ver a un chico joven, de unos treinta años, alto, rubio y de ojos gris claro. Era muy atractivo y presumía de cuerpo. Un *yogurín* llamado Leandro Mejías. Pero a ella no le dio buenas vibraciones.

Cada vez que la veía se acercaba a ella y entablaba conversación de forma extraña. Parecía que la vigilaba.

—Hola, Érika. ¿Qué haces? —le preguntó a la hora del almuerzo.

—Tomando un bocadillo —respondió algo seca—. ¿Y tú?

—Lo mismo. Te he visto aquí... ¿Me puedo sentar contigo? Si no te molesto, claro.

Érika se encogió de hombros.

—Por supuesto. La silla está libre, no me molesta.

—¿Dónde vives?

—En San Blas-Canillejas, con dos amigas —le dijo escueta.

—Vaya... Yo vivo cerca del trabajo.

—Me alegro por ti.

Érika sabía que estaba siendo antipática, pero no le gustaba nada aquel chico y, mucho menos, que quisiera saber tantas cosas de ella en cada

conversación. Estaba continuamente al acecho, preguntándole todo acerca de su vida. No conseguía quitárselo de encima.

«Es como una mosca cojonera», pensó molesta.



Las semanas fueron pasando y a Érika se le hizo la vida pura monotonía. Desde que Mili se había enfadado con Marcos, el grupo se había roto. Patricia quedaba los sábados con Pedro y algún viernes se iba con Mili, pero Érika ya nunca las acompañaba. Aunque Mili salía muchas veces sola — cuando Patricia estaba con Pedro— nunca le decía que la acompañase; algo que agradecía, ya que no quería ir con ella.

Estaba más sola que nunca, pero no tenía ganas de salir. Ni siquiera le apetecía ir a las discotecas de salsa.

Leandro se había convertido en un pelmazo que la perturbaba y molestaba en el trabajo. Un día que estaban almorzando en la misma mesa, le hizo una proposición íntima que la dejó helada.

—Érika... Tú estás sola y yo también. Podríamos salir juntos.

Le miró con el ceño fruncido.

—Lo siento, pero no me encuentro bien para salir. No me apetece y, además, ya tengo a mis amigas para eso —contestó haciéndose la tonta.

—Yo no soy una amiga, soy un hombre —insistió—. Me gustas. Soy una fiera en la cama, seguro que disfrutarías conmigo.

—Mira, Leandro, no me apetece salir con ningún hombre.

El joven no se rindió y la miró a los ojos. Veía en Érika que una chica débil.

—He notado que estás así porque hay algún hombre en tu mente.

—Eso a ti no te incumbe —soltó molesta.

—Te quedas ausente en el trabajo.

El joven estaba entrando en un terreno pantanoso.

—¿Qué es lo que pretendes, Leandro?

Alzó las manos, se las pasó por el cabello y sonrió.

—Solo quiero salir contigo una noche. ¿Por qué no vamos a cenar?

Érika resopló cansada.

—No insistas, no me apetece salir y punto.

—Yo no admito un no por respuesta. —El tono de Leandro se había vuelto amenazante.

—Leandro, por favor. Déjame en paz. O qué, ¿me vas a obligar?

—No, pero si te acuestas conmigo no le diré nada al jefe.

—¿Qué tienes tú que decirle al jefe de mí? ¿Qué es lo que pretendes, ponerlo en mi contra? —inquirió Érika enfadada.

—Sí, le diré que no rindes en el trabajo. Que estás distraída —dijo con una sonrisa triunfal.

«Pero, ¿quién se cree este maldito bastardo? Chantajearme a mí para llevarme a la cama», pensó con la rabia inundándola. El muy descarado y cobarde... Qué bajo caían algunos hombres.

Tomó una bocanada de aire para calmarse un poco y le lanzó una mirada de advertencia cargada de odio.

—Si te crees que porque me amenaces me voy a acostar contigo, estás muy equivocado —replicó apuntándole con el dedo—. No me iría a la cama contigo por nada del mundo. Eres un miserable y un oportunista de mierda. Con amenazas... ¿Es que no sabes conquistar a una mujer de otra manera?

El rostro del joven mostraba una expresión de enfado.

—Eso es lo que he querido hacer contigo, pero no me has dado la oportunidad. Te lo advierto, muñeca. O te acuestas conmigo o te hago la vida imposible en el trabajo.

Érika sintió asco.

—Empieza ya entonces. Eres despreciable... Metete esto en la cabeza, chaval: ¡no me voy a acostar contigo! Ya puedes chantajearme todo lo que quieras. Pero que sepas una cosa. No pienso irme de la empresa, hagas lo que hagas. Tendrán que despedirme y, si crees que lo vas a conseguir, estás muy equivocado.

—Tú te lo pierdes, princesa.

—No me pierdo nada. No mereces la pena, tío. No estás a mi altura. ¿Es que no sabes acostarte con una tía sin hacer esto?

—No sabes nada de mí. No tienes ni idea de lo que hago con una mujer en la cama. La vuelvo loca de placer. —Le lanzó una mirada lasciva.

—Me extraña que seas capaz de dar placer con lo egoísta que eres.

—Vamos, preciosa —cambió el tono y se puso meloso—, conmigo tendrás todas las noches, mientras que con ese hombre de tus sueños no puedes hacer nada. Yo te haría todo. Metería mis dedos entre tus piernas y arrancaría tus gemidos. Gritarías de placer, «oh sí», gritarías y luego te follaría una y otra vez. Me quedaría a gusto... Estás tan buena que solo de pensarlo mi polla se alegra dentro de mis pantalones. Vibra por ese trasero respingón que tienes.

Se agarró el paquete y la miró mordiéndose el labio. Érika puso cara de asco.

—Tienes una boca muy asquerosa, ¡lárgate de mi lado!

—Como quieras, pero te vas a arrepentir por despreciarme. Te lo aseguro. Te vas a perder un macho que te monte cada noche y que te eche un buen polvo.

—¡Déjame en paz y no te acerques a mí! No me dirijas la palabra y lávate esa boca con jabón. No me muero por un tío ni estoy tan desesperada para tirarme a un enfermo como tú. ¡Eres una rata callejera!

—Adiós, preciosa. Apáñate con tu dedo, ya que no tienes otra cosa.

Lo vio alejarse con repugnancia. La comida se le había atragantado, sentía el estómago revuelto y tenía ganas de vomitar. Sabía que aquel miserable no traería nada bueno.



Unas semanas después, el jefe la llamó al despacho.

—Buenas tardes, señor. ¿Me ha llamado? —titubeó al abrir la puerta.

El hombre, de unos cuarenta años, moreno y de mirada profunda, tenía el rostro serio.

—Siéntese, señorita Gerig.

Obedeció con miedo. Recordó el día que empezó a trabajar en aquella empresa y cómo se había enamorado de él cual niña pequeña. Más de una vez había protagonizado sus tórridos sueños, aunque su enamoramiento no le había durado mucho. Cuando vio a su esposa, una impresionante mujer rubia, de cuerpo perfecto y elegante como ella sola, todo volvió a la normalidad.

—He notado que su rendimiento ha bajado mucho y no puedo tener a una persona que trabaje a medio gas —le dijo con tono formal—. Me parece que no trabaja a buen ritmo, señorita Gerig.

Érika había sospechado que no iba a ser una conversación agradable. Se temía un despido.

—Hago todo el trabajo que se me da. No sé por qué tiene usted queja de mí.

—Se pasa mucho tiempo sumida en sus pensamientos. Se lo he notado más de una vez. Si no vuelve a ser tan productiva como antes y cambia esta actitud, tendré que despedirla. Tómese esto como una segunda oportunidad. Puede retirarse.

Erika asintió con un nudo en la garganta.

—Gracias, señor —consiguió articular.

Salió del despacho con el corazón encogido y la amenaza del despido sobre su cabeza. Estaba cansada de trabajar. Era la primera vez que se sentía con el ánimo tan bajo, pero tenía que espabilar y reaccionar si no quería tener que volver a su pueblo y vivir con su padre, que le haría la vida imposible.

Llegó a casa seria y triste. Patricia la detuvo en el salón antes de que llegase al dormitorio.

—¿Qué ocurre, Érika? No tienes buena cara, ¿otra vez Víctor? —la increpó.

—No, no es por Víctor. Es que no me encuentro bien y estoy muy cansada. Además, en el trabajo las cosas no marchan como deberían.

Patricia arrugó el rostro. La llevó hasta el sofá y la instó a que se sentara.

—A ver, cuéntame, ¿qué pasa en el trabajo?

Érika suspiró. No se lo había contado antes, pero quizás si lo hacía se sintiera mejor.

—Cuando volví al trabajo, después de las vacaciones, habían contratado a un empleado nuevo. No me gustó y no me equivoqué. Le ha dado por hacerme la vida imposible.

—¿Por qué no hablas con tu jefe? —preguntó Patricia con el ceño fruncido —. No puede permitir que un empleado se porte así; y menos que abuse de ti.

—Ya, pero es que encima le habla mal de mí a mis espaldas.

—¡No me lo puedo creer, Érika! Con lo buena que eres tú, que no le harías daño a nadie... ¿Cómo puede ese cretino hacerte eso?

—Y no es solo eso...

—¿Hay más?! —exclamó Patricia llena de rabia.

Érika asintió.

—También me hace chantaje para que me acueste con él —confesó en un susurro.

—¡Será miserable! ¿Cómo le puedes permitir eso?

El rostro de Patricia se había vuelto rojo.

—No se lo he permitido. Como le dije que no pensaba hacerlo, se está encargando de poner al jefe contra mí.

—¿Y tú jefe le hace caso a ese tipejo?

—Por lo visto, sí... —contestó resignada.

—Es increíble que en estos tiempos haya personas tan miserables... ¿Ha intentado propasarse contigo?

Érika negó.

—Pero tiene la boca muy sucia. Me contó sus apetitos en la cama y sus dotes de macho. Según él, deja satisfechas a todas las mujeres. ¡Habría que ver al muy canalla!

Patricia puso cara de asco.

—Qué bajo caen algunas personas. Ten cuidado con él, Érika. Ese tío es malo y, si puede, te hará daño —auguró.

—Lo sé. Se ha propuesto convertirse en mi pesadilla. No pudo fiarme de él, pero no sé qué hacer; salvo aguantar por el momento.

—Vente, vamos a la cocina y te hago un té, creo que lo necesitas. Qué mala suerte encontrarnos gente así en la vida... —La tomó de la mano y la ayudó a levantarse.

—Gracias, Patricia. Muchas gracias por escucharme. ¿Sabes? Me encanta hablar contigo. Siempre puedo desahogarme porque me entiendes y me ayudas a ver los problemas desde otro punto de vista.

Patricia preparó el té, pensativa, y cuando estuvo listo se lo tendió a Érika.

—Lo que debes hacer es intentar no distraerte. Haz tu trabajo lo mejor que puedas para que tu jefe no tenga queja de ti.

—Pues sí, tengo que intentarlo. Pero, de verdad, Patricia, yo todo el trabajo que me toca lo termino.

—Si todo el trabajo lo haces bien, solo es cuestión de cambiar de actitud.

Érika se tomó el té en silencio. Cuando terminó, volvió a darle las gracias a Patricia, se fue a su cuarto y se sentó en la cama. Se sentía impotente al no encontrar salida a su sufrimiento. Solo quería que aquel otoño interminable pasase ya.

Se tendió y fijó la vista en el techo. Su mente la llevó al campo de ciruelos. Recordó aquel rincón de árboles y la casa vieja; el canto de los pájaros y su vuelo hipnótico. Le llegó la imagen de Víctor y sus ojos se llenaron de lágrimas. ¿Por qué había tenido que entrar en su corazón y provocarle tanto dolor?

Las lágrimas recorrieron su rostro y alcanzaron su cuello, enfriándose sobre su piel. Las limpió con la manga, se dio la vuelta sobre sí misma y allí, sobre su almohada, apagó sus sollozos hasta que el cansancio la venció.

Aquella noche tuvo un mal sueño. Se veía caminado por un bosque tenebroso, consumido por la niebla, y algo venía tras ella. No podía verlo, pero sentía el peligro y el miedo crecía en su interior. Echó a correr en un intento de huir. Corría y corría entre los árboles mientras las ramas la

golpeaban en la cara. El pánico no la dejaba detenerse, tenía que salvarse. Los pies le dolían —iba descalza— y le costaba horrores correr con el vestido largo y vaporoso que llevaba. Decidió recogerlo en una mano, pero tropezó y cayó por un terraplén. Cuando quiso levantarse, una gran sombra, negra y oscura, se apoderó de ella y la negrura invadió sus ojos.

Se despertó de un golpe y se sentó en la cama con el corazón acelerado. Permaneció quieta hasta que volvió a latirle a un ritmo normal. Agarró el vaso de agua que tenía en la mesita. Bebió un buen trago y aspiró varias bocanadas de aire, aliviada.

Nunca había tenido un sueño tan horrible y desesperado como aquel. ¿Qué era aquello que la perseguía?

A pesar de ser otoño el sudor bañaba su piel. Fue calmándose poco a poco, aunque no podía deshacerse de la horrible sensación. Aún sentía el dolor en los pies...

Se levantó y fue a refrescarse al cuarto de baño. Cuando consiguió calmarse, se acostó de nuevo e intentó dormir las pocas horas que faltaban hasta que el reloj anunciara que tenía que ir trabajar.

El sonido del despertador la sacó de su profundo sueño a regañadientes.

«¡Maldito día!»

Aún faltaban unos días para que llegase el fin de semana y pudiera descansar.

Érika oyó a las chicas hablar desde su dormitorio mientras se vestían para ir a trabajar.

—Mili, ¿por qué no le pides a Érika que salga contigo?

—No me apetece salir con ella. —Hizo un ademán—. Solo iríamos a bailar esa dichosa bachata y tú sabes que no me gusta. Antes siempre la complacíamos, pero eso se acabó. Tú estás con Pedro y yo salgo a mi aire.

—Llevamos muchos años juntas. No me parece justo que no la quieras ni un poquito.

—Patricia, yo la quiero a mi manera. Sabes que tenemos gustos muy diferentes. Tú y yo siempre nos hemos llevado bien, pero a Érika no la soporto. ¡Me pone nerviosa!

—¿Y por qué no intentas llevarte bien con ella? Solo hay que poner un poco de voluntad y todo se consigue.

—¡Déjalo ya! No sé por qué tienes que salir sola con Pedro.

—Y tú, ¿por qué tuviste que pelearte con Marcos? Era un buen chico.

—No quiero hablar más de ese tema.

Mili terminó de vestirse con el rostro crispado.

—Nunca hemos hablado de lo que pasó con Marcos. ¿Por qué no quisiste salir con él?

—Lo sabes muy bien... No era un tipo para mí, se quería comprometer.

—¿Qué hay de malo en ser pareja formal? Marcos te quería, Mili.

Mili cogió su bolso.

—Por favor, Patricia, se me hace tarde para irme al trabajo —dijo mientras salía por la puerta.

—De acuerdo, no volveré hablar más de este tema —aceptó Patricia soltando un suspiro.

Mili no quería seguir con aquella conversación y cortó por lo sano. Se fue al servicio, lavó su rostro y se peinó con una expresión de disgusto. Estaba nerviosa por lo que le había dicho Patricia y, además, no estaba dispuesta a salir con Érika. No pensaba pedirle a Marcos que saliera con ella de nuevo, jamás se rebajaría. Aquello había terminado para siempre, aunque recordaba a menudo lo bien que lo pasaban juntos.

Suspiró.

Cada una se fue a trabajar por su lado.

XIV

Érika salió del trabajo y decidió regresar a casa dando un paseo. Ya estaban en diciembre y las vacaciones de Navidad acechaban a la vuelta de la esquina. Ese año no estaba de humor para ir a casa de sus padres.

El teléfono sonó con la melodía que tenía puesta para su madre.

«Muy oportuna, mamá», pensó mientras descolgaba, ideando de qué forma le diría que pasarían las navidades sin ella.

—Hola, mamá.

—Hola, Érika. ¿Cómo estás, cariño?

—Bien, mamá —mintió para no preocuparla.

—Te he llamado porque faltan tres semanas para Navidad, que no se te olvide el regalo de tu padre.

Érika puso los ojos en blanco.

—Mama, cada año pasa lo mismo. Le compro el regalo y luego me lo desprecia. Y mis hermanos igual.

—Ya sabes cómo son... —intentó disculparlos—. Pero, en el fondo, les gusta que les traigas regalos. ¿Sabes qué te digo? Puedes traerles otra cosa este año.

—No, mamá. —Tomó aire y soltó lo que pensaba—: Olvídate de los regalos porque este año no voy a ir. Me quedo en Madrid.

Se oyó un suspiro al otro lado del auricular.

—No será cierto, hija... ¿Cómo no vas a venir? No puedes hacerme esto, Érika. Llevas muchos meses sin venir. Quiero verte.

—Lo siento, mamá, pero no voy a ir. Te pongas como te pongas.

—¿Hay un hombre en tu vida? ¿Por ese motivo no quieres venir?

Arrugó el rostro al oír aquello.

—No... No hay ningún hombre en mi vida —dijo con tono resignado.

—¡Sí que lo hay! No puedes ocultármelo. Te conozco muy bien, Érika. Te lo noto en la voz. ¿Es que no estás a gusto con él? ¿No te corresponde? Cuéntamelo.

—Mamá... De verdad, no quiero hablar de eso ahora. Y menos por teléfono.

—¿Por qué no me lo cuentas, hija? —La voz de su madre sonaba preocupada.

—¿Para qué, mamá? Qué quieres que te diga... No me quiere a su lado.

Érika reprimió un suspiro de tristeza.

—¿Te lo ha dicho así, de esa manera?

—No exactamente. Me dijo que él no me podía ofrecer nada, solo un campo de ciruelos y una casa vieja; y que me merecía algo mejor.

—Pero, hija, cuando un hombre le habla así a una mujer es porque la quiere de verdad. Se sacrifica para que tenga una vida mejor que la que le puede ofrecer. Te quiere mucho, Érika —sentenció convencida—. Aunque tendrás que ser tú la que le demuestre que no te importa su vieja casa ni su campo. Tendrás que hacerle entender que solo a su lado serás feliz.

—¿Está segura de eso, mamá? —preguntó con la esperanza invadiendo su corazón.

—Segurísima, hija. Si no lo estuviera, no te lo diría.

—Gracias, mamá... Voy a ir a verlo —afirmó con emoción contenida.

—Espera, hija. No vayas hasta después de Navidad. Por favor te lo pido... —suplicó con tono triste.

—Hablaremos en otro momento —la cortó, dejándola con la palabra en la boca.

Se quedó mirando el teléfono un segundo y luego lo guardó en el bolso con una sonrisa en el rostro. Su madre había conseguido que se sintiera eufórica con lo que le había dicho.

Ensimismada, miró el semáforo, que aún estaba en verde para ella, y cruzó la calle.

En ese momento, se escuchó un golpe muy fuerte, seguido de los gritos de los viandantes. Un coche derrapó antes de salir de allí a toda velocidad, dándose a la fuga. La joven quedó tendida en el suelo, envuelta en el manto de la muerte. La sangre la iba cubriendo con rapidez.

Algunas personas corrieron a socorrerla mientras otras pedían ayuda por teléfono. En pocos minutos, la ambulancia llegó al lugar. Nadie se había atrevido a tocarla. Se limitaban a hacer señales al resto de conductores para que aminorasen la velocidad.

Los sanitarios comprobaron el estado de Érika y atendieron sus heridas superficiales. Antes de subirla a la camilla, le colocaron un collarín y le pusieron una vía con suero. La inmovilizaron por temor a posibles heridas internas y la subieron a la ambulancia.

El aullido de la sirena anunciaba un mal presagio. Las personas que habían visto el suceso pensaron que la chica no viviría. Muchos de ellos declararon ante la guardia civil, que había llegado casi al mismo tiempo que la

ambulancia, y describieron el coche, pero nadie recordaba la matrícula.

La gente fue abandonando el lugar con el corazón sobrecogido, mientras los policías revisaban el perímetro en busca de cámaras de vigilancia. También recogieron las pertenencias de la accidentada y buscaron en su teléfono móvil a quién avisar.

Una hora después, Patricia llegó al hospital muy nerviosa. Preguntó en recepción por Érika.

—La señorita Gerig está muy grave. La están operando a vida o muerte. Espere en esa sala y la avisaremos en cuanto sepamos algo. Lo siento, tengo que dejarla... —le dijo la enfermera antes de irse con rapidez.

Patricia no sabía qué hacer. Se sentó en una de las incómodas sillas de plástico de la sala de espera y sacó el móvil. Con dedos temblorosos y un nudo en la garganta, avisó a todos sus amigos, que fueron llegando en poco tiempo.

Patrick Ortega fue el primero en llegar. Tenía la preocupación pintada en el rostro. Nada más verlo, Patricia se abrazó a él, llorando.

—¿Cómo está? ¿Es grave? —preguntó angustiado.

—Muy grave —lloró—. Se muere, Patrick.

Los ojos del muchacho se anegaron.

—No digas eso... Debemos tener fe. Ella es fuerte y no puede morir —dijo con una seguridad que no sentía.

Poco después llegaron Belinda y Adriana. Se veían afligidas.

—¿Sabéis algo de ella? —preguntó Belinda.

—No, sigue en quirófano...

Patricia sorbió y Belinda le dio un abrazo.

—¿Cómo ha sido, Patricia? —Adriana dio un apretón cariñoso a Patrick.

—La ha atropellado un coche. Está muy mal. Puede morir...

—No puedo creer que nuestra Érika esté tan grave —lloró Belinda, abrazada a Patricia.

—¿Has llamado a su familia? Érika tiene familia, ¿no?

Los ojos de Patricia se abrieron de par en par.

—¡Dios mío, aún no les he avisado! Voy a hacerlo ahora mismo. Creo que tengo el número de su madre.

Buscó en sus contactos hasta dar con él y se alejó del grupo. Respiró hondo varias veces para calmarse un poco y marcó el número. Mientras los tonos sonaban, sus nervios aumentaban. Estaba temblando, no sabía cómo iba a reaccionar cuando se enterase de la gravedad de su hija. No estaba

acostumbrada a dar malas noticias y no sabía cómo podría suavizar el dolor.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para decírselo con delicadeza y no provocarle un ataque de nervios.

Colgó acercándose al grupo al tiempo que llegaba Mili.

—Patricia, ¿cómo esta Érika?

—Muy mal. Está en el quirófano. Aún no nos han dicho nada.

—No puedo creerlo... Pobre Érika.

—Sí, ha tenido mala suerte.

Se sentaron a esperar. Las horas pasaban lentas y la desazón hacía mella en ellos. Estaban impacientes por saber el estado de su amiga.

—¿Familia de Érika Gerig! —anunció por fin un sanitario a las tres de la mañana.

Todos se levantaron como un resorte al escucharlo. Se acercaron a él con el corazón encogido. El médico los observó unos instantes.

—¿Sus padres están aquí?

Patricia negó.

—Aún no han llegado, pero somos sus amigos.

El hombre asintió con el rostro serio.

—Ha sido una operación complicada. La paciente está en estado crítico y las primeras veinticuatro horas son claves para su evolución. Hemos hecho todo lo que hemos podido... Solo queda esperar.

Se miraron unos a otros sin saber qué decir. La desolación inundaba sus corazones y sus rostros mostraban la tristeza que sentían.

—¿Se morirá, doctor? —consiguió preguntar Patricia con un hilo de voz.

El médico suspiró y se encogió de hombros.

—Eso nadie lo sabe... Pero mientras el corazón siga latiendo, habrá esperanza. De momento, eso es todo lo que puedo deciros.

—Gracias, doctor —susurró Patricia con lágrimas en los ojos.

Antes de irse, les dedicó una mirada de compasión.

—No podemos quedarnos todos aquí —comentó Patrick con la voz rota—. Es mejor turnarse, mañana tenemos que trabajar.

Antes de que nadie contestase, Patricia vio a la familia de Érika que se acercaba por el pasillo. Diana, su madre, lloraba y tenía el rostro descompuesto. Al verla, salió corriendo hacia ella.

—¿Cómo está mi hija, Patricia?

—El médico acaba de venir. Nos ha dicho que está estable dentro de la gravedad —prefirió suavizar la realidad.

Helmu, el padre de Érika, los miraba con el ceño fruncido y se mostraba con actitud hosca.

—¿Quiénes sois vosotros para estar aquí? —les preguntó de malas maneras, como era habitual en él.

—Somos sus amigos —contestó Patrick con educación. No era difícil ver que aquel hombre era rudo y descortés—. Estamos aquí porque la queremos y nos preocupamos por ella.

El padre lo miró de arriba abajo.

—Pues ha llegado el momento de que os larguéis. Ahora estamos aquí su familia, que somos los que tenemos que estar a su lado.

Los amigos de Érika pusieron mala cara. Ninguno estaba acostumbrado a tratar con una persona tan agria como él.

—Por favor, papá. Son los amigos de Érika, es normal que estén preocupados —intervino Benno, uno de los hermanos de la chica.

—¡Tú cállate! Nosotros somos su familia y ninguno de ellos tiene por qué estar aquí —replicó el padre con mala leche.

—Papá, ¡claro que tienen que estar aquí! Se preocupan por mi hermana —insistió, entendiendo todo lo Érika había sufrido en el pasado por su padre y, por mucho que le doliese, también por él, que cargaba contra ella a menudo.

—¡Basta ya! —exclamó Diana—. Ni en los casos más graves puedes callar tu lengua, Helmu.

Tomó a Patricia del brazo y le hizo un gesto a los demás para que se alejaran con ella.

—Por favor, no toméis en cuenta a mi marido. Está muy preocupado... Algunos hombres no saben llevar el dolor —intentó justificar—. Estoy muy contenta y os estoy muy agradecida porque estéis a su lado. No tengo palabras para agradeceros lo que hacéis por ella. Es muy afortunada de teneros como amigos. Debéis comprender que estamos muy preocupados y con los nervios a flor de piel. Gracias por esta aquí, gracias de corazón a todos. Ahora idos tranquilos a descansar y pasad buena noche. No dudéis en preguntar por mi niña —les dijo algo avergonzada.

—No se preocupe, señora, todos lo entendemos. Nosotros mismos estamos destrozados por lo que le ha pasado Érika. Buenas noches —contestó Patrick con diplomacia.

Diana les dijo adiós mientras se alejaban.

Salieron del hospital en silencio. Les había quedado claro que el padre de Érika no los quería allí y la madre lo había intentado suavizar. Pero, por

mucho que les doliese, ellos no podían hacer nada con su actitud ni con su falta de sensibilidad.

Decidieron preguntar por Érika cuando el padre no estuviese en el hospital, aunque iba a ser difícil, y mucho más poder ir a verla. Estaban muy preocupados y tristes, para colmo, la Navidad se acercaba y eso lo hacía todo aún más doloroso. Se fueron con el desconsuelo de no saber qué sería de su amiga en las horas siguientes.

Diana les vio alejarse antes de darse la vuelta y dirigirse hacia su marido. Estaba muy enfadada.

—Que sea la última vez que echas a los amigos de tu hija. Como vuelvas a hacerlo, tú y yo vamos a tener unas palabras.

Helmu guardó silencio, mientras los hermanos de Érika se quedaban perplejos al ver a su madre de esa guisa. Era la primera vez que la veían sacar esa vena, desconocida para ellos.

Diana, satisfecha consigo misma, se sentó en una de las sillas a esperar a que alguien le informase sobre su hija.



Pasaron las primeras veinticuatro horas y Érika seguía debatiéndose entre la vida y la muerte, envuelta en una gravedad extrema.

Los médicos hablaron con la familia. A pesar de que no comprendían que hubiese sobrevivido, no tenían muchas esperanzas y así se lo hicieron saber.

Los días fueron pasando y todo seguía igual. Sobrevivía, pero no se despertaba. La mantenían sedada para que su cuerpo pudiese recuperarse.

Sus amigos iban a verla cuando el padre no estaba. Esperaban en la puerta a que Diana saliese y aprovechaban para preguntarle sobre su estado. Se iban turnando para estar informados sobre su evolución.

Sus hermanos, Benno y Carlos, tuvieron que regresar al trabajo. No podían seguir en el hospital, ya que no tenían más días libres.

La Navidad los sorprendió sin cambios.

Las amigas de Érika se iban con sus familias a pasar las fiestas. Patrick le pidió a Patricia que avisase a Diana antes de irse para poder ir al hospital.

—¿Cómo está? —preguntó Patrick al llegar.

—Igual —contestó Diana resignada—. No mejora. Sigue sedada...

—¿Qué dicen los médicos?

—Nada nuevo. Sigue estable dentro de la gravedad.

—Lo siento tanto, señora. No tengo palabras para expresar lo que siento.
Diana le dio unos golpecitos cariñosos en el hombro.

—Lo sé, muchacho. No te preocupes.

—Bueno, me voy ya, señora. No quiero encontrarme con su marido.

Diana puso un gesto de disculpa.

—Apúntate mi número. Ahora que Patricia está con su familia, me llamas tú. Así no tienes que esperar a que baje para verme.

—Gracias, de verdad. Con estas fiestas es mejor así.

—Pasad felices fiestas. Y rezar por mi niña.

—Sin duda lo haremos. Mi hermana Belinda la tiene en sus oraciones y le pone una velita a la virgencita de Guadalupe a menudo.

—Gracias, muchas gracias. Anda, dame un abrazo y márchate, que se hace tarde y tengo que volver.

La mujer le dio un abrazo rápido y regresó al interior del hospital.

Patrick se fue a su casa pensando en Érika. Aunque seguía igual, en su corazón anidaba la esperanza de que se recuperase.

XV

Muy lejos de Madrid, en la casita de campo, Víctor estaba preparando su triste Navidad. Aquel veintitrés de diciembre se había despertado más pronto de lo normal. Tenía una extraña sensación y no sabía qué era.

Pensó en Érika; una vez más. Desde que se había marchado, no dejó de hacerlo ni un momento. Sentía en su alma el amargo sabor de los recuerdos. La echaba mucho de menos y se preguntaba, continuamente, por qué había sido tan estúpido al decirle que se marchase. ¿Por qué no la retuvo a su lado?

Cerró los ojos y se concentró en sus recuerdos. La vio sonriente, recogiendo verduras por su campo. ¡Cómo le gustaba! Rememoró cada línea de su cuerpo... Cuántas veces la había hecho llegar al orgasmo hasta dejarla sin fuerzas. Añoraba sentir el néctar de su humedad, entrar entre sus pliegues y arrancarle un gemido. ¡Había sido tan dichoso! Cuántas veces había recorrido cada palmo de su sedosa piel, deteniéndose en ese tatuaje suyo de la espalda. Más de una vez lo había repasado con su lengua desde su nacimiento, en medio de los hombros, hasta la oreja, donde terminaba.

Un estremecimiento le recorrió al tiempo que la excitación perturbaba su miembro, que se endureció.

Sintió una extrema decisión naciendo en su interior. Iría a Madrid a verla. Ya no aguantaba más sin ella. Aún guardaba el papel que le había dejado con su dirección. Iría a buscarla y le diría que la amaba, que no podía vivir sin ella.

«¿Por qué habré esperado tanto tiempo? Cuatro largos meses... Tendría que haber ido antes a buscarla.»

Se levantó de la cama de un salto y fue a la cocina. Tras tomarse el desayuno, lo preparó todo para el viaje. Se llevó las cosas al garaje, cargó el coche y se puso de camino. Así de rápido, sin pensarlo siquiera.

Recorrió de un tirón los kilómetros que separaban su pueblo de Madrid, deseoso de llegar y verla.

Llegó muy cansado a la dirección que aparecía escrita en la nota, pero ansioso de ver a Érika. Se preguntaba qué le diría. ¿Le perdonaría o lo echaría de su lado? Quizás hiciese igual que él...

Presionó el timbre con miedo y esperó, pero nadie le abrió.

Volvió a probar y obtuvo el mismo resultado. Desesperado, pulsó el botón de al lado. Contestó una mujer. Tragó saliva, para calmar algo los nervios.

—Buenas tardes, señora... Esto... Venía buscando a Érika Gerig —dijo con la voz entrecortada—. He llamado a su timbre, pero no me contesta nadie. ¿Podría decirme si sabe algo de ella?

—Lo siento, señor. Érika está en el hospital. Tuvo un accidente bastante grave —le contó con la voz triste—. Sus compañeras de piso tampoco están. Se han ido con sus familias a pasar las navidades.

Víctor se quedó atónito. No se esperaba aquella noticia.

—Gracias, señora; y feliz navidad —consiguió articular.

—Igualmente, joven.

Víctor no podía pensar con claridad. Lo único que sabía era que debía ir a verla.

«¡Señor! Si la hubiese retenido ahora no estaría en un hospital. Estaríamos juntos pasando las navidades. Estaríamos amándonos... y no en una sala de hospital, fría y triste como la noche», pensó acongojado mientras se subía al coche y se dirigía al hospital más cercano.

Llegó con los nervios a flor de piel y el corazón encogido en un puño. Al entrar se percató de que estaba decorado con motivos navideños.

«Por mucho que quieran aparentar normalidad, aquí no hay alegría; y menos para las personas que visitan a sus seres queridos», se dijo de camino a la recepción.

—Buenas tardes. ¿Puede decirme si Érika Gerig se encuentra en este hospital? —preguntó a la enfermera.

La mujer metió el nombre en el ordenador y asintió.

—Está en cuidados intensivos, caballero. No puede recibir visitas.

—Muchas gracias.

Se alejó en busca de la zona de cuidados intensivos. Aunque no pudiese verla, alguien podría decirle algo... Algún familiar estaría con ella; quizá su madre. Érika no le había hablado mucho de su familia, pero sabía que sus padres estaban vivos y que tenía hermanos.

A cada paso su preocupación aumentaba. Cuando localizó el lugar vio a un hombre sentado en la sala de espera. Era corpulento y aparentaba ser extranjero, pero se parecía un poco a Érika.

—Buenas tardes, ¿es aquí donde está Érika Gerig? ¿Hay alguien de su familia? —preguntó con la esperanza de haber acertado con su intuición.

—Sí, ¿usted quién es? ¿Qué busca de mi hija? —respondió de mala manera.

—Perdón, señor, solo quiero saber cómo está.

Víctor se armó de paciencia para tratar con aquel hombre tan borde.

—¿Qué le importa a usted cómo esté mi hija!

—Mucho, señor. Quiero saber cómo está —insistió.

El hombre se levantó de la silla con una actitud ruda.

—No le voy a decir nada y no la va a ver por mucho que se empeñe. No se lo voy a permitir.

Víctor abrió los ojos extrañado sin comprender aquella actitud. No parecía una persona normal. No le pegaba nada a Érika, con lo tierna y dulce que era, tener un progenitor con esos modales.

—Ya se puede largar de aquí. No es bienvenido —añadió con grosería ante la negativa de Víctor a irse.

—No me iré sin saber cómo está —replicó con determinación.

—¿¿Qué?! ¡Ya está largándose ahora mismo! No lo quiero ver aquí y mi hija tampoco. —El padre de Érika subió el tono de voz.

—¿Se lo ha dicho ella? —preguntó vacilante.

—No me lo ha dicho porque se muere —soltó el padre—. No hay mejoría para ella, así que no tienes nada que hacer aquí. No me importa si eres su novio o su amigo. Por ahí está el camino de vuelta. ¡Lárguese de una vez!

Víctor se quedó de piedra al escuchar que Érika se moría. El color abandonó su semblante y sintió un pinchazo en el corazón.

El padre de la chica le miraba con el rostro ceñudo. Parecía dispuesto a soltarle un bofetón si no se iba, así que, en contra de su voluntad, giró sobre sí mismo y se alejó por el pasillo.

Se sentía triste y confuso. Después de un viaje tan largo, tendría que regresar sin saber nada de ella y sin poder verla. Odiaba todo lo acaecido hasta ese momento.

Diana, alertada por las voces, fue a la sala de espera a tiempo de ver cómo el joven se alejaba.

—¿Quién es ese joven que ha hablado contigo? —le preguntó extrañada a su marido.

—Nadie.

—¡Helmuuu! —bramó con genio y los brazos en jarra.

Conocía muy bien a su marido y sabía que trataba de ocultarle algo importante.

—No es nadie —resopló—. Solo es un amigo de tu hija.

—¿Y por qué no has dejado que yo hablase con él? ¿Cómo puedes ser tan cruel con los amigos de tu hija?

Diana estaba frustrada y enfadada.

—No voy a permitir que un chalado venga a ver a mi hija —se defendió él con autoridad.

—¡Eres un inconsciente! ¿No te das cuenta de que la visita de un hombre le puede hacer bien a nuestra hija? ¡Y más si ella está enamorada! —gritó ofuscada—. Voy a ver si lo encuentro.

—Tú no vas a ningún sitio.

Helmu la agarró con fuerza del brazo. Ella le miró enfadada.

—¡Helmu Gerig! ¡Suéltame de una puta vez! —soltó fuera de sí—. Por mi hija soy capaz de cualquier cosa, hasta de ir al infierno si es necesario. Ahora voy a ir a por ese hombre, que puede ser el enamorado de tu hija, y tú te vas a quedar calladito. ¡¿Me entiendes?! ¡No te voy aguantar más ni a ti ni a tus modales! ¡Maleducado!

Había llegado a su límite y estaba cansada de él, ahora más insoportable que nunca con la gravedad de su hija. La rabia y la desesperación la habían hecho sacar un carácter desconocido hasta el momento.

Helmu se quedó con la boca abierta, mirándola perplejo. Jamás hubiera pensado que su paciente y abnegada esposa pudiera sacar aquella garra, aquel genio tan fuerte. Se rascó la cabeza, sin saber qué decir, mientras la veía salir corriendo hacia los ascensores.

Diana apretaba con impaciencia los botones. Al ver que los dos bajaban, se dio cuenta de que tardarían demasiado en volver a subir, por lo que echó a correr escaleras abajo tan rápido como le permitían sus piernas.

Cuando llegó a la entrada, el corazón se le salía del pecho por el esfuerzo. Vio a Víctor salir por las puertas de cristal, que se cerraron tras él.

Reanudó la carrera. Quería llamarlo, pero no sabía su nombre.

—¡Muchacho! ¡Por favor, espera! —gritó a la desesperada.

Víctor se volvió al escuchar la voz de la mujer, aunque no sabía si lo llamaba a él. La vio mirándole y haciendo señas con la mano para que se parase.

—Por favor, no te vayas... Espera... —le pidió entre jadeos.

—¿Quién es usted? —preguntó extrañado.

—Soy... la madre de Érika. Sé que has venido a verla.

—¿Qué quiere? Su marido me ha tratado con muy mala educación y me ha echado como a un delincuente.

—Lo sé, hijo, y lo siento, pero necesito que hables con Érika. No importa lo que mi marido te haya dicho. Él... no se encuentra bien desde el

accidente. Ella está muy grave... se-se muere. —La voz de Diana sonaba rota por el dolor—. Estamos desesperados. Te lo pido en nombre de mi hija, por favor. Sube a verla, le hará bien. No sé cuál es la relación que tenéis, pero, sea la que sea, sube y háblale. Quiero que le digas por qué has venido, sea porque la quieres o porque es tu amiga. Quizás oírte le haga bien antes de morir... Me gustaría que se lleve tus palabras... Si me tengo que ponerme de rodillas, no lo dudes, muchacho, lo haré. Imploraré tu perdón hacia mi marido.

Las lágrimas se deslizaban por su rostro.

Víctor la miró con compasión. Qué diferentes eran sus padres... Observó sus ojos, desesperados y tristes, que le pedían perdón. Estaba a punto de ponerse de rodillas, pero él la detuvo.

—No, por favor, señora, no lo haga. Iré con usted —le dijo con dulzura—. Por sus palabras perdono a su marido. Quiero ver a Érika... —Su corazón latía porque lo deseaba con todas sus fuerzas.

—Gracias, no esperaba menos de ti —sonrió Diana secándose las lágrimas—. Veo en tus ojos que la quieres y, si mi intuición no me falla, ella también te quiere. Está muy grave, se va de nuestro lado... Por eso quiero que te escuche, que le digas todo lo que sientes. Eres mi única esperanza... Tal vez si te oye, si escucha que la quieres, luche por vivir...

Víctor no pudo contener las lágrimas.

Diana vio su sufrimiento y se abrazó a él, comprendiendo el amor que le tenía a su hija.

—La quiero mucho, más de lo que se puede imaginar —confesó—. Pero fui un necio alejándola de mi lado. Pensé que no estaba a su altura. Yo no quería que viviera en el campo. No le podía ofrecer una vida cómoda como la que tenía aquí en Madrid...

—No te atormentes, muchacho. Todos cometemos errores a lo largo de esta vida. Algunas veces el destino nos da una segunda oportunidad y otras nos la quita. ¡Vamos! Tienes que hablarle, aunque sea la última vez.

Diana se separó del abrazo y echó a andar. Víctor la siguió en silencio.

Ninguno dijo nada hasta llegar a la habitación.

Helmu le vio llegar desde un lugar apartado de la sala de espera. No dijo nada, pero su cara era un poema. No estaba de acuerdo con lo que había hecho su esposa, aunque se mantuvo como una tumba. Sabía que lo odiaría el resto de su vida si Érika moría.

Víctor entró en la sala contigua a donde estaba Érika. Le pusieron una bata

verde, unos plásticos en los zapatos y una mascarilla. Los nervios aumentaban a cada segundo. Al verla sintió un escalofrío y un dolor agudo atravesó su alma como un tridente.

Érika estaba dormida, sedada por su gravedad, con el rostro pálido y sin vida. Estaba intubada y varios hierros recorrían su cuerpo. Tenía parte de la cabeza vendada y estaba rodeada por varias máquinas que emitían un sonido suave. Sus constantes vitales estaban muy bajas. Uno de los goteros caía lentamente, gota a gota, en un pozo profundo.

Víctor le acarició la mano sintiendo cómo el dolor le desgarraba por dentro.

—Érika, mi vida... —susurró, dejando salir todo lo que sentía—. He venido a por ti, a pedirte perdón. Te necesito a mi lado, quiero que vuelvas a mi casa y, esta vez, no te dejaré marchar. Pero, lo más importante para mí es que me perdones. Fui tan estúpido... No sabes cuánto he sufrido y cuánto me ha costado aguantarme para no venir antes a por ti. Te quiero con locura... Ponte buena, por favor, pronto volveré a por ti, te lo juro. Y algún día verás a nuestros hijos subidos en los ciruelos, como a ti te gusta. Aquello que me dijiste aquel día... no sabes cuánto lo recuerdo; solo deseo que se haga realidad. Durante los meses que hemos estado separados, he luchado contra mis propios deseos de verte, pero ya no podía más. Me resultaba imposible quedarme allí sin ti; quería saber de ti, por eso he venido...

La voz se le quebraba y sus ojos estaban empañados de lágrimas. Verla en aquel estado lo estaba matando. Se sentía tan mal al saber que su vida pendía de un hilo que no lo pudo aguantar más y salió.

Diana lloraba igual que él. Se fundieron en un abrazo.

—Ánimo, muchacho. Tenemos que ser fuertes por ella —dijo entre llantos, intentando a duras penas darle ánimos.

—Es una pena que nos hayamos conocido de esta manera y en estas circunstancias. Me voy llorando, no sabe cuánto me duele verla así.

Víctor no podía seguir allí.

—Lo sé, muchacho. Sé que la quieres. Te agradezco mucho que hayas hablado con mi Érika. Adiós. Cuídate y reza por mi niña —le pidió mientras le daba un beso en la mejilla.

—Lo haré, señora. Descuide que lo haré.

Salió tan deprisa al pasillo que se dio de bruces contra Helmu. El hombre aprovechó que su mujer se había quedado en la sala y lo cogió de la solapa de la cazadora.

—No me importa lo que mi mujer te haya dicho, pero te las verás conmigo si vuelves a verla otra vez.

—Usted no me va a prohibir nada —masculló entre dientes.

—Que te lo crees tú. Te vas a acordar de mí el resto de tu vida.

—¡Quíteme las manos de encima! —Se zafó con fuerza—. ¡No voy a tolerar su mal comportamiento ni su mala educación!

Víctor estaba harto de él.

—¡Vete y que no te vuelva a ver aquí, maldito desgraciado! —exclamó Helmu enfurecido.

Víctor se marchó a toda prisa para evitar tirarse sobre él y acabar dándose de hostias. No era el mejor momento para eso, pero, ¿quién se creía para hablarle de esa manera?

Bajó por las escaleras para no tener que esperar el ascensor. Las lágrimas se le derramaban cada vez que recordaba la cara de Érika. Se sentía impotente. Su amor se moría y no podía hacer nada contra el destino.

La gente que pasaba por su lado se quedaba mirándolo, ya que su dolor se reflejaba en su rostro.

Fue hasta su coche lleno de rabia y dolor. Al entrar, golpeó con fuerza el volante y se limpió las lágrimas con furia.

Arrancó el motor y condujo de regreso a su casa, intentando huir de todo aquello.

Aunque hubiese preferido llegar de una vez, tuvo que parar a medio camino para comer algo. Estaba demasiado cansado y necesitaba algo de beber.

Pidió un bocadillo de jamón y un refresco con cafeína mientras la imagen de Érika lo torturaba sin compasión.

Llegó muy cansado. Dejó el coche en el garaje, entró en su casa y se sentó en una silla. Se quedó quieto, con el dolor invadiendo su ser y lloró. Lloró por su desdicha, sabiendo que no volvería a ver a Érika. Un pensamiento que lo atormentaba. Jamás se perdonaría haberla dejado marchar. Aquel error, en un momento de debilidad, le había costado la felicidad.

Cansado, fue al baño y se lavó la cara. Observó su rostro demacrado en el espejo como si no fuese suyo. Se lavó los dientes con movimientos mecánicos, con la mente muy lejos de allí. Quería tener esperanza, engañarse a sí mismo y pensar que se iba a recuperar, pero no podía.

Hacía mucho frío, pero no tenía ganas de estar en el salón ni de encender la chimenea. Se fue al dormitorio, se puso un pijama de franela y se metió en

la cama. Solo quería dormir y olvidar todo lo sucedido.

A pesar del cansancio, tardó mucho tiempo en conciliar el sueño. Érika no abandonaba sus pensamientos; tampoco sus padres. Ese hombre que lo había tratado con tanto desprecio sin conocerlo. Si volviera a verlo, no le iba a permitir que lo tratara así de nuevo.

Lloraba a ratos. Sentía una rabia incontrolable; sin embargo, el cansancio terminó por vencerlo y se durmió con la imagen de su amada en el pensamiento. Una mujer que, en solo dos semanas, había aliviado su soledad, había llenado su vida de dicha y le había enamorado por completo.

XVI

Diana salió al pasillo un rato después de que el muchacho se hubiese ido. No le había preguntado ni su nombre, pero sí se había fijado en sus ojos verdes como la primavera. Sentía una gran simpatía por él, parecía bueno y formal. No se veía muy joven, quizá algo mayor que su hija. No lo conocía demasiado, pero le había bastado para saber que hacían buena pareja. Le apenaba que su niña no supiera cómo la amaba, pero no quería perder la esperanza. Tenía una idea fija en la cabeza, que la voz del muchacho la hiciese reaccionar, y se concentró en ese deseo, manteniéndolo latente en su corazón.

Su marido estaba de pie, con la mirada perdida en el pasillo. Ella no le dijo nada y él la imitó. Se sentó en una de las sillas y suspiró, cansada.

Dejó que su mente viajara a la Navidad anterior, la última vez que había estado con su Érika. Cómo la echaba de menos. Tenía a sus hijos cerca, pero a ella la tenía tan lejos...



Llegó al pueblo dos días antes de Nochebuena. Cuánto había deseado verla. Necesitaba tenerla unos días a su lado y estaba muy ilusionada con su visita; aunque también preocupada, ya que sabía que su marido se enfadaría con ella, como cada Navidad. A veces creía que ella era la única que se alegraba de su llegada, de verla y sentirla cerca.

Érika era una niña muy dulce, la más dulce de la familia. Siempre se metía con ella en la cocina y la ayudaba a fregar los platos y a preparar la cena. Gracias a Érika, esos días descansaba mucho. También la ayudaba a limpiar incluso la cristalería. Era muy buena con ella. Jamás le había levantado la voz, pero su marido y sus otros dos hijos rompían con sus salidas de tono aquella conexión tan bella.

—¡Qué ganas tenía de verte, Érika! —exclamó emocionada cuando por fin la tuvo delante—. Me tienes abandonada.

—Te llamo cada mes —se justificó, dándole un abrazo muy fuerte.

—Eso no es suficiente.

Érika puso los ojos en blanco.

—Y mis hermanos, ¿cómo están?

—Bien, aunque tú ni siquiera los llamas. ¿Por qué eres tan independiente de tu familia? Ya sé muy bien que tu padre y tú os estáis enfrentando siempre. A él parece que le guste hacerte rabiar, pero tú, en vez de ignorarlo, te pones histérica...

—Mamá, no hablemos de eso, ¿vale? —la cortó con cariño—. Venga, dime en qué te puedo ayudar.

Diana sonrió.

—En eso no tengo queja de ti, hija. Cada vez que vienes me ayudas mucho, pero eres muy fría con tu padre y tus hermanos.

—Mamá, por favor, deja ya de hablar de eso.

—Sí, mejor será. Tengamos la fiesta en paz, si es que se puede tener.

La primera noche todo fluyó con normalidad y la conversación que tuvo con su padre presagiaba buenos momentos.

El día de Nochebuena llegaron sus hermanos, que se llevaban muy bien con su padre, y comenzó la fiesta con las bebidas.

—Hola, hermanita. ¿Cómo va la vida allá por el Madrid de los Austrias? —la saludó uno de sus hermanos soltando una gran carcajada.

Ella no quiso entrar en la provocación, por lo que le contestó con naturalidad:

—Muy bien, hermano. Tengo un buen trabajo y vivo estupendamente.

—Y de pareja, ¿cómo lo llevas? —le preguntó su hermano Carlos, que era un poco más cariñoso.

Érika se encogió de hombros.

—El trabajo perfecto, pero no hay ni un solo hombre que se fije en mí.

Su padre le soltó, ebrio:

—¿Quién se va a fijar en ti con lo antipática que eres?

—Papá, aunque a ti te parezca antipática, no quiere decir que lo sea. Y no me hace falta tener ningún novio.

—Te quedarás sola porque nadie te va a querer.

Sus palabras hirientes se le clavaron en el corazón como si una daga la atravesara. Sin decir nada, se fue a la cocina. Se sentó en la mesa y, sin poder evitarlo, comenzó a llorar.

Su madre suspiró apesadumbrada al verla. Ya se imaginaba lo que había pasado.

—¿Ya se ha metido contigo? Érika, cariño, no le des el poder. Si no le echas cuentas, no te hará sufrir. Si estás triste yo no puedo estar feliz esta noche...

Diana la abrazó con cariño y ella se acurrucó, arropada.

—Mamá, me duelen mucho sus palabras. Me hacen más daño de lo que tú crees —lloró—. Mañana me voy.

Se separó de ella y la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué estás diciendo? Es la primera vez que te quieres ir tan pronto. ¿Qué pasa?

—Nada... Me siento sola.

Érika se limpió las lágrimas.

—Tú lo que necesitas es enamorarte y tener un chico a tu lado.

—¿Por qué piensas eso?

—Estás callada y no se te ve feliz. Ni siquiera te has peleado con tu padre y con tus hermanos y eso es raro en ti. Eso quiere decir que hay algo dentro de tu corazón que te duele.

—Pues sí, madre, estoy triste —confesó con voz queda—. Pero no porque no tenga novio, simplemente estoy cansada de que todo sea siempre lo mismo.

—¿Es que no te gusta tu trabajo?

—Algunas veces me canso del trabajo y de vivir con mis dos amigas.

—Puedes alquilarte un piso para ti sola.

—¿Crees que lo puedo pagar? —Rio—. Qué va, mamá. Los alquileres son muy caros en Madrid.

—Por eso te digo que un chico te haría cambiar la monotonía de tu vida.

—¿Cómo dices?

—Lo que escuchas. Un hombre bueno, que te quiera y te haga feliz.

—Pero mamá, esa no es la solución. Además, ni siquiera me lo he planteado.

Diana resopló con los ojos en blanco.

—Eres joven aún, Érika, pero el tiempo se pasa...

—Mamá, no voy a ir en busca de un hombre solo por mi soledad. —Su voz sonó más dura de lo que pretendía—. Si algún día tengo a un hombre a mi lado, será porque me habré enamorado como una loca. Tener a alguien solo por tenerlo, no va conmigo.

—No tiene que gustarte mucho. El roce hace el cariño.

Érika la miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué cosas dices, mamá?! De verdad que me has dejado flipando... En fin... Está decidido, mañana me voy a Madrid.

—No, hija, no lo hagas, por favor. Piénsatelo. No te vayas mañana... —

suplicó con tristeza.

Érika la miró en silencio. No quería que su madre estuviese triste.

—Ayúdame con la cena, se hace tarde —dijo al cabo de unos segundos, cambiando de tema.

—¿Qué hago?

—Corta el pan, por favor. —Le tendió un cuchillo de sierra—. ¿Ya les has dado los regalos a tu padre y a tus hermanos?

—Aún no.

—Pues hazlo antes de la cenar. Ya sabes que luego beben mucho y se ponen muy pesados. Anda, ve.

Érika asintió, dejó el cuchillo y se fue al salón. Les dio los regalos con cara seria.

—¡Otra corbata! —gruñó su padre. Como siempre, no le había gustado el regalo—. Esta es más fea que la del año pasado. ¿Por qué no me has comprado una botella de whiskey?

Érika evitó contestarle y miró cómo sus hermanos los abrían.

—¡A mí me ha comprado una botella! —exclamó Benno, observándola con detenimiento—. ¡Esta noche la pillamos! Y es de buena marca. ¡Joder, qué buena botella! Gracias, hermana. Y a Carlos, ¿qué le has comprado? ¿Y a mamá?

—Qué le va atraer... Pues un pañuelo, como siempre. Tu hermana tiene muy poca imaginación para los regalos —la chinchó su padre.

—Érika me ha traído lo que a mí me gusta —soltó su madre, que llegaba al salón con cara de pocos amigos. Los apuntó a los dos con el dedo amenazante—. Callaros ya, que no tenéis consideración con ella. Siempre estáis con las bromas pesadas; así nunca se acercará a daros un abrazo. ¡Y ya vale por hoy! Tengamos la fiesta en paz.

—Pues a mí sí me gusta mi regalo —intervino Carlos con una sonrisa y la voz algo tomada—. Es una bufanda muy bonita y este color azul me encanta. Creo que le pega a mi cabello rubio.

—Mamá siempre defendiendo a la señorita finolis de los Madriles —replicó Benno.

—¡A callar he dicho! Vamos a comer. Y no quiero ni una queja más —amenazó con autoridad.

Diana se fue refunfuñando a la cocina seguida por Érika, que sirvió los platos mientras ella ponía la mesa.

Érika se pasó la cena en silencio y pensativa, deseando que terminara para

irse a su habitación. Cuando hubo ayudado a su madre a limpiar los restos de la cena, les dio las buenas noches a todos de forma escueta y se fue a su dormitorio aliviada. Hizo la maleta, puso el despertador a las siete de la mañana y se metió en la cama.

A la mañana siguiente, una vez vestida y lista, fue al cuarto de sus padres y zarandeó con suavidad a su madre, que abrió los ojos adormilada. Le dio un beso y le dijo adiós con la mano.

Se fue en silencio y con cuidado de no despertar a los demás. Arrancó el coche, helado por el frío, y se fue conduciendo por las calles desiertas de su pueblo en dirección a Madrid.

Diana no la retuvo, aunque no quería que se fuese. Muchas veces tenía ganas de coger a su marido y darle un buen azote para que dejara de meterse con su niña, pero nunca lo había hecho. Sin embargo, desde aquel día se prometió a sí misma que no volvería a dejarle pasar ni una más; ni a su marido ni a sus hijos.



Diana abrió los ojos, volviendo al presente. Al triste presente.

Su marido seguía con cara de pocos amigos, pero se había sentado a su lado. Prefirió no dirigirle la palabra y volvió a cerrar los ojos, esperando que el tiempo pasara rápido y su hija mejorase. Aunque el pesimismo la rodeaba como una hiedra rodea a un muro de piedra y lo aprisiona entre sus ramas.

No podía aguantar las lágrimas, así que se fue al servicio y allí, escondida de su marido, lloró hasta quedarse sin lágrimas.

Estaba desolada y se sentía sola. No podía contar con él, que era tan duro como una piedra. Tenía que hacerse la fuerte, pero su corazón sentía una pena muy grande. Se obligaba a aparentar una felicidad que no existía. En su casa hacía mucho tiempo que no había amor. Se había acostumbrado al mal genio de Helmu y ya era algo normal para ella. Él ya no le regalaba ni una caricia, ni un beso... Se había vuelto frío como un tempano de hielo y por eso se aferró a sus hijos.

XVII

Los almendros cercanos a la casa de Víctor habían echado sus primeras flores, de un color blanco y rosa. Embellecían el paisaje, dando color a las colinas. Estos árboles eran los primeros que se cubrían de flores, incluso en pleno invierno y, desde ese momento, todo cambiaba. Se iniciaba la transición; a pequeños pasos, llegaba la primavera. Los ciruelos pronto se prepararían también para recibirla y se cubrirían de flores.

Los días iban haciéndose cada vez más largos con la proximidad de la primavera. Ya habían pasado casi tres meses desde que fuera a Madrid en busca de Érika. No sabía si estaba viva o muerta y estaba desesperado por saber algo, pero había sido un inconsciente al no pedirle el teléfono a su madre.

El problema era que no había tenido ni un momento libre para ir a verla. El trabajo se lo había impedido ya que había aumentado muchísimo y, como estaba solo, lo tenía que hacer todo. Tenía que trabajar incluso los domingos para poder tener a punto las maquinarias agrícolas que le traían, los pequeños tractores y las motos, ya que les eran muy necesarias a sus clientes para seguir trabajando en el campo. También habían aumentado los coches de los clientes del pueblo y de los campos vecinos. Todos los arreglos eran muy urgentes y, entre tantas cosas, se le habían pasado los meses sin darse cuenta, pero, en cuanto se vio liberado de tanto trabajo, decidió ir a ver a Érika. Necesitaba saber qué había sido de ella.

Aquella mañana se levantó temprano y se arregló un poco. Se puso un pantalón vaquero, una camisa blanca y una chaqueta de cuero negro, y se subió a su coche camino a la capital. Se detuvo en una gran área de servicio a descansar un poco y a tomar un buen desayuno. Nada más acabar, retomó el viaje directo al hospital.

Llegó a la ventanilla de información con un nudo en la garganta. El corazón le latía desbocado por el miedo a saber la verdad.

—Buenos días... ¿Podría darme información sobre una paciente? — preguntó nervioso a la enfermera.

—Claro, ¿cómo se llama?

—Érika Gerig. Antes de Navidad tuvo un accidente.

La enfermera tecleó el nombre en el ordenador.

—La chica ya no está en el hospital.

Víctor se sintió desvanecer. Temblaba con el miedo recorriéndole el cuerpo. No sabía cómo iba a reaccionar a la respuesta, pero tomó aire y preguntó con el corazón en un puño:

—¿Murió...?

—No, señor.

Víctor soltó todo el aire de golpe, aliviado.

—¡Gracias a Dios!

—Mejóro un poco y, cuando fue seguro viajar, la trasladaron a un hospital cercano al pueblo de sus padres. Pero de eso hace ya tres meses. Los médicos creían que moriría antes de año nuevo, pero, para asombro de todos, empezó a mejorar.

El muchacho no pudo evitar sonreír ante la buena noticia.

—¿Sabe usted dónde se la llevaron?

—Lo siento, señor, pero eso no lo sé. Aunque tampoco podría decírselo porque no puedo dar ese tipo de información si no es un familiar.

—Muchas gracias, señorita. Ya no la molesto más.

Ella negó con la cabeza y le dedicó una sonrisa.

—No es ninguna molestia. Siento no serle de más ayuda.

Víctor salió del hospital con una gran alegría. ¡Érika estaba viva! Aunque no sabía dónde vivían sus padres, por lo que estaba como al principio. En su corazón había una pequeña esperanza de que algún día ella volviese al campo a verle. Quizás su madre le contase lo que le había dicho...

Ya que no podía hacer otra cosa, decidió que, ya que estaba en la capital, podía ir a visitar a sus antiguos amigos. Habían sido sus vecinos durante algún tiempo y se llevaban muy bien. Como era domingo, seguro que estarían en casa.

No se equivocó. Al llegar, tocó al timbre y Rosa, la mujer, salió a abrir. Cuando lo vio se puso muy contenta y le dio un abrazo fuerte.

—¡Víctor, muchacho, que sorpresa más grande! ¿Qué haces aquí?

—He venido a veros —dijo sonriente, deshaciéndose del abrazo de Rosa.

—Pero, ¡qué bien estás de salud! —le dio unos golpes cariñosos en el hombro—. Y qué buen color de cara tienes. ¡Pepeeeeeeeee! ¡Está aquí Víctorrrr!

Pepe salió corriendo y con el rostro alegre a saludarlo. Llevaba un chándal del Real Madrid, algo habitual en él.

—¡Víctor! ¿Cómo tú por aquí? —Lo saludó efusivo.

—He venido a veros.

—¡Vamos, entra y siéntate! Tienes que contarme cómo te va la vida. Se te nota que el campo te ha sentado bien. ¡Has mejorado mucho!

Pepe lo cogió del brazo y lo metió dentro. Lo llevó hasta el salón y le indicó que se sentara.

—Te vas a quedar con nosotros a almorzar, ¿no? Tienes mucho que contarnos —le dijo Rosa con su amplia sonrisa y su mirada de otoño.

Era una mujer muy guapa, de cabello castaño. Aunque, al no haber tenido hijos, siempre estaba un poco triste. Siempre había sentido que le faltaba algo para llenar su vida, pero, con el tiempo, se había conformado. Y con la llegada de su sobrino del pueblo, le fue mejor. Lo quería como si fuera su propio hijo.

—¿Cómo le va la vida a tu sobrino Marcos?

—Ahora no está muy bien —comentó ella con tristeza—. Rompió con una chica antes de Navidad. Llevaba con ella desde el verano. Parecía que iban en serio, pero, de la noche a la mañana, todo se terminó. Al parecer ella no quería comprometerse y era muy protestona, según me dijo. En fin, los jóvenes de ahora no saben lo que quieren.

—Lo siento por él —se apenó Víctor—. Es un buen chico.

—Sí que lo es... Pero, ¡cuéntame! ¿Cómo te va? ¿Qué tal tú trabajo?

La mujer se sentó al lado de su marido, en un sofá mullido.

—No me puedo quejar —se encogió de hombros—. El año ha comenzado muy bien, la verdad.

—Me alegro mucho. ¿Y tus padres, cómo están?

El rostro del muchacho se ensombreció un instante.

—Desgraciadamente murieron.

—¡Oh, vaya! Lo siento mucho, Víctor... ¿Estás solo? ¿No te has casado?

—No he tenido oportunidad. Hay pocas jóvenes en mi pueblo —dijo escueto, sin querer entrar en detalles.

Rosa sonrió y le dio una palmada en la espalda.

—Vente un tiempo aquí y sal con Marcos. Él tiene un grupo de amigas; a lo mejor hay alguna para ti —le ofreció con sus mejores intenciones.

—Gracias, Rosa, pero creo que yo nunca tendré esposa.

—No digas eso, muchacho. Eres muy guapo, seguro que pronto llegará la tuya.

—Rosa, ¿cómenos? —propuso Pepe, cansado de que su mujer hablara tanto.

—Tú siempre con la comida. Mira qué gordo te estás poniendo. Solo

piensas en comer.

—¡Tengo hambre, mujer!

Víctor soltó una carcajada.

—Pepe está de buen año.

El susodicho se dio unas sonoras palmadas en la barriga, sonriente.

—Trabajo me ha costado tener esta barriga, ¡no creas que la voy a perder!

Siguieron con las bromas. La comida fue muy divertida y no pararon de reír.

—Me tengo que ir ya, se hace tarde —dijo Víctor dándole el último sorbo al café.

—Quédate a dormir y vete mañana.

—Gracias, Rosa, pero me tengo que ir. Dame un abrazo.

Ella asintió y le abrazó.

—Víctor, después de tantos años, ¿no puedes quedarte una noche? —insistió.

—Prefiero amanecer en mi casa, Rosa. Tengo trabajo que hacer... —se disculpó.

—Bueeeeno —aceptó a regañadientes—. Pero no tardes tanto en venir a vernos. Ya sabes que te queremos como a un hijo.

—Lo sé, Rosa. Yo también os quiero y me acuerdo mucho de vosotros.

—Bueno, muchacho, ten cuidado conduciendo —dijo Pepe estrechándole la mano.

Víctor se despidió y se fue al coche. Condujo hasta medio camino y se paró para tomar un café. Estaba cansado y no dejaba de pensar en Érika. Recordó que vivía con dos amigas y sintió rabia por no haber caído antes. Tendría que haber ido a verlas, ellas le habrían dicho dónde vivía su familia. Pero ya era muy tarde y tenía trabajo toda la semana. Decidió ir el fin de semana siguiente.

Volvió al coche y, de camino a casa, pensó en la cantidad de trabajo que le esperaba esa semana.

«Si esto sigue aumentando así, tendré que meter a un aprendiz.» Pensó en que no podía pagar un sueldo muy elevado... Iría a un gestor para que le asesorase, ya que de papeleo no sabía demasiado. Y con el poco trabajo que había tenido los años anteriores, no había facturado nada. También tendría que hacerse autónomo y declarar lo que ganaba...

Su mente era un hervidero de pensamientos. Puso la música para distraerse y miró al cielo. Ya estaba oscureciendo.

Condujo directo a casa, sin pararse más.

XVIII

Érika estaba sentada en el sofá de su casa con la mirada pérdida, ausente.

—Érika, ¿qué tienes? ¿Te duele algo? —preguntó su madre algo preocupada.

—No, mamá, no me duele nada. Estoy bien dentro de lo que cabe.

Diana se acercó a ella y le puso la mano en la frente a modo cariñoso.

—Hija, te has recuperado muy deprisa —dijo sonriente—. Eso no me lo esperaba ni yo. Los médicos dicen que no lo entienden. Es un milagro, un dulce milagro.

—La verdad es que sí. Mis huesos están muy bien. El fisioterapeuta hace un buen trabajo conmigo.

La madre se sentó a su lado.

—¿Estás triste por algo? ¿Qué es lo que te ronda por la cabeza? Ahora tu padre no se mete tanto contigo...

—Mamá, no me preguntes, da igual. En este momento no siento deseo de nada.

—¿Es por aquel chico del que me hablaste antes de tu accidente?

Érika la miró un poco sorprendida de que aún se acordase, después de todo lo que había pasado.

—¿Por qué me preguntas eso? No ha venido a buscarme; y eso que le dejé mi dirección.

—¿Por qué no me cuentas lo que pasó entre vosotros?

Puso las manos sobre las suyas para animarla.

—¿Para qué, mamá? —Hizo un mohín triste—. Ya te lo conté... Es un campesino y, según él, no puede ofrecerme esa vida de lujo que yo me merezco... Piensa que me voy a cansar de su casa vieja y de su campo de ciruelos.

—¡Ya me acuerdo! Eso es lo que me dijiste por teléfono y yo mantengo lo que te dije, que él te quería más que cualquier otro hombre. Más de lo que puedes comprender.

Érika negó, incrédula.

—Si me quisiera como tú dices, no me hubiese echado de su lado, ¡el muy cretino!

—Un hombre que quiere a una mujer desea lo mejor para ella —afirmó convencida—. Él creía que no podría hacerte feliz y solo deseaba lo mejor

para ti. Quería que tuvieras las comodidades que él no te podía dar.

—Mamá, no lo entiendes —replicó ofuscada—. No ha venido a verme ni se ha interesado por mí. No puede quererme.

—Tú no sabes si vino en Navidad. Tuviste el accidente y estuviste en el hospital mucho tiempo. Quién sabe si fue a buscarte a tu piso y no encontró a nadie.

—No vino, mamá; ni antes ni después —insistió con la voz firme—. Además, me lo hubiese dicho Patricia

—Quizá ella tampoco estuviese... —Diana bajó la mirada, avergonzada—. Sí que vino a verte.

Érika la miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué?!

Su madre asintió.

—Sí, vino. Tu padre lo echó del hospital, pero yo fui a por él y lo hice entrar. Estuvo a tu lado, te tomó la mano y te dijo que te quería mucho y que lo perdonaras por el error que había cometido.

—Pero, mamá, ¿por qué no me lo has dicho antes? —preguntó con emoción contenida.

—Estabas mal, tenías que ir mucho al fisioterapeuta y te estabas recuperando. Y yo estaba tan pendiente de ti que ni siquiera me acordé...

Diana sabía que Erika no se enfadaría. Su niña era demasiado dulce y, aunque no le sentase bien, no se lo tomaría en cuenta.

—¿Te dijo eso, mami? ¿De verdad te dijo que me quería? —Su madre asintió y una radiante sonrisa se instaló en su rostro—. Pero, ¿por qué no ha venido a verme aquí a casa?

—No sabe dónde vivimos, yo no se lo dije.

—¿De verdad te dijo que me quería? —volvió a preguntar sin poder creérselo.

Diana sonrió con ternura.

—Sí, mi niña. Te lo dijo más de una vez y te aseguro que te quiere mucho. Te pidió perdón por no haberte retenido. Ese chico está muy enamorado de ti.

—¿Y qué hago yo? Quiero ir a verle... Quiero decirle que yo también le quiero, que no puedo vivir si él —confesó emocionada.

—Aún no estás en condiciones de viajar —la advirtió su madre con delicadeza.

—Sí que estoy —afirmó convencida—. Mi hermano me trajo el coche de Madrid, puedo hacerlo... Puedo llegar. Descansare cada hora si hace falta.

—¿Está segura? —inquirió con la ceja alzada—. ¿Seguro que no tendrás problemas?

—Seguro, mamá. No tendré problemas, te lo prometo. Viajaré despacio, no voy a correr.

—Pero tu salud...

Unas arrugas de preocupación surcaron su frente. Érika sonrió con una mueca infantil, llena de emoción, para que se tranquilizase.

—¿Qué más te dijo? ¡Cuéntame! Quiero saber.

Su madre soltó una carcajada al ver su cara.

—Vino a buscarte en Navidad para decirte que no quería vivir sin ti, pero se encontró con tu accidente. Tu padre... —puso los ojos en blanco—. Tu padre se portó como siempre y le prohibió que fuese a verte de nuevo.

—¡Mi padre siempre lo mismo! —resopló.

—Pero fui a buscarlo. Cuando lo vi allí, como te miraba, y luego escuché todo lo que te decía... Estoy convencida de que estáis hechos el uno para el otro.

Érika sonrió radiante, pero su rostro se contrajo con preocupación.

—Si me voy con él, ¿cómo se le digo a papa? No me dejará irme así como así. ¿Qué le digo para justificarme?

—Déjalo de mi cuenta. Cuando ya te hayas ido y me pregunte, se lo diré. ¿Cuándo tienes pensado irte?

—El domingo. Saldré temprano, como voy a parar muchas veces, llegaré por la tarde.

—Por favor, ten mucho cuidado y no te canses. Para todas las veces que sea necesario.

—No tienes de qué preocuparte, mamá. Sabes que no soy una loca. Te prometo que me lo voy a tomar con calma.

Érika no veía el momento de estar en brazos de Víctor. Soñaba con verle y pensaba en él a cada momento. Había despertado en ella un deseo loco por amarle. Eran tantas las sensaciones que habían vivido juntos, tanta pasión... Añoraba el campo y aquella casa donde había sido tan feliz.



Por fin llegó el deseado domingo. Érika se despertó muy temprano, metió algo de ropa en una maleta pequeña y salió, sin hacer ruido, en busca de su coche. Su cuerpo aún no había sanado todo lo bien que ella querría, pero las

ganas de ver a Víctor eran demasiado fuertes.

Pensaba decirle que le amaba y que no se iría de su lado ni por todas las comodidades del mundo.

Llevaba una hora conduciendo cuando decidió hacer la primera parada. Se detuvo en una gasolinera y se quedó dentro del coche durante bastante rato, hasta que se sintió bien para seguir. Le quedaba mucho camino por delante.

Siguió una hora más y volvió a parar en un área de servicio. Esa vez se bajó del coche y fue a desayunar. Le sorprendió ver un coche parecido al de Víctor, pero pensó que sería imposible que fuese él. Aunque no quedaban muchos coches de ese modelo, no podía ser el mismo y tan lejos de su casa.

Desechó la idea de que Víctor pudiese estar en aquel lugar y se dirigió a la cafetería. Era muy grande y estaba dividida en dos salones. Se sentó en uno de ellos con un extraño presentimiento y, sin dejar de pensar en el coche y en Víctor, se tomó un café con tostada.

Se fue de allí mirando en todas las direcciones por si acaso.

«Deja ya de mirar, que Víctor no está aquí», se reprendió a sí misma mientras arrancaba el coche y se ponía en marcha. Pero, lo que Érika no sabía era que el joven había estado en el otro salón descansando para seguir su viaje hacia Madrid. El destino era caprichoso y ninguno pudo ver al otro.

Érika siguió con su viaje y fue deteniéndose cada poco rato. Parando cada vez que se sentía cansada. Eran más de las cuatro de la tarde cuando por fin vio el camino de eucaliptos que llevaba a la casa de Víctor. Suspiró alegre y el corazón comenzó a latirle apresuradamente. Casi no podía controlar los nervios.

Aparcó en un lateral de la nave y se dirigió a la casa. Todo estaba en silencio. Buscó el coche de Víctor, pero no lo vio.

«Estará en el taller.» Se acercó a la puerta de entrada. Golpeó varias veces sin obtener respuesta. Suspiró decepcionada, no estaba en casa.

Desvió la mirada hacia el campo de los ciruelos. Ya empezaban a asomar unas tímidas florecillas, a punto de abrirse. El terreno no se parecía nada al que vio en verano. Incapaz de resistirse, fue a dar un paseo.

El prado parecía llorar de soledad, triste. Pero el crudo invierno estaba terminando y la primavera llegaría pronto. El paisaje no tardaría en llenarse de flores blancas, en un estallido de vida y color.

Estaba anocheciendo y, a pesar de estar en marzo, hacía frío. Su cuerpo no estaba al cien por cien y estaba cansada. Víctor aún no había regresado, pero ella sabía dónde estaba la llave; si no la había cambiado de sitio, claro.

Fue a buscarla bajo la losa que había suelta junto a la lavadora y... allí seguía.

Sonrió a su suerte. Se fijó en el carro de leña que había junto a la entrada y abrió la puerta. Se sorprendió gratamente al ver la cocina reformada. Nuevos muebles, nuevo diseño. Con curiosidad, fue al baño y se encontró con que también estaba distinto. Todo era nuevo y lo había agrandado. Tenía una ducha nueva con su mampara, un lavabo más grande y un váter nuevo.

Le vino un pensamiento a la cabeza y, con recelo, fue al salón. Suspiró aliviada al ver que el suelo seguía allí. Aquel mosaico de piedras que tanto le gustaba seguía en su sitio. Se alegró de que no hubiese reformado todo.

Tenía un poco de frío, así que decidió encender la chimenea. Cogió unos troncos del carro de la entrada y los echó dentro. Era la primera vez que iba a encenderla, así que era una novedad para ella. Observó cómo la leña iba prendiendo poco a poco y las llamas lamían los troncos muy despacio.

La casa fue tomando un ambiente cálido. Frente a la chimenea había dos mecedoras, se sentó en una de ellas y se balanceó, sintiendo una agradable sensación. Soltó un agradable suspiro y permaneció allí un buen rato.

Cuando el hambre hizo mella en ella, se fue a la cocina a preparar algo de cena.

Encontró huevos en la nevera y patatas en un cesto, sobre la mesa. Hizo una tortilla, que le salió perfecta y dejó todo recogido y listo para la cena. Volvió a sentarse en la mecedora para esperarle. Si no llegaba pronto, cenaría ella sola.

Comenzó a rondarle un mal pensamiento que le encogió el corazón.

«¿Y si viene con una mujer? ¿Y si en este tiempo se ha echado novia? ¿Qué hago yo aquí?», pensó con el dolor atravesándole el alma. Siguió dándole vueltas a la idea, pero, poco a poco, con el calor del hogar, se quedó dormida.

No oyó el rugido de un vehículo que llegaba y aparcaba.

Víctor se bajó del coche. Vio luces en el interior de la casa y sintió un escalofrío. Con paso lento, y un mal presentimiento, se acercó sin hacer ruido. ¿Y si había entrado un okupa en su casa? O peor, un ladrón... Se armó de valor y metió la llave en la cerradura. El corazón latía desbocado en su pecho.

Al entrar le llegó una brisa cálida y el exquisito aroma de la chimenea encendida. Se extrañó, tratando de recordar si la había dejado encendida antes de irse. Estaba seguro de que él no había sido, pero... ¿Quién si no?

—¿Érika?! —exclamó atónito al verla dormida en la butaca—. ¡No puede ser! Érika, estás aquí...

Una alegría inmensa recorrió su cuerpo e invadió su alma. Corrió hacia ella y la zarandeó con una gran sonrisa en el rostro.

—¡Érika, despierta! ¡Érika!

La joven se despertó con un sobresalto.

—¡Víctor!

—¡Estoy aquí, mi vida! No me lo puedo creer... ¿Cómo te encuentras?

La enterró entre sus brazos con la emoción a flor de piel.

—Bien... ¿Dónde estaba? Pensaba que no vendrías.

Él se separó un poco para poder mirarla. Sus ojos brillaban por la emoción.

—Vengo de Madrid. Fui a por ti, pero no estabas... Yo...

—Estaba en casa de mi madre —lo cortó ella con la misma felicidad en el rostro—. He venido a decirte que no puedo vivir sin ti, Víctor. Quiero... que te quede claro que te amo con locura —le apuntó con el dedo, arrancándole una sonrisa.

—He sido un necio, Érika, mi vida. He sufrido tanto... Te he echado mucho de menos. Ya no podía aguantar más y fui a buscarte al hospital, me dijeron que estabas viva y me alegré mucho. Antes de Navidad fui a verte. Quería pedirte perdón y que regresaras conmigo, pero me enteré de que habías tenido el accidente...

—Mi padre se portó mal contigo, ¿verdad? —preguntó con una sombra de tristeza.

Víctor le envolvió el rostro con sus manos.

—Eso no importa, mi amor, ya pasó. Esta mañana lo pensé. No podía esperar más sin saber de ti, quería verte. Necesitaba saber si estabas viva. Fui al hospital, pero me dijeron que ya no estabas.

—Tardé unas semanas en despertarme. En cuanto fue seguro trasladarme, mi madre me llevó al hospital que hay cerca de su pueblo.

—Estaba tan preocupado... Te vi tan mal en el hospital.

—Estuve muy mal, lo sé. Me lo dijo mi madre.

—Gracias a Dios que ahora está aquí, a mi lado.

Se miraron con intensidad y se besaron con pasión.

—¿Tienes hambre? —le preguntó ella con una sonrisa.

—Pues sí, estoy muerto de hambre, la verdad. No he parado en ningún sitio para llegar pronto, sin saber que estabas aquí esperándome... El mejor regalo que puedo tener eres tú —confesó, dándole un beso tierno—. ¿Qué has

cocinado?

—Tortilla de patata —se encogió de hombros—. No había muchas cosas en la nevera.

Víctor soltó una carcajada.

—Me encanta la tortilla de patata y más si está hecha por ti.

—Creo que aún está caliente. Vamos a comer.

Cenaron entre risas, con miradas cómplices. La excitación fue aumentando entre ellos. El deseo sexual iba invadiéndoles con el paso de los segundos.

Víctor no permitió que ella hiciese nada, así que recogió la mesa y fregó los platos. Cuando terminó, se fundieron en un abrazo al que siguieron los besos. Besos intensos, llenos de pasión.

Poco a poco el calor fue aumentando y se volvieron más impetuosos. Víctor acarició su piel y subió con suavidad por sus muslos, apartando la ropa. Llegó al lugar deseado, pero Érika protestó con un ronroneo.

—Tienes las manos heladas... —susurró sobre sus labios.

—No tardarán en estar calientes —sonrió y la besó de nuevo—. Estás muy caliente... Cuánto he deseado este momento. Cuántas veces he soñado con tenerte entre mis brazos y acariciarte. Hacer que te pierdas entre ellos... Ahora eres solo mía.

Érika se estremeció, excitada. Sentía su aliento cálido en el cuello. Su ternura la embriagaba y se mojó con rapidez. Ardía en deseos de tenerle dentro.

—Estás muy mojada —susurró en su oído con voz sexy—. ¿Cómo es posible? Apenas te he tocado...

—Es que no aguanto más. Te deseo tanto... Te amo, Víctor, y quiero sentirte.

—Tendré cuidado, aún no estás del todo curada.

—Según el médico, mis cicatrices me molestarán mucho tiempo, pero me da igual eso ahora. Estoy deseando ser tuya y sentirme amada —le dijo excitada, entre besos.

—Voy a amarte con locura y a perderme en tu cuerpo. Te necesito, te quiero y deseo sentirte junto a mí; embriagarme con tu aroma y con el calor de tu cuerpo.

La llevó al dormitorio entre besos y caricias. Fueron dejando la ropa por el camino, inundando la estancia de risas y complicidad.

—Aún tienes las manos muy frías —se quejó riendo.

—Tengo las manos frías y el cuerpo ardiendo en deseos de acariciarte y

besarte toda la noche. Te quiero mucho. Voy a entrar en ti y te arrancaré mil suspiros de placer.

—Aquí no nos escucha nadie, voy a liberarme y a gemir como una loca — prometió mordiéndose el labio.

—Me gustaría que lo hicieras. No te reprimas, que tu cuerpo sea una llama abrasadora.

Siguió besándolo apasionadamente mientras sentía su miembro erecto, consumido por el deseo.

Érika terminó de desnudarse un poco cohibida.

—Mi cuerpo ya no es el mismo —dijo en un tono triste, cubriéndose las cicatrices.

Víctor le apartó las manos con ternura.

—Para mí está igual de perfecto que antes.

Se quitó lo que le quedaba de ropa, la besó y se tendió a su lado. Se perdieron entre besos y caricias.

Érika agarró su miembro, deseosa, y comenzó a acariciarlo. Excitada, usó su boca. Comenzó a lamerlo y a apretarlo con los labios. Estaba duro como una piedra y no quería esperar más. Necesitaba tenerlo dentro y disfrutar como una posesa. Quería conseguir un orgasmo que la dejara sin fuerzas.

Se colocó sobre él y sintió cómo entraba, con suavidad. Suspiró de forma erótica y empezó a moverse. Con cada vaivén, la envolvía una oleada de placer. Aumentó el ritmo, estimulando su centro, mientras sus gemidos subían al compás de sus embistes. Nadie la escuchaba, así que podía expresar su placer y dar rienda suelta a lo que sentía.

Los muelles de la cama resonaron, distrayéndola y haciéndola sentir pudor.

—Víctor, esta cama chilla más que yo, tienes que cambiarla —jadeó.

El muchacho reprimió una carcajada y la agarró de las caderas.

—No la escuches, deja que los muelles hagan ruido... Tú concéntrate y disfruta. Grita, gime... Solo quiero escuchar tus gruñidos de placer.

Ella estaba dispuesta a retomar el galope, pero fuera hacía viento y aullaba con fuerza, como un lamento. Hasta ellos llegó un quejido de ultratumba que la desconcentró. Se tendió sobre él con el miedo recorriéndole el cuerpo.

—¿Qué es eso? —preguntó con la voz temblorosa.

—No te asustes, mi amor. Solo es el viento. Suele soplar muy fuerte y, a veces, parecen lamentos de almas en pena, pero no es nada.

Érika sintió un escalofrío y se acurrucó entre sus brazos, asustada. Él la abrazó, la hizo sentirse protegida. Hacía frío, ya que el calor de la chimenea

no llegaba al dormitorio, pero no le importó. Se dejó amar, envuelta en la pasión que aquel hombre despertaba en ella.

Siguieron con su juego y la cama con su ruido infernal, al compás de sus acometidas.

Víctor disfrutaba, asombrado, al verla explotar de placer, expuesta a él.

—Muévete más deprisa, Érika, córrete y cabálgame más fuerte —le ordenó, consumido por el gozo.

Obedeció y estalló en un profundo orgasmo. Se dejó caer sin fuerzas y él la giró para tumbarla sobre la cama. Se puso sobre sus rodillas, colocó la almohada bajo sus nalgas y la penetró con fuerza, arrancándole un gemido. Comenzó su baile. El placer los envolvía mientras se hundía una y otra vez en ella.

Él tampoco se contuvo y sus ronquidos se perdían junto al chirriar de los muelles, creando una sinfonía de éxtasis. Se amaron con todas sus consecuencias; sin restricciones, sin obstáculos. Hasta la última gota de su ser.

—Córrete, Érika. Hazlo otra vez para mí. Yo estoy a punto, no aguanto más —gimió.

Sus cuerpos se fundieron y quedaron impregnados de aquel orgasmo compartido.

—Esta vez no dejaré que te vayas, no puedo vivir sin ti —susurró con la voz entrecortada.

La besó con fuerza y la abrazó, apretándola contra su pecho.

—No, mi amor, esta vez no me iré. Pondré internet y trabajaré desde aquí. Te va a ser imposible deshacerte de mí —rio, feliz.

—No quiero que trabajes... Ahora puedo ofrecerte algo más. Tengo mucho trabajo en el taller, incluso voy a tener que meter a un ayudante.

—Víctor, yo quiero trabajar. No creo que pudiese estar sin hacer nada.

—Puedes hacer lo que quieras, mi amor. Si deseas trabajar, trabaja. Solo digo que no hace falta... Ahora puedo ofrecerte más que el verano pasado.

—Lo sé cariño, y me alegro, pero prefiero estar ocupada. Y, como te decía, con internet puedo hacerlo desde aquí.

—La decisión es tuya, mi amor. Yo respetaré lo que decidas. Con tenerte a mi lado soy feliz.

Se besaron con pasión.

—De verdad que me alegro mucho de que vaya todo tan bien que tengas que meter a alguien.

Víctor asintió.

—La verdad es que todo cambió desde que te conocí —sonrió con timidez—. Y con el nuevo año mejoró aún más. A menudo pienso que tenerte aquí me trajo suerte —sonrió lleno júbilo—. Los ciruelos se portaron muy bien, por eso pude reformar la cocina y el baño.

—Yo no he tenido tanta suerte. Tuve que dejar mi trabajo. Mi padre no quiere que regrese otra vez a Madrid.

—Bueno, ya no tienes que hacerlo —sonrió—. ¿Por qué tuviste que dejarlo?

—Tuve problemas...

—¿Qué problemas? Cuéntame.

—Verás... Un hombre me chantajeaba, le hablaba mal a mi jefe. Yo se lo conté a mi padre y fue a hablar con él. Me había despedido por el accidente.

—¡Será mala persona!

Érika asintió con el rostro serio.

—Al final mi padre pudo sacarle un poco de dinero por despido improcedente.

—Mejor así —dijo aliviado—. Y mucho más si había un compañero conflictivo.

—¡Es un canalla! Me estuvo chantajeando bastante tiempo.

—¿Por qué? —preguntó con el ceño fruncido.

Ella desvió la mirada.

—Quería acostarse conmigo... Y como no lo consiguió, le habló mal al jefe. Lo puso contra mí.

—¡Hijo de puta! ¡Cretino! —exclamó cabreado—. Le dijiste eso a tu padre, ¿no?

Negó.

—No, no hizo falta. Mi padre lo dejó todo saldado. Eso sí, me dijo que no saldría más del pueblo y que no volvería a trabajar en Madrid.

—No sé qué decirte... Tu padre es muy protector y yo no quiero opinar sobre él. —Se encogió de hombros—. Pero me alegro de que lo arreglase todo.

—Pues sí...

—Lo bueno de todo esto es que vamos a vivir juntos. Iremos paso a paso y conviviremos juntos un tiempo, a ver qué pasa, ¿de acuerdo?

Erika asintió y le dio un beso. Víctor sonrió.

—Sabes, le he dado muchas vueltas a lo que me dijiste sobre que querías

tener niños. Que te gustaría verlos jugar en los ciruelos. Se me quedó grabado... Yo también quiero tenerlos... Si quieres, claro —le dijo, aprovechando el momento de ternura que compartían.

Érika le dedicó una amplia sonrisa.

—¡Claro que quiero, Víctor! Estoy enamorada de tu campo, de tu huerto, de tu arboleda y de tus ciruelos.

—Y de mí, ¿estás enamorada? —preguntó con timidez.

—De ti lo estoy mucho, muchísimo más. Y de tu cuerpo, que me lleva a la locura.

—Júramelo. Quiero... no, ¡necesito!, oírte decir que no te irás —le pidió en un susurro.

—No pienso irme de tu lado, Víctor.

—No... No te lo permitiría —rio mientras la besaba con ternura—. Ven, ¡te voy a morder el cuello! Seré tu enamorado vampiro.

Los dos estallaron en carcajadas.

Entre besos y bromas, se amaron una y otra vez durante toda la noche, mientras una fina y diminuta lluvia de estrellas caía y se consumía en la chimenea, devorada por las llamas.

La casa era ahora cálida y acogedora. El aroma de su amor llegaba hasta los ciruelos, que pronto abrirían sus flores en un colorido manto que traería una nueva vida, pues después de tanta soledad, Víctor —y aquella casa— rebosaría de felicidad porque Érika lo amaba.

EPÍLOGO

Algunos años después...

—Mami, mami... Yo quiero subir como Samuel. Mamiiii... —lloraba la pequeña.

Érika fue a buscar a su hija.

—Samuel, ¡bájate del ciruelo! ¿No ves que Candy quiere subir igual que tú y no puede? Se puede caer —le regañó.

—¿Qué es lo que pasa aquí? —bramó Víctor, que llegaba en ese momento.

—Candy quiere subirse, igual que Samuel, pero es pequeña y se puede caer.

Víctor sonrió.

—¿No eras tú la que me decía que te gustaría que tus hijos se subieran a los ciruelos? —inquirió con las cejas alzadas—. Te has vuelto una mamá protectora... Vamos, Candy, ¡arriba!

La cogió en brazos y la ayudó a subir.

—Víctor, es muy pequeña... ¡Ayyyyyy! —se quejó con el rostro contraído.

—¿Que te sucede, amor?

La preocupación apareció en su rostro.

—Parece que está tocando a la puerta... Creo que va a nacer hoy.

—Y tus padres aún no han llegado.

—¿Has metido la cerveza en el frigorífico? —preguntó con el rostro relajado ahora que la contracción había pasado.

—Sí, a tu padre no le va a faltar nada.

Víctor rodeó a su mujer con los brazos y apoyó su barbilla en el hombro.

—Hueles a grasa —le dijo arrugando la nariz.

Víctor soltó una carcajada.

—No hace mucho te gustaba el olor, ¿o no te acuerdas de nuestra fantasía en el taller? —le preguntó con tono pícaro.

—¡Calla!, no me lo recuerdes. El coche estuvo a punto de aplastarnos —rio.

—Nuestras fantasías no han terminado muy bien...

Érika negó divertida.

—Como aquella noche en el granero, con lo del campesino...

Víctor soltó otra sonora carcajada.

—... ¡No te rías de lo del granero!

—¿Cómo iba yo a saber que la horca estaba entre la paja? —Víctor siguió riendo al recordar sus aventuras sexuales fallidas.

Un coche llegó pitando y Samuel se apresuró a bajar del árbol

—¡Son los abuelos, ya llegan! —exclamó emocionado.

—Mami, no puedo bajar.

Víctor cogió a su pequeña en brazos.

Diana se bajó del coche y se acercó a ellos.

—¿Cómo estás, cariño? —preguntó dándole dos besos, primero a su nieta y después a su yerno.

—Bien, mamá.

—Víctor, ¿puedes mirar el coche de Helmu? Hemos tenido que parar en el camino por un ruido que hacía el motor.

—Voy en seguida.

Víctor dejó a Candy en el suelo y se marchó.

Diana abrazó a su hija con fuerza y le dio un beso en la mejilla.

—Dime, ¿cómo vas con el embarazo? Ya estás salida de cuentas, ¿no?

—Sí, mamá, pero creo que va hacer hoy. Me da que antes de la noche.

—Bien. Vamos a la casa, hay que poner en orden todo lo que os hemos traído.

—Mamá, no tenías que traer nada, tenemos de todo —refunfuñó Érika con cariño.

—Érika, los niños son muy despiertos y se habrán imaginado que le hemos traído algún regalo, como siempre.

—Siempre traes demasiadas cosas... —Puso los ojos en blanco.

—Por supuesto —rio su madre—. Muchos regalos para mis nietos, ¡y no me riñas!

—¿Y mis hermanos? ¿Cómo están?

—Bien, Carlos sigue en Alemania con tu tía y Benno se ha encaprichado con una jovencita del pueblo que lo tiene loco. Ya es hora de que asiente la cabeza, se case y tenga hijos.

—Mamá, no corras tanto —rio.

—¿Te arrepientes de haberte casado con Víctor?

—De ninguna manera —dijo convencida—. No me arrepiento de nada, ni de tener estos hijos que tengo.

—Siempre recordaré el día que te llevó a casa después de que vinieses en

su búsqueda —comentó con añoranza y una cálida sonrisa.

—Estaba tan nerviosa... Temía la reacción de papá.

Diana asintió.

—A Víctor no le hizo falta mi ayuda, puso las cosas claras desde el primer momento. ¿Recuerdas lo primero que dijo tu padre?

—Sí, dijo: «¿A qué vienes a mi casa después de haberme robado a mi hija?» —recordó Érika, haciendo una imitación muy acertada de Helmu, que arrancó una leve carcajada a Diana.

»—Yo no le he robado nada —contestó Víctor—. Y no consiento que se me trate con mala educación,

»—Yo te trato como me da la gana, para eso estás en mi casa —replicó papá cabreado—. Érika es mi hija y es una maleducada, desvergonzada, insolente... no tiene principios, se va corriendo detrás de un hombre.

»—Esta es la última vez que insulta a su hija. No voy a permitir que alguien la trate sin respeto, por muy hija suya que sea. Entérese bien de esto: va a ser mi mujer y nadie le falta al respeto. Si usted no cambia de actitud, no la volverá a ver. Así que, pórtese bien porque me la llevo y no la dejo venir más. ¿Queda claro?

—Tu padre se encontró con la olma de su zapato y se quedó callado.

Madre e hija rieron juntas.

—Aquel día me sentí tan orgullosa de Víctor... Se enfrentó a mi padre y lo hizo callar.

—Pues sí, y ahora se llevan muy bien. Desde aquel día, no le dice ni una palabra malsónate.

—Cierto, aunque no me fio mucho de mi padre... ¡Ayyyyy!

—Otra contracción. Respira, hija. No pasa nada.

—Vamos a prepararlo todo para que esté listo, por si el bebé llega pronto.

Entraron en la casa y lo colocaron todo.

Unas horas después, Érika tenía las contracciones muy seguidas y no pudo esperar más para ir al hospital; el bebé ya estaba de camino.

—Cuida de los niños —le dijo a su madre—. Y que papá no le pegue voces a Samuel.

—No te preocupes por nada, hija —la tranquilizó Diana—. A tu padre se le cae la baba con Samuel. Míralos como juegan a las cartas... Anda, ve tranquila, todos estaremos bien. Cuida del bebé, que tengo ganas de conocer a mi nuevo nieto.

Le dio un beso, se fue con Víctor al coche y emprendieron el camino al

hospital.

La pequeña Sofía nació a las diez de la noche. Cuando Víctor la tomó en sus brazos se emocionó y unas lágrimas de alegría se derramaron de sus ojos. La pequeña tenía mucho cabello, y muy negro. Era preciosa. La metió en la cunita con mucho cuidado y se sentó al lado de Érika. Cogió su mano y le dio un beso. Estaba muy cansada por el esfuerzo.

—¿Has avisado a mi madre? —preguntó adormilada.

—Sí, cariño. Le he dicho que todo ha salido muy bien.

Érika asintió.

—Vete antes de que sea más tarde. Sabes que no me fio de mi padre.

—Tu padre ya no es el que era, ha cambiado mucho —le concedió Víctor.

—Sí, lo sé. Está muy contento contigo, se le nota.

—¿Sabes que cuando lo conocí era un borde de mucho cuidado?

Ella rio y resopló.

—¿Me lo dices a mí, que lo he sufrido durante años? Venga, vete ya.

—Vale. Un beso, mi amor. Mañana vendré con toda la familia para que vean a Sofía.

—Buenas noche, mi amor, que descanses.



Tras unos días en el hospital, Érika regresó a casa con un nuevo ser. La familia estaba llena de alegría con la llegada de la pequeña Sofía y los abuelos disfrutaron de sus nietos todo lo que pudieron durante varias semanas. El último fin de semana antes de irse al pueblo, Víctor aprovechó que ya había pasado más de un mes de la llegada de Sofía y le preparó una velada sorpresa a Érika.

—Esta noche vamos a ir a cenar a un restaurante —le dijo emocionado.

Ella le miró sorprendida.

—¿Y la niña?

—Le das el pecho ante de irnos. No vamos a tardar mucho y está tu madre aquí. Hay que aprovechar antes de que se vayan... Además, llevamos mucho tiempo sin salir a cenar.

Ella sonrió al ver la cara que ponía su marido, deseando que dijera que sí.

—Vale, vamos —aceptó.

—¿Te hace ilusión?

Érika asintió.

—Mucha. Tengo ganas de salir.

—Pues, venga, arréglate.

Érika no se lo creía, estaba muy emocionada. Casi se había olvidado de lo que era ir a un restaurante.

—Sofía ha comido muy bien, pero si se queda con hambre, le haces una manzanilla mientras llego —le encargó a su madre una vez le hubo dado el pecho a la niña.

Fueron a un restaurante que había abierto sus puertas hacía poco. El pueblo estaba creciendo bastante, muchos vecinos habían regresado a sus casas y otros habían ido allí atraídos por el turismo rural. Habían construido nuevas viviendas y la industria comenzaba a hacer su aparición.

El local estaba decorado con gusto y la cena estuvo muy rica. Lo pasaron muy bien.

Ya de vuelta a su casa, Érika se fijó en un local del que salía música. Parecía una sala de fiesta.

—Víctor, ¿qué es eso? —preguntó animada.

—Han montado una sala de fiesta. Me ha dicho que tiene mucha música sudamericana.

La emoción la recorrió.

—Entremos, por favor. Sabes que me encanta esa música y llevo casi diez años sin bailar.

Víctor la miró incómodo.

—Ya sé qué te gusta la música latina, pero ya sabes que no se bailar...

—Yo te enseño. Por fa, vamos a entrar.

—Está bien— aceptó con desgana.

«¿Qué voy a hacer yo en una discoteca?», se preguntó mientras aparcaba.

Érika estaba eufórica y se maravilló al ver el interior. La decoración era muy sencilla y había más luz que en la de Madrid.

Cerró los ojos y disfrutó de la música. Llevaba tantos años sin bailar, que le parecía imposible que hubiesen puesto una sala de baile en el pueblo.

—Érika, sabes que no sé bailar, esto se me da fatal —repitió abochornado.

—Es muy sencillo. Ven —lo cogió—. Uno, dos, tres, caderas. Ahora para este lado. Uno, dos, tres, caderas...

Érika se asustó cuando un hombre llamó su atención.

—Buenas noches, señora —la saludó con educación.

Víctor le miró con desconfianza, no le daba buena espina.

—Usted es Érika Gerig, la ex pareja de Patrick Ortega, ¿verdad?

Ella abrió los ojos sorprendida.

Víctor la miró confuso. Al oír al desconocido, sintió un pinchazo en el corazón. ¿Quién sería el tal Patrick?

—¿Cómo sabes eso? —inquirió Érika.

El desconocido sonrió.

—No me he olvidado de usted. Fue un placer verla bailar. Sentí mucho saber que no iba a bailar más, creía que se dedicaría a eso. De hecho, fui a ver a Patrick Ortega solo por volver a verla bailar.

Una sonrisa de añoranza apareció en el rostro de Érika.

—Nunca me planteé ser una bailarina profesional. Solo bailé con Patrick porque su pareja tenía la pierna rota.

—Pero, al ganar el concurso, él quería que siguieran juntos. ¿Sabe que ahora participa en concursos mundiales?

—¡No, no lo sabía! —exclamó, feliz por él—. Hace mucho que no sé nada de ellos. ¿Sigue con Adriana?

El desconocido asintió.

—Sí, ahora están casados. Han ganado muchos premios juntos.

—¡Vaya! Me alegro por ellos.

—¿Quiere bailar conmigo? —se dirigió a Víctor— ¿Me permite que baile con...?

—Mi esposa. Ella es mi esposa —recalcó Víctor, para marcar su territorio. Era suya y no iba a permitir que se la robaran.

—Le pido su permiso —dijo con educación—. Me llamo Abel Jiménez, soy el dueño.

Érika le lanzó una mirada a Víctor. Quería bailar, pero no quería hacerle sentir mal. Víctor se dio cuenta de que esperaba su aprobación.

—Puedes bailar, mi amor.

Le dio su permiso, pero en el fondo no quería que bailara con aquel hombre. Estaba contrariado y sorprendido, mientras la veía contonearse hasta el centro de la pista. Al momento, empezó a sonar una bachata y Érika se acopló a aquel hombre con elegancia. Cuando la vio bailar, se quedó atónito. Se debatía entre los celos y la excitación. Su miembro revivió con una molesta erección, apresada en su pantalón.

La gente que estaba en la pista se apartó para dejarlos bailar. La muchacha recordó cuando bailó por primera vez con Patrick en la discoteca y se dejó llevar.

Una vez que la música cesó, Abel la acompañó de vuelta con su marido.

—Muchas gracias por dejarme bailar con su esposa.

Víctor le dedicó una fingida sonrisa.

—De nada. Tenemos que irnos, a nuestra hija le toca su toma ya mismo — se disculpó Víctor, tomando a Érika de la mano.

—Esperen un momento... Quisiera hacerle una propuesta.

Los dos se miraron extrañados.

—¿Una propuesta? —preguntó Érika.

—Sí, una oferta de trabajo, en realidad. Ya que la he encontrado, me gustaría ofrecerle un puesto.

—¿Un trabajo? ¿Para mí?

Abel asintió.

—Sí, señora. Verá... Me gustaría poner una academia de baile y sería estupendo que fuese una de mis profesoras.

—Yo... Señor Jiménez, soy madre de tres niños, no podría trabajar para usted —contestó algo desilusionada.

—Podrá elegir el horario que quiera.

Érika se lo pensó. La realidad era que le hacía mucha ilusión.

—Sería por la mañana, cuando deje a mis hijos en el colegio.

—¡Hecho! —se alegró Abel—. ¡El puesto es suyo!

—¡Un momento! Pero mi hija pequeña tiene apenas un mes y medio...

—Mis pensamientos son poner una guardería para las madres con niños pequeños, para que puedan asistir a las clases mientras sus hijos están atendidos. Su hija estaría muy cerca y en buenas manos, eso se lo aseguro.

Érika le miró con la duda reflejada en el rostro. No sabía qué decir, pero la pasión por la música fue más fuerte que todo lo demás y asintió.

—De acuerdo —aceptó.

Víctor, que había asistido en silencio a la conversación, se sorprendió ante la respuesta de su esposa. ¿Cómo iba a trabajar? ¿Pero en qué estaba pensando para aceptar un trabajo de bailarina? Se mantuvo en silencio mientras su mujer y Abel se despedían.

—Deme su teléfono y, en cuanto tenga el contrato, la llamo para que me de los datos y lo firme.

—Perfecto. —Le apuntó su número—. Ahora tengo que irme, mi hijita me está esperando.

Salieron de allí y Víctor, que ya no podía más, estalló:

—¡Nunca podría haber imaginado que fueses una bailarina profesional!

—No, Víctor. No soy una bailarina profesional. Solo bailé en un concurso

para ayudar a mi amigo Patrick y a su pareja, Adriana, que se había roto una pierna —le explicó.

—Me he quedado helado. Mi esposa una bailarina... No lo puedo asimilar. Ella se encogió de hombros.

—Fue antes de conocerte. Unos días antes de mis vacaciones, de hecho. No tendrás celos de mi pasado...

Le miró con la ceja arqueada. Él se tiñó de rojo.

—La verdad es que no me ha gustado cuando ha dicho lo de «la ex-pareja de Patrick Ortega». Por un momento pensé que fue un amante tuyo.

—Fuimos pareja de baile, no de cama —aclaró.

—Ya, bueno, yo creí que era un amante de tu pasado.

—Si quieres podemos sacar nuestro pasado a relucir, el tuyo seguro que no es mejor —replicó algo molesta.

Víctor comprendió que no podía ponerse celoso por el pasado de Érika, ya que ella no sabía nada sobre su vida en Madrid, y tuvo que callarse.

—Entiende que me haya puesto celoso por tu pasado. No me has contado nada y... —intentó ser sincero.

—Tú no me lo has preguntado y como mi pasado no tiene mucha trascendencia... —volvió a encogerse de hombros, restándole importancia.

—Tengo miedo de que te enamores de otro y me dejes —confesó en un susurro.

Érika le miró con ternura.

—No digas nada más. —Le besó—. Nuestra vida comenzó cuando nos conocimos y nos casamos. Saber nuestro pasado no va hacer que nos entendamos mejor ni peor. Yo no necesito saber lo que hiciste, ni tú lo que hice yo. Creo que te he demostrado que no hay nada en mi pasado a lo que puedas temerle.

—Tiene razón, Érika.

—Yo te quiero y tú me quieres, ¿para qué hurgar en el pasado? Se llama así por algo, porque ya ha pasado. Lo único que debe importarnos es nuestro presente y el futuro juntos, con nuestros hijos. Yo solo quiero que me ames como lo has hecho hasta ahora.

Víctor la abrazó con tanto cariño que no pudo evitar que las lágrimas aparecieran. La amaba demasiado y no quería saber sus secretos. Él también los tenía, pero pertenecían al pasado, como ella había dicho.

Se subieron al coche y regresaron a casa.

Víctor detuvo el automóvil al llegar al puente que cruzaba el río. Érika le

miró con una ceja arqueada y él le obsequió una sonrisa pícaro.

—Cuando estabas bailando con el tipo ese... me puse cachondo. Quiero que bailes para mí.

—¿Aquí? —se sorprendió, con el amago de una sonrisa.

—Sí, vamos hacer una fantasía... —Se pasó la lengua por los labios—. Yo seré el profesor y tú mi alumna, ¿te apetece? Hace mucho tiempo que no jugamos.

Érika rio. No sabía cómo iba a salir aquella; nunca salían bien.

—Pero no tenemos la ropa adecuada.

—Inténtemelos con esta ropa, ¿qué más da? Las otras veces tampoco hemos usado nada especial, solo lo que tenemos en casa.

—Está bien, ¡vamos a hacerla!

Salieron del coche.

Érika carraspeó.

—Buenas noches, profesor Aguado. He llegado tarde, lo siento —dijo con un tono de voz sensual.

Víctor la miró con lascivia.

—Has llegado tarde y sé por qué, has estado bailando en una fiesta —la reprendió.

Érika pestañeó y puso ojitos.

—Fue sin querer... Yo no quería bailar, solo deseaba venirme con usted, pero ese hombre no me dejó. Me retenía...

—¿Quién era él?

—Un hombre que tiene una academia.

—¿Y te gustó bailar con él?

Ella negó enérgicamente.

—No, no... Prefiero bailar con usted, profesor. Creo que lo sabe perfectamente.

Víctor sonrió y se mordió el labio.

—Empieza a moverte —ordenó—. Quiero verte y, si lo haces bien, te daré el diploma esta noche.

—Bien, profesor.

Érika se puso la mano en el hombro y empezó a bajarla lentamente, mientras se movía con sensualidad. Metió las piernas entre las de Víctor.

—Creo que deberías ir desnudándote, así bailarás mejor.

—Pero, profesor Aguado... —Fingió estar escandalizada—. Aquí, y de noche, ¡pueden vernos!

—Mmm... aquí solo estamos tú y yo. No nos va a ver nadie.

—Pero, profe... Hay mucha luna, la noche está clara.

—Señorita Gerig, siga marcando el ritmo —le ordenó.

Érika obedeció y se puso de espaldas, contoneándose. Se restregó contra su bragueta y notó la creciente erección.

Víctor la agarró por las caderas, poniendo las manos sobre su piel desnuda.

—¿Qué hace, profesor Aguado?

—Quiero que te muevas a mi ritmo.

—¿Por qué, señor? ¿No lo hago bien?

—¡Ohh, sí! Lo haces muy bien... Perfecto. —Necesitaba liberar su miembro de la presión de los pantalones—. Siga bailando delante de mí, señorita. No se detenga.

El baile se fue haciendo más erótico y sus deseos aumentaban. Ya estaban los dos desnudos y la fantasía estaba llegando a su final.

Sus movimientos lo tenían cada vez más encendido, demasiado excitado.

—Estoy a punto de darte el diploma... —dijo con un gruñido.

—¿Cree usted que puedo hacerlo mejor?

—Siempre se puede mejor, pero me gustan sus movimientos. Me excitan. Jamás pensé que lo pudiera hacer tan bien. He descubierto a una gran bailarina en usted, señorita Gerig.

—Ahora voy a enseñarle unos movimientos...

Érika estaba ansiosa por terminar, más aún cuando él la acarició, subiendo con lentitud por sus muslos. Apoyó el pecho sobre el coche cuando le separó las piernas y le pasó la mano entre sus pliegues.

—Estás muy mojada, Érika. Creo que es el momento de la «*master class*».

Víctor la penetró por detrás y ella soltó un gemido de placer.

—Lo estaba deseando, señorita Gerig —jadeó.

—Sí, señor Aguado. Lo deseaba tanto... Estoy ardiendo.

—Creo que más que ardiendo, es usted un horno.

—Antes de quemarte, creo que no debe usted olvidarse el preservativo.

—Señorita Gerig, tiene usted el don de estropear las fantasías —rio.

—Perdóneme profesor, pero no sería bueno aumentar la familia.

Víctor salió de ella a regañadientes y entró al coche a por un preservativo.

—Pase y acomódese —le dijo abriendo el paquetito plateado—. Creo que le voy a dar el diploma aquí dentro, haremos una última prueba.

—¿Creer usted, señor Aguado, que aquí dentro se puede bailar?

—Sí, lo creo. Tendrá que subirse sobre mí.

—Mmm... Creo que es una buena idea, profe.

Víctor echó hacia atrás el asiento de copiloto y Érika se sentó sobre su miembro. Se movió como si siguiera bailando y, poco a poco, fue aumentando el ritmo para conseguir un explosivo orgasmo que la dejó sin fuerzas, rendida sobre él.

Aquella noche, bajo la luz de la luna y con miles de estrellas alumbrando el cielo infinito, la fantasía les salió perfecta.

—Te voy a dar un diploma de sobresaliente. Diez sobre diez.

—Gracias, profe —rio orgullosa sobre su cuello.

—La próxima vez que hagamos una fantasía, yo seré el alumno y tú la profesora.

—Te la haré pagar, sin duda.

Rieron, cómplices de su delirio.

Víctor la amaba. Era la mujer perfecta, su sueño hecho realidad. Tenerla a su lado era lo mejor que le había pasado en su vida.

—Érika, llevamos diez años juntos... y no sabía que llevabas dentro una gran bailarina. Me ha dejado perplejo saber que podrías haberte hecho famosa de haber querido —le confesó.

Érika suspiró y se alejó un poco para poder mirarle.

—Es cierto... Pero te conocí y mi vida cambió. Cada noche de sábado, íbamos a bailar a discotecas. Sobre todo, ritmos latinos. Yo vivía con mis amigas, compartíamos piso. Ya te hablé de Mili y Patricia.

Víctor asintió.

—Sí, algo me contaste.

—Patricia se casó con Pedro y tuvieron dos hijos. Son muy felices. Nos llamamos por teléfono muy a menudo. De Mili no sé nada. Salía con Marcos, un amigo de Pedro muy simpático, pero no se entendieron; aunque, conociendo a Mili, no me extraña en absoluto. Lo último que me dijo Patricia sobre ella es que se fue a Barcelona. Aunque a mí no me importa si está allí, en la India o en el infierno.

Mientras Érika le contaba cosas sobre sus amigas, Víctor no pudo evitar pensar en si el tal Marcos sería el sobrino de Rosa.

—Parece que no te cae muy bien esa chica... —comentó ante la rabia contenida de su mujer.

—Ella no se llevaba bien con nadie. Era impulsiva y siempre quería ser el centro de todo. Yo intentaba no discutir, pero algunas veces me daba tanta rabia escucharla... La muy gilipollas quería dominarnos a todos.

—No comprendo que no te quisiera, con lo difícil que es no quererte, con tu ternura, tu cariño... Eres comprensiva y educada... Eres única, amor mío, única. Lo sabes, ¿verdad?

Le dio un beso tierno en los labios.

—Eres muy considerado conmigo, señor Aguado. Creo que ya es hora de irnos.

—Sí, pero antes de irnos, en referencia a la oferta de trabajo, no me opondré si es lo que deseas. Aunque no esté de acuerdo, te apoyaré...

—Víctor, no pienses mal, por favor. No me lo esperaba y ha llegado así, como si fuera el destino. Tengo la sensación de que debo hacerlo.

—Comeré solo a medio día... —se lamentó.

—No creas que yo iré a ningún sitio. Tendré que darle de comer a Sofía. Iré a verla a la guardería cada vez que tenga un momento libre.

—Ese maldito hombre... Parece como si lo tuviera todo preparado para ti. ¡Hasta una guardería para Sofía! Te va a alejar de mi lado.

—Shhh, mi amor, no digas ni pienses nada malo. Soy la madre de tres niños y por nada del mundo los apartaría de su padre. El único hombre que hay en mi vida eres tú. Te quiero con locura y solo me importa estar a tu lado.

—Sonrió y añadió—: Aunque nuestras fantasías siempre terminen en accidentes.

Víctor se echó a reír y la besó con pasión. Se fundieron en un abrazo y, durante un rato, se demostraron el amor que sentían el uno por el otro.

Regresaron a casa bajo aquel cielo estrellado que endulzaba el campo, viendo pasar los ciruelos, que pronto ofrecerían su sabroso fruto dorado y que habían sido testigos de su amor y su felicidad.

FIN